extra

BOLSILIBROS

Selección

TERROR

Clark Carrados

LOS MUERTOS QUE NO MORIAN

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Lectulandia

El cajero se puso rígido. Sus labios temblaron violentamente, en tanto que sus ojos se dilataban de una forma espantosa.

—No, no puede ser. Tú estás muerto. ¡Hijo! —gritó inesperadamente—. Dick, hijo mío. Tú estás muerto. Te enterramos hace más de cuatro semanas, Dick, ¿por qué has vuelto? Deja esa arma, tú estás muerto.

—¡Calla, viejo! —gritó el atracador.

—Hijo, siempre fuiste honrado.

La pistola-ametralladora escupió bruscamente una corta ráfaga. El cajero gritó, a la vez que caía hacia atrás.

—Estabas muerto. Te enterramos hace cuatro semanas. ¿Por qué tenías que volver, Dick?

Siguió llamando a su hijo, hasta que murió.

Lectulandia

Clark Carrados

Los muertos que no morían

Bolsilibros: Selección Terror extra - 6

ePub r1.0
xico_weno 16.11.17

Título original: *Los muertos que no morían*
Clark Carrados, 1982
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Selección
TERROR
extra

CAPÍTULO PRIMERO

—¡ESTO es un atraco! ¡Arriba las manos!

Los empleados y los pocos clientes que había a aquellas horas en el Banco Bushwell. Obedecieron la orden instantáneamente sin pararse a hacer preguntas ni efectuar otro movimiento que el ordenado. Los asaltantes eran tres, todos jóvenes.

Dos de ellos, armados con sendas pistolas-ametralladoras, quedaron intimidando a los clientes. El tercero saltó el mostrador y se dirigió a la caja que ya había sido abierta.

—¡Fuera, fuera! —Ordenó a los empleados—. ¡Al primero que se mueva lo dejo seco de un balazo!

El cajero, como los demás, se apartó a un lado, sin bajar las manos. Su mirada se dirigió a uno de los asaltantes que estaban al otro lado del mostrador, a menos de cuatro pasos de distancia.

Vince Payton se puso rígido. Sus labios temblaron violentamente, en tanto que sus ojos se dilataban de una forma espantosa.

—No… no puede ser… Tú estás muerto… ¡Hijo! —gritó inesperadamente—. Dick, hijo mío… Tú estás muerto… Té enterramos hace más de cuatro semanas…

Todos los presentes creyeron que el viejo Payton se había vuelto loco. Desobedeciendo la orden recibida, el cajero avanzó hacia el atracador a quien había llamado hijo.

—Dick, ¿por qué has vuelto…? Deja esa arma, tú estás muerto…

—¡Calla, viejo! —gritó el atracador.

—Hijo, siempre fuiste honrado…

La pistola-ametralladora escupió bruscamente una corta ráfaga. Payton gritó, a la vez que caía hacia atrás.

El bandido que estaba en la caja soltó un juramento.

—Maldita sea, ¿por qué has tenido que hacer eso? —aulló.

—¡Vámonos, tú, antes de que sea demasiado tarde! —gritó el tercer atracador.

El saco no estaba lleno todavía, pero los disparos habían hecho ruido y los asaltantes corrieron hacia la puerta, entre el pánico de todos los presentes. Había un cuarto compinche en la calle, al volante de un motor en marcha, y los tres forajidos se metieron en el vehículo inmediatamente.

Un guardia los vio y disparó su revólver, pero estaba muy lejos y los forajidos consiguieron escapar. Luego empezaron a sonar sirenas.

Vince Payton fue conducido rápidamente al hospital. Todavía conservaba un soplo de vida.

Los médicos vieron muy pronto que era inútil todo intento de curación. Mientras agonizaba, Payton, y lo oyeron muchos, no cesó de gemir y de llamar a su hijo.

—Estabas muerto… Te enterramos hace cuatro semanas… ¿Por qué tenías que volver, Dick?

Parecía la obsesión de un moribundo, pero sus palabras fueron perfectamente escuchadas por médicos y enfermeras. Payton siguió llamando a su hijo, hasta que murió.

* * *

La noche cerraba ya y la conductora tuvo que encender los faros del coche. A Petra Shane le pareció que la noche cala de pronto. Claro que se dijo, no eran más que ilusiones suyas. La carretera era angosta y la vegetación muy abundante a ambos lados. Casi le pareció hallarse en lo más intrincado de una selva tropical.

De repente, los faros del coche iluminaron la silueta de un hombre que surgía bruscamente de entre los árboles que tenía a su derecha.

El hombre se movía con dificultad, tambaleándose incluso. Petra aplicó el freno a fondo, mientras pensaba en las estupideces que cometen los aficionados al alcohol. Aquel tipo debía de estar borracho perdido…

Lo vio caer en medio de la carretera y el morro del coche quedó a un par de metros escasos. Cuando el automóvil se hubo detenido, Petra, maquinalmente, se llevó una mano al pecho.

—¡Uf, me he librado por poco! —dijo.

Al cabo de unos instantes, tranquilizada, se apeó y corrió hacia el caldo. Era muy joven, quizá menos de veinte años, y tenía el rostro completamente blanco. Aparecía muy demacrado, como si hubiese estado pasando hambre.

En aquel momento, Petra vio a lo lejos el resplandor de los faros de un vehículo que se acercaba en la misma dirección. Segundos después, oyó el roncar de un viejo motor y el chirrido de unos frenos que se accionaban bruscamente.

Una destartalada camioneta se detuvo y el conductor se apeó. Con las manos en los costados, caminó hacia la muchacha.

—Atropello, ¿eh? —dijo con cierta soma, al ver el cuerpo cruzado sobre la carretera.

—Nada de eso —protestó Petra vivamente—. Debía de estar borracho. Salió de esos arbustos, tambaleándose, y cayó al suelo. Pude frenar a tiempo, créame.

El camionero se acercó al caído y meneó la cabeza.

—Puede que tenga razón, señora —rezongó—. Algunos le dan a la botella sin parar, hasta que la vacían… —Con el pie, dio la vuelta al caldo—. ¡Eh, tú, granuja, despierta! ¡Si quieres dormir, ve a casita con los tuyos!

El coche de Petra tenía aún los faros encendidos y su resplandor iluminó de lleno el rostro del caído. De la boca del camionero se escapó una sonora interjección:

—¡Cristo! Si es…

Atónita, Petra vio al hombre que retrocedía precipitadamente, mientras hacía la señal de la Cruz.

—Me lo dijeron y no me lo creí, pero ahora estoy viendo que…

La muchacha se impacientó.

—¿Qué es lo que está viendo? —preguntó, enojada.

—Eso… —El índice del sujeto señaló al hombre caído en el suelo—. Todos creyeron que el pobre Vince había visto visiones… Vince Payton, el cajero del Banco al que asesinaron unos atracadores la semana pasada… Payton dijo que uno de ellos era Dick, el hijo al que habían enterrado cuatro semanas antes…

—Oh, vamos, vamos —exclamó Petra—. El pobre cajero debía de tener mal la vista. Un hombre que ha sido enterrado no asalta el Banco cuatro semanas más tarde.

—¡Pero es que éste es Dick Payton! —Gritó el conductor—. Yo era muy amigo de la familia, asistí al entierro, vi cómo bajaban el féretro a la sepultura… Más todavía, vi al chico muerto, antes de que cerrasen la tapa del ataúd…

Petra se senda estupefacta.

—¿Quiere usted decir que este hombre murió hace varias semanas y que ahora está aquí, borracho y fuera de su tumba?

—Es Dick Payton, no cabe duda, señora —insistió el camionero—. Lo conocía desde niño, lo vi hacerse mayor…

Procurando esforzarse, Petra se arrodilló junto al caldo y le tomó el pulso.

—No sé si murió hace algunas semanas, pero yo diría que, en todo caso, ahora si está muerto —manifestó a los pocos momentos—. Oiga, amigo, si le parece bien… Perdone, no me he presentado. Soy Petra Shane…

—Buzz Darcey —dijo el camionero—. Forastera, me parece.

—Sí, voy a Bushwell, para trabajar en el Clarion… Señor Darcey, si le parece bien, yo seguiré el camino y avisaré a la policía. Podría quedarse aquí hasta que vengan a llevarse el cuerpo de este hombre.

Darcey emitió un gruñido, pero acabó por acceder.

—Está bien. A fin de cuentas, sólo son tres kilómetros y aún es relativamente temprano. El jefe es Nanson Kirr, buen amigo mío. Dígale que va de mi parte y añada también que el pobre Vince tenía razón. No sé cómo ha podido ocurrir, pero su hijo no murió entonces, sino ahora.

—Muy bien, así lo diré. Gracias, señor Darcey.

Petra volvió al coche, maniobró un poco, evitó el cuerpo tendido en el asfalto y pisó el acelerador a fondo.

Darcey quedó en el mismo sitio, sintiéndose incómodo y aprensivo por hallarse en las inmediaciones del cuerpo de un joven al que había visto enterrar cinco semanas antes. Para calmar sus nervios, encendió un cigarrillo.

El silencio era absoluto. A lo lejos, en alguna charca, croaban las ranas.

Un grillo empezó a cantar en las inmediaciones. Sonó el brusco aleteo de un ave nocturna. Darcey empezó a ponerse aún más nervioso.

Tiró el cigarrillo y encendió otro. Pero se había puesto en la boca el extremo que no tenía filtro y la primera bocanada le supo a diablos. Maldiciendo en voz baja, encendió el segundo cigarrillo correctamente.

No tuvo tiempo de apagarlo. Sin que se diera cuenta, alguien se acercó por detrás y le golpeó con dureza en la parte posterior del cráneo.

Darcey cayó fulminado. Luego, el atacante lo alzó en brazos y lo llevó a la caja de carga de la camioneta.

A continuación, el desconocido hizo lo mismo con el cuerpo del joven. Después, subió a la camioneta, retrocedió un poco, viró en redondo y rodó unos centenares de metros, hasta encontrar un camino lateral.

El vehículo se introdujo por lo que era apenas un sendero casi intransitable. Ascendió una fuerte pendiente, con curvas en zigzag, y al llegar al punto más alto, rodó un poco más y paró la camioneta.

Inmediatamente, se apeó y fue a la trasera. Descargó el cuerpo del más joven y lo dejó en el suelo. Luego volvió nuevamente a la cabina, soltó los frenos y se apartó a un lado.

El vehículo empezó a rodar, acelerando a cada vuelta de las ruedas. Cien metros más adelante, se introdujo en una ciénaga y comenzó a hundirse.

Luego, el desconocido cargó con el cuerpo del joven y desapareció en la oscuridad.

* * *

El coche policial se detuvo y sus ocupantes sólo vieron la carretera vacía.

—Aquí no hay nadie, jefe —dijo el ayudante Rogers.

Nanson Kirr apretó los labios.

—Tendrían que estar aquí…

Paró el motor y se apeó, con la mano prudentemente situada en la culata de la pistola.

—Aquí no hay nada —rezongó.

—Elsa chica está chiflada, jefe —exclamó Rogers—. ¿A quién se le ocurre inventar la historia de que ha visto a Dick Payton? Ella es forastera, viene por primera vez al pueblo y no tenía por qué conocerlo…

—Pero también dijo que Buzz Darcey se había quedado a vigilar el cadáver —alegó Kirr.

Con la ayuda de la linterna, examinó los alrededores. No había el menor rastro de la camioneta ni de los dos hombres, uno vivo y el otro muerto. Y el muerto había sido enterrado cinco semanas antes.

—¿Sabe lo que estoy pensando, jefe? —preguntó el ayudante.

—Habla, Matt.

—Esa chica viene a trabajar en el Clarion, ¿no?

—Eso es lo que ha dicho —admitió Kirr.

—Bueno, es una periodista que empieza. Tiene ganas de notoriedad, quiere conseguir renombre, en suma. En alguna parte leyó la noticia del atraco al Banco y lo que dijo el pobre Payton antes de morir. Lo publicaron muchos periódicos, jefe.

—Y ella viene a Bushwell y se inventa el jaleo de Dick otra vez muerto y en medio de la carretera, ¿eh?

—Para mí, eso es lo que ha hecho —contestó Rogers, firmemente convencido de

lo que decía.

—Bueno, pero ¿por qué ha tenido que inventarse el nombre de Darcey? Porque a éste sí le conocemos y ella, parece lógico, no debería conocerlo.

—A lo mejor tuvo un pinchazo y Buzz se paró para ayudaría. Como se dirían los nombres respectivos, ella lo citó cuando vino a avisarnos, para convencernos mejor de su patraña. No malgaste más tiempo, jefe; si quiere que le diga lo que pienso, lo mejor será que nos volvamos a casita.

Rezongando entre dientes, Kirr volvió al coche y maniobró para virar en redondo.

—El pobre Payton deliraba cuando decía que el atracador era su hijo —continuó Rogers—. Ya sabe el golpe tan duro que fue para él la muerte del pobre Dick. Aún no se había repuesto y, según dicen algunos empleados del Banco, a veces hablaba solo y pronunciaba el nombre de su hijo. Yo creo que el atracador que lo acribilló, se parecía un poco a Dick y por eso lo confundió…

—Muy bien, todo eso puede ser cierto y hasta parece razonable —convino Kirr —. Pero la chica ha mencionado a Darcey y éste sí está vivo, así que vamos a verle a su granja y él nos dirá si ha visto a Petra Shane o no.

La granja de Darcey estaba a menos de un kilómetro y se llegaba por un camino lateral. Anna Darcey, la mujer del granjero, salió a recibirles al porche, secándose las manos con el delantal.

—¿Quiere ver a Buzz, jefe? —Preguntó, después de los primeros saludos—. Bueno, si no tiene prisa, puede pasar a esperarle; no tardará ya mucho en llegar.

—No, gracias. Ann —contestó Kirr, que conocía muy bien a todos los habitantes de la comarca—. No puedo entretenerme y, por otra parte, no es asunto de importancia. Cuando venga Buzz, dígale que me llame por teléfono.

—Así lo haré, señor Kirr —contestó la mujer.

Un crío empezó a llorar en el interior de la casa. Kirr sonrió.

—Atiéndalo. Ann —dijo.

Ella sonrió también.

—¡Quizá cuando lleguen esté mi marido ya en el teléfono! —exclamó, mientras el policía volvía al coche.

CAPÍTULO II

DETUVO el paso y contempló la casa que se destacaba en lo alto de la colina, silueteada contra el cielo rojo del crepúsculo Con aquella iluminación, la casa parecía más bien el punto principal de la decoración de una película de terror.

Dada su situación con respecto al ocaso, el edificio parecía completamente negro, a excepción de las cuatro o cinco ventanas que se veían iluminadas. El conjunto resultaba siniestro y ofrecía una impresión ominosa. Alex Ritt se echó a reír de pronto.

—Es el ambiente —murmuró—. No hay ningún conde Drácula ni un doctor Frankenstein en esa casa.

Ajustándose la mochila a los hombros, continuó su camino. Poco más adelante, tropezó con una tapia de metro y medio de altura, prolongada en una verja de hierro, cuyas afiladas puntas quedaban a cuatro metros del suelo.

Por el otro lado, había unos espesos setos, que impedían la visión del interior del jardín. Contorneando la tapia en la creciente oscuridad. Ritt llegó a la verja de entrada, de doble hoja y que permitía ver la casa a unos treinta pasos de distancia.

Dos enormes perros surgieron de pronto y trotaron hacia la verja. Se movían con relativa lentitud y no ladraban. Ritt se sintió asombrado al ver el tamaño de los canes.

—Buena protección —murmuró.

Los perros le contemplaban fijamente. Era extraño, se dijo; por qué no ladraban ante la presencia de un desconocido.

Posiblemente, los tenían muy bien enseñados. Si intentaba entrar sin permiso, los perros le destrozarían.

Pero él no tenía intención de entrar en la casa. Giró hacia su izquierda y se dispuso a continuar su camino. Entonces oyó una voz:

—Caballero…

Ritt se volvió. Al otro lado de la verja, había un hombre y le pareció que había surgido repentinamente del seno de la tierra.

—Voy de paso —manifestó—. Siento haberle molestado, pero me paré un instante para ver los perros.

—Sin duda, se dirige a Bushwell —dijo el que parecía ser dueño de la casa.

—Sí, voy a esa ciudad, sin prisas. Si no la encuentro esta noche me tumbaré al pie de un árbol, hasta que sea de día. Hace un tiempo estupendo y, de cuando en cuando, sienta bien pasar una noche al raso.

—¿Por qué dormir al aire libre, cuando en mi casa puede disponer de una cómoda habitación?

La verja se deslizó silenciosamente a un lado. Ritt vaciló.

El desconocido sonreía. Ritt pudo ver sus dientes, blanquísimos, reluciendo en un rostro cuyas facciones no podía distinguir, debido a la oscuridad. Sin embargo, apreció que era bastante alto, y fornido, a pesar de su delgadez. Pero vio sus

ademanes llenos de corrección y algo le impulsó a aceptar la invitación.

—Repito que no querría molestar…

—No será molestia, sino placer, tenerle como huésped, señor…

—Ritt. Alexander Ritt —contestó el forastero—. Pero todos me llaman Alex.

—Soy Edgar Latimore Osgood. Bienvenido a mi casa, señor Ritt.

El forastero se detuvo un instante en el umbral. Osgood adivinó los motivos de sus dudas.

—No tema —dijo—. Los perros no le atacarán, a menos que yo se lo ordene.

—Son… protectores —dijo Ritt, con una sonrisa de circunstancias.

—Sí, es cierto.

Osgood movió una mano y la verja se cerró de nuevo. Luego, los dos hombres se encaminaron hacia la casa.

Las luces que había a ambos lados del sendero principal, se encendieron bruscamente. Pero volvían a apagarse, a medida que pasaban los dos hombres. En la puerta de la casa, un atildado sujeto, vestido correctamente, con frac y corbata blanca, salió a recibirles.

—Franz, tengo un invitado —dijo Osgood—. Tendrás que poner un cubierto más en la mesa.

—Bien, señor —contestó el criado.

Osgood movió una mano amistosamente.

—Pase, amigo mío —invitó—. Franz le enseñará su habitación y podrá asearse antes de la cena. Créame, me sentiré muy complacido de tenerlo como huésped. Vivo ordinariamente muy solo y, en ocasiones, echo de menos conversar con alguien. Sin duda me comprende, señor Ritt.

—Oh, sí, claro, claro…

Franz, el criado, empezó a subir la escalera que llevaba al primer piso. Ritt apreció la agradable construcción de la casa, que no tenía medio siglo de antigüedad. La conservación era perfecta y no se observaba el menor síntoma de deterioro.

Cuando llegaban al primer piso, se oyó un timbre en alguna parte. La voz de Osgood sonó en el vestíbulo.

—Yo abriré. Franz, no te molestes.

Guiado por Franz, Ritt llegó a una habitación, amplia, bien decorada. Realmente, dormir en aquella cama resultaría mucho más agradable que hacerlo a campo raso.

—La cena a las ocho, señor —anunció el criado.

—Gracias, Franz.

Ritt se quedó solo. Descargó la mochila en una silla y pasó al baño. Después de lavarse la cara y las manos, se contempló al espejo unos momentos.

—Alex, muchacho, si esto sale bien, puedes echarte un buen montón de billetes al bolsillo —murmuró.

Dirigió una ancha sonrisa al rostro que veta en el espejo.

Era el de un hombre que aún no había cumplido los treinta años, no muy guapo,

pero razonablemente atractivo y tostado por la exposición al sol y al aire libre.

Pesaba unos ochenta y cinco kilos, aunque media menos de los ciento ochenta centímetros. Sin embargo, no había en su cuerpo un solo gramo de grasa superflua; todo era huesos y musculatura, y ésta bien cultivada y potente.

Al cabo de unos minutos, abandonó la habitación y descendió a la planta baja. El comedor, calculó, debía quedar a la izquierda. Sonaban voces en otra estancia situada enfrente. Ritt apreció que la puerta estaba entreabierta.

Había dos hombres, uno de ellos su anfitrión. El otro debía de ser el visitante que había llegado poco después que él.

—Le aseguro que no tiene ningún riesgo —dijo Osgood—. Ningún riesgo, todo ganancia.

—Sí, pero ¿quién me garantiza…? —Dudó el visitante—. Los beneficios son grandes, pero si no resulta… ¿de qué me servirá tanto dinero?

—Voy a decirle una cosa, amigo Hartman. Necesito su respuesta antes de cuarenta y ocho horas. Si no la recibo al final de ese plazo, entenderé que renuncia y hablaré con otra persona que sí tiene interés en este asunto. No pienso apremiarle más ni emplear argumentos que conoce de sobra. La decisión, insisto, es enteramente suya.

—Perfectamente. Antes de que se cumpla el plazo, tendrá usted mi respuesta.

Ritt se dio cuenta de que el visitante se disponía a salir y empujó la puerta que tenía al alcance de su mano. Pasó al otro lado y se encontró en el comedor.

* * *

—De modo que le gusta viajar a pie —dijo Osgood, después de la cena, con una copa llena de vino en la mano—. Sin duda es artista, o escritor, y va tomando notas o apuntes de los paisajes que se encuentra en su camino.

Ritt sonrió ligeramente. Ahora podía ver claramente a su anfitrión. Tenía menos de cuarenta años y un rostro de singular belleza masculina. «Realmente guapo», pensó.

Sin embargo, había algunos rasgos angulosos en aquellas facciones. Ritt pensó que mejoraban la apariencia; de lo contrario, habría parecido una cara femenina en un cuerpo de hombre.

—No —contestó—. No tengo nada de artista. Simplemente, estoy recorriendo la comarca para hacerme una impresión del paisaje y de las tierras. Hay un proyecto de autopista y, aunque el comienzo de las obras será inminente, me encargaron un informe preliminar sobre el terreno.

—Ingeniero —dijo Osgood.

—Acertó —dijo Ritt.

—Tenía entendido que ciertos trabajos preliminares se realizaban desde helicópteros.

—Eso vendrá más adelante, indudablemente. Además, ni siquiera es seguro que se construya la autopista en esta comarca. Hay otros colegas que están realizando la

misma operación en zonas distintas. Luego se harán comparaciones entre los informes. Los jefazos tomarán entonces una decisión.

Osgood rió suavemente.

—Eso de los jefazos me hace gracia —dijo—. ¿Otra copa de vino?

—Gracias. —Ritt puso la mano encima de su copa—. Ya he bebido bastante. Señor Osgood, no sé cómo darle las gracias por su hospitalidad…

—Oh, por favor, para mí ha sido un verdadero placer. Créame, aquí, en esta casa, no tengo muchas ocasiones de conversar con la gente…

La puerta se abrió bruscamente. Una hermosa mujer apareció en el umbral.

—¡Edgar!

Osgood se puso en pie instantáneamente.

—¡Wilma! ¿Qué haces fuera de tu habitación? —rugió.

Ritt, estupefacto, se había levantado también. La mujer se agarraba al pomo de la puerta, como si fuese a caer de un momento a otro. Era muy hermosa y vestía solamente un camisón transparente, que permitía apreciar buena parte de sus encantos físicos. El pelo, negro, frondoso, caía suelto sobre su desnuda espalda.

—Edgar, quiero…

La mujer no pudo continuar. Osgood lanzó un terrible grito de cólera:

—¡Vuelve a tu habitación, imprudente! ¿Es que tienes ganas de morir?

—Pero, Edgar, yo quería hablarte…

Osgood se volvió hacia el joven.

—Dispénseme, amigo mío. Es sólo un instante; vuelvo enseguida.

Avanzó a largas zancadas hacia la mujer y la agarró por un brazo, sacándola del comedor a viva fuerza. Cerró la puerta con un tremendo golpe y dijo algo que Ritt no pudo entender.

El joven continuó en el mismo sitio, completamente desconcertado. Pero ¿no le había dicho Osgood que vivía solo?

Oyó voces en el vestíbulo. Una era furiosa, la otra suplicaba. De repente. Ritt captó el sonido inconfundible de un par de bofetadas.

Osgood volvió poco después, pálido, pero aparentemente sereno, arreglándose de forma maquinal el nudo de la corbata.

—Le ruego me disculpe —dijo, forzando una sonrisa—. Se trata de mi esposa. Está muy delicada y debe seguir un tratamiento sumamente rígido. Pero es muy mala paciente y, en ocasiones, se empeña en desobedecer las prescripciones de su médico de cabecera.

—Eso no está bien —sonrió el joven.

—Bueno, en realidad, el médico de cabecera soy yo —declaró Osgood—. Tengo el título, aunque sólo ejerzo de un modo privado y atendiendo únicamente a personas con dolencias muy especiales o que forman parte de mis amistades. Amigo Ritt, habrá oído dos bofetadas, me imagino.

—Pues…

—No se alarme, no soy de los que maltratan a las mujeres. Sin embargo, en ocasiones, cuando se llega a lo que vulgarmente se califica como ataque de histeria, un par de cachetes en la cara suelen ayudar a normalizar la situación rápidamente.

—Sí, eso tengo entendido, doctor.

—Llámeme Edgar, simplemente, Alex —pidió el dueño de la casa.

—Como guste. Perdóneme, pero he caminado mucho durante el día. Estoy sumamente fatigado y…

Osgood hizo un amplio ademán con el brazo.

—Está usted en su casa —dijo, con magnánimo acento.

*** * ***

El cansancio le había vencido y se durmió apenas hubo apoyado la cabeza en la almohada. Luego, a la madrugada, despertó bruscamente y se dio cuenta, con no poco desagrado, de que estaba desvelado.

Empezó a pensar en el extraño ambiente de la casa, en su dueño, en su esposa enferma —¿demente?—, en el criado… Los perros, silenciosamente siniestros, moviéndose con extraña lentitud. «Como si carecieran de alma», pensó.

Rectificó. Eran animales y no podían tener alma.

—Debiera haber dicho sin vida… pero estaban vivos…

Casi lamentó haber aceptado la invitación de Osgood. Pero, a fin de cuentas, se iría por la mañana temprano… Nunca faltaban tipos excéntricos, se dijo. Y, seguramente, Osgood era un hombre de abundantes medios de fortuna, que se había encerrado allí para cuidar a su esposa. «Debe amarla enormemente», pensó, conmovido.

Aunque estaba desvelado, tenía los ojos cerrados y por ello no se dio cuenta de que había alguien en la habitación, hasta que sintió que alguien se le arrojaba encima con cierta brusquedad.

—Silencio, silencio… —Oyó una voz que era apenas un susurro.

Ritt abrió los ojos y creyó que soñaba. Aquella mujer semidesnuda, tendida sobre él, era la señora Osgood.

—No hable, no diga nada —siseó ella.

Ritt sintió sobre su pecho la firme presión de los senos femeninos. «Demonios, no me faltaba más que una aventura de esta índole. Como se entere el marido…», se dijo, alarmado.

—Escúcheme bien… No he venido a lo que piensa… Yo… no podría aunque quisiera…

—No podría, ¿qué, señora? —A Ritt le fue imposible evitar la pregunta.

—Los muertos no pueden amar —dijo ella.

»Loca, loca de remate. Su marido tiene razón», pensó el joven.

—Y yo estoy muerta… Márchese, márchese antes de que sea demasiado tarde… Podría morir, pero no moriría…

Repentinamente, Wilma Osgood se incorporó de un salto y dirigió una mirada al

huésped.

—No lo tome a broma; he dicho la verdad. Adiós.

Parecía un fantasma deslizándose silenciosamente sobre el pavimento. Como no había luz en el corredor. Ritt no pudo ver si ella había abierto o no la puerta. Wilma desapareció y creyó que se había filtrado a través de las paredes.

Recordó sus palabras. «Estoy muerta», había dicho.

Pobre mujer —murmuró—. Para un hombre enamorado, como el doctor Osgood, debe de ser horrible ver a su esposa en un estado semejante. Tan hermosa y, sin embargo, con la mente absolutamente destruida…

Sin embargo, la visita inesperada le tranquilizó de una forma extraña, porque volvió a dormirse a los pocos momentos.

Franz le sirvió el desayuno a la mañana siguiente y le informó que el doctor Osgood estaba trabajando en su gabinete particular y que no podría atenderle como se merecía.

—Es lo mismo —contestó el joven—. Dígale que me marcho en cuanto termine de desayunar y que nunca olvidaré su generosidad y benevolencia.

—Bien, señor, así se lo diré.

—Ah, otra cosa, por favor, Franz.

—¿Señor?

—Exprésele al doctor mi sentimiento por el estado de su esposa y hágale saber mis sinceros deseos de un pronto restablecimiento.

El criado se inclinó profundamente.

—Gracias, en nombre del doctor, señor Ritt —contestó.

CAPÍTULO III

A mediodía, entró en un restaurante para tomar un bocadillo. Sentóse a una mesa, dejó la mochila en el suelo y pidió una hamburguesa y cerveza a la camarera que acudió a atenderle.

En la mesa contigua había una bonita muchacha de pelo muy rubio que estaba tomando su almuerzo. A Ritt le pareció ver en su lindo rostro una expresión de preocupados pensamientos. Unos minutos después, un hombre de mediana edad, grueso, con camisa caqui, revólver al cinto y una estrella en el pecho, se sentaba frente a la muchacha.

—¿Y bien, señor Kirr? —Oyó Ritt que decía ella.

—Hemos buscado durante toda la mañana de hoy —contestó el policía—. No hemos encontrado el menor rastro de Darcey.

—Ese nombre no me lo inventé yo —dijo la chica.

—Señorita Shane, a veces, Darcey le daba a la botella. ¿Está segura de que no había bebido anoche, cuando tuvo lugar el encuentro que ha mencionado?

—Nunca se puede afirmar… Pero si se puede asegurar cuándo huele el aliento de una persona. ¿Sabe a qué olla el aliento del señor Darcey?

—A veces, se fabricaba él mismo su licor…

—Olla a ajos.

Ritt contuvo una sonrisa. La camarera llegó con el pedido y se retiró discretamente. El diálogo entre aquella chica tan bonita y el policía continuó:

—No se puede decir que Darcey fuese precisamente un hombre refinado —contestó Kirr—. Por otra parte, he estado hablando con Chuck Miller y, en efecto, la contrató a usted.

—No tendría sentido mentirle —alegó la joven—. Por otra parte, si no lo ha hecho ya, debería hacerlo, jefe. Pida informes míos al Tribune, de Chicago.

Kirr alzó las cejas.

—¿El… Tribune? Es un periódico importante.

—Sí, lo sé.

—Entonces, ¿por qué no se quedó allí en lugar de venir a este poblacho olvidado de la Divina Providencia?

—No está olvidado de Dios, jefe. He venido yo —contestó la muchacha con un humor que Ritt no pudo por menos de apreciar en su justo valor.

—Audacia no le falta, señorita —dijo Kirr—. Pero me preocupa lo que usted pudo ver anoche.

—«Pude ver», no; lo vi —puntualizó ella con firmeza—. En cuanto a lo que pasó, yo afirmaré siempre lo que vieron mis ojos. Ahora bien, yo no conocía al supuesto borracho, que resultó estar muerto. Si digo que era Dick Payton, es porque repito lo que dijo el señor Darcey. En efecto, sé que murió hace cuatro semanas y que su padre, el día del atraco, creyó reconocerle. Puedo admitir un error por parte de

Darcey; quizá confundió al muerto con otro, pero no me cabe la menor duda que afirmó era Dick Payton. ¿Ha hablado con Darcey, jefe?

Kirr se frotó el mentón con aire dubitativo.

—No está en casa. No llegó anoche a la granja y, hace media hora, aún no se tenían noticias suyas —contestó.

—¡Eso es imposible! Yo lo dejé anoche, con su camioneta, junto al cadáver…

—Verá, señorita, Darcey… se lo dirá Miller, su director y buen amigo mío por cierto, Darcey, repito, se dedicaba, en ocasiones, a trabajos muy distintos de los que suele realizar un simple granjero. No se puede decir que vulnerase la ley, pero tampoco era un fiel cumplidor de la misma.

—Vamos, estaba a caballo en esa línea divisoria que separa la ley del delito.

—Sí, más o menos. La vio a usted, hablaron unos momentos y luego cargó con el muerto y se marchó. Lo dejaría Dios sabe dónde y continuaría su viaje para… acabar de realizar el negocio que traía entre manos.

—¿Qué negocio, jefe?

Kirr sonrió enigmáticamente, a la vez que se ponía en pie.

—Se lo preguntaremos cuando vuelva. A veces está ausente varios días, pero no es nada que deba preocuparnos. Gracias, señorita… y bienvenida a Bushwell.

El policía se marchó. Ella se quedó pensativa en su mesa, mientras Ritt terminaba el almuerzo.

La chica continuaba en el mismo sitio, cuando Ritt llamó a la camarera y le pidió la cuenta. Después de pagar, le hizo una pregunta:

—¿Puede decirme dónde encontraré un buen alojamiento, señorita?

La camarera, en pie junto a la mesa, puso una mano en una de sus amplias caderas y le contempló críticamente.

—¿Hotel o pensión?

—Da lo mismo, con tal de que haya una habitación limpia y cómoda —contestó el joven sonriendo.

—El «Siddeley» es bueno, pero excesivamente caro para lo que dan. En su lugar, yo preferiría hospedarme en la pensión de la señora Ashley, a seis o siete manzanas más abajo. El precio es casi la mitad que en el hotel y las habitaciones mucho mejores. Son las de una casa particular muy bien cuidada.

Ritt puso una moneda en manos de la camarera.

—Gracias; iré a ver si la señora Ashley tiene una habitación disponible para mí.

Luego se levantó y caminó unos pasos hasta la mesa donde estaba la chica.

—¿Señorita Shane?

Ella alzó la mirada y sonrió cortésmente.

—Si —contestó.

—Permítame. Soy Alex Ritt. He oído su nombre sin querer y me gustaría saber si por casualidad es usted hermana de Harry Shane. En la Universidad, le llamábamos el «Mago». No es que hiciese magia, salvo con los balones cuando jugaba al *rugby*…

—Es mi hermano, en efecto —admitió ella—. Estudiaron juntos, a lo que parece, señor Ritt.

—Sí. Harry me dijo una vez que no quería seguir los pasos de su padre. Le gustaba más la Medicina.

—Papá quedó un poco frustrado cuando vio que el heredero del apellido no dirigiría un día el Tribune. Pero no se puede violentar la vocación de las personas. Harry está en camino de convertirse un día en una celebridad de la ciencia hipocrática.

—Me alegro infinito. Usted, en cambio, parece va a seguir los pasos de su padre. Pero ¿cómo es que está aquí y no en el Tribune?

Ella se echó a reír.

—Mi padre es un hombre de la vieja escuela. A mí me gusta el periodismo, pero cuando le manifesté mis deseos, dijo que debía empezar por abajo. Así que habló con Chuck Miller, director y propietario del Clarion de Bushwell, y antiguo amigo suyo, y me hizo venir aquí a pasar un año, aprendiendo el ABC de la profesión.

—Bien, no quiero seguir molestándola más, señorita Shane.

—Petra, por favor —indicó ella.

—Gracias. Salude a Harry en mi nombre cuando lo vea.

—Así lo haré, Alex. Encantada de haberle conocido.

Ritt hizo una ligera inclinación de cabeza y se marchó, sin olvidarse la mochila al pasar junto a la mesa que había ocupado hasta aquel momento. Luego salió del restaurante y se encaminó sin prisas a la pensión de la señora Ashley.

* * *

El jardín era pequeño, pero estaba muy bien cuidado y abundaban las rosas de espléndidos colores. La casa era encantadoramente antigua, de estructura de madera, pintada de blanco, salvo los marcos de puertas y ventanas, que lo estaban de azul fuerte. Constaba de planta, primer piso, y un pequeño ático, según se apreciaba desde la calle.

Junto a la puertecita de la valla, estaba el buzón para las cartas y un cartel de madera, muy bien pintado, con un rótulo: H. ASHLEY. PENSIÓN.

Ritt empujó la puerta, cruzó el jardín y llegó a la casa. A la derecha, había una cadenita, con anilla. Tiró de ésta y percibió en el interior de la casa el argentino tintineo de una campanilla.

La puerta se abrió a los pocos momentos. Una hermosa mujer, de unos treinta años, alta, esbelta, de pelo rubio muy claro y ademanes distinguidos, apareció en el umbral.

—¿Señor…?

Ritt se descubrió cortésmente.

—Me han dicho que puedo hospedarme en esta casa —manifestó—. Desearía tomar una habitación por unos cuantos días, señora.

—En estos momentos, no tengo ningún huésped —respondió la mujer

sosegadamente—. Pero si lo desea, le enseñaré varias habitaciones y podrá quedarse con la que más le agrade. El precio es de tres dólares por día, veinte por una semana completa, desayuno incluido. No suelo dar comidas, pero si le interesa, podríamos arreglarnos.

—Creo que comeré fuera todos los días y estaré aquí una semana, aproximadamente, señora. Saldré muy temprano y volveré al atardecer. El baño, ¿es aparte?

—Está incluido en el precio, señor.

—Gracias. Soy Alex Ritt.

—Pase, por favor. Soy la señora Ashley.

Ritt ocultó la sorpresa que le causaba ver a una mujer tan hermosa y distinguida, alquilando habitaciones por un precio más bien módico. La casa, apreció, estaba magníficamente cuidada y, aunque el decorado databa ya de bastantes años, tenía cierto encanto, derivado de las cosas levemente pasadas de moda, pero que aún resultan atractivas.

La habitación estaba en el piso alto, amplia, con un cómodo lecho de hierro, con remates de bola de latón, perfectamente pulidos. El baño se hallaba contiguo. La limpieza era absoluta. Ritt decidió elegir el cuarto que daba a la calle principal. Además, había un escritorio de persiana, con una lámpara sobre el mismo, y se dijo que lo necesitaría para pasar a limpio sus apuntes durante las noches.

Al cabo de unos momentos, se volvió hacia la dueña de la casa y sacó unos billetes.

—Me quedo aquí, señora Ashley —manifestó.

—Perfectamente —repuso ella—. El desayuno se lo servirá mi asistenta. Viene todos los días muy temprano y se va antes de mediodía. No puede hacer más y yo debo permanecer en cama hasta muy tarde, por prescripción facultativa.

Ritt estudió unos instantes el rostro de la mujer y lo vio completamente exangüe, sin el menor color, salvo en los labios, rosados en lugar de rojos, pero, a pesar de todo, terriblemente atractivos. Ella vestía un sencillo traje de estampados de suaves colores y se adivinaba una figura que habría dado envidia a la mismísima Venus, pensó el joven.

—Perfectamente, señora —dijo.

Ella movió un poco la cabeza.

—Celebro tenerle en mi casa, señor Ritt —se despidió.

*** * ***

Al atardecer, Ritt abandonó su habitación y bajó a la planta. Iba a salir para cenar en alguna parte y, de repente, oyó voces en el saloncito de la casa.

—Las cosas no van como debieran, Helen. Siento decírselo, pero no mejora en absoluto. Es más, su estado me inquieta muchísimo.

—Doctor, ¿por qué no es sincero conmigo? —Exclamó la señora Ashley—. Diga de una vez que no me concede ninguna esperanza de salvación y que lo mío no tiene

remedio. ¿No se siente capaz de enfrentarse con la verdad, cuando soy yo la que debiera tener miedo a una muerte próxima?

—Helen… nunca se deben abandonar las esperanzas…

—Doctor, no trate de darme ánimos. Estoy condenada, ¿verdad?

Hubo una pausa de silencio. Ritt tenía la boca abierta, atónito y espantado a la vez por lo que estaba oyendo.

Una mujer joven, tan hermosa… Enferma irremisiblemente… Le pareció imposible.

—¿Cuánto me concede usted? —preguntó ella al fin.

—Tres meses, quizá un par de semanas más… Acaso dos meses… No puedo afirmar una fecha exacta. Helen, compréndalo.

—Está bien, gracias, doctor —dijo ella—. Tomaré las disposiciones precisas para que el final no me encuentre desprevenida.

Ritt entendió que la conversación estaba a punto de finalizar y cruzó el vestíbulo. Cuando abría la puerta, oyó la voz del hombre:

—¿Ha tomado un huésped, Helen?

—Necesitaba dinero, doctor. Aún le debo a usted…

—Por mí no se preocupe. Daría todos los ingresos de un año, por, por… Bien, Helen, volveré otro momento. No deje de tomar la medicina que le aconsejé.

—Sí, doctor.

Ritt caminó a lo largo de la calle, sumamente turbado. ¿Cómo era posible que una mujer tan bella estuviese condenada a muerte en un plazo relativamente corto?

Debiera de tener toda una vida ante sí y su existencia se concluiría con la llegada del otoño. O quizá antes, pensó, desagradablemente impresionado.

Un poco más adelante, se cruzó con un hombre, el cual, al verle, se quitó el sombrero con gran cortesía.

—Buenas noches, señor Ritt.

El joven tardó unos segundos en reaccionar.

—Buenas noches, señor Osgood —contestó, cuando el otro le había rebasado ya unos cuantos pasos.

Quiso volverse, para ofrecer una disculpa, pero ya no pudo, porque Osgood entraba en el jardín de la casa de Helen Ashley y le pareció indiscreto detenerle para un asunto tan nimio.

CAPÍTULO IV

RITT se encontró con Petra Shane en el restaurante.

—¿Me permite?

—Claro —sonrió ella—. La cena será menos aburrida… si compartimos el aburrimiento entre los dos. ¿Qué haces en Bushwell? —preguntó desenvueltamente.

—Recorro los caminos, los senderos, subo a las colinas, desciendo a los valles, aspiro el olor de las flores silvestres, me deleito con el canto de los pájaros, el rumor de las aguas de los arroyos y el siseo de las hojas agitadas por la brisa. ¿No es maravilloso?

—¿Eres un hombre rico, que viaja a pie por placer?

—El placer me lo concede la misión que me encomendaron. Un día por desgracia, tendré que encerrarme en un cuarto ante una mesa de dibujo, con una regla de cálculo, lápices y papel, y empezar a trazar planos.

—¿Arquitecto?

—Ingeniero.

—Oh… ¿Qué estudias?

—Una posible autopista. No es seguro, pero esperan mi informe, junto con el de varios colegas más, que están haciendo lo mismo en distintas zonas de la comarca.

—El paisaje es muy hermoso. Sería una lástima que una autopista cruzase por el centro, destruyendo el encanto…

—No es seguro, Petra, hay varias alternativas. Pero ¿qué puedo hacer yo? Sí, ya sé que dirás: «Dimite». Bueno, el estómago no conocí la palabra dimisión. Sólo sabe que es preciso llenarlo periódicamente.

—Si —convino ella—. La prosa acaba siempre por derrotar a la poesía.

—Pero mientras llega el momento de enfrentarse con la prosa, ¿por qué no disfrutar con la poesía? A propósito, y aunque esto signifique indiscreción… ¿Ha aparecido Darcey?

Petra hizo un gesto negativo.

—Seguimos sin noticias suyas —respondió.

—¿Es cierto que Darcey vio a un muerto que había sido enterrado cinco semanas antes?

—Al menos, eso es lo que dijo. Yo no lo conocía y tuve que admitir su palabra. Con las naturales reservas, desde luego. Pero aquí, en Bushwell, todavía se habla del atraco en que murió el cajero. Vince Payton.

Petra relató lo que le había contado el director del Clarion sobre aquel suceso. Ritt meneó la cabeza al conocer la historia.

—No pudo ser. El pobre Payton tuvo que confundirse —dijo.

—Sí, eso es lo que piensa todo el mundo. Un chico alto, delgado, huesudo, con melenas… La confusión es fácil, sobre todo, en unos momentos de gran excitación, como son cuando se produce un atraco y tres desalmados te apuntan con sus armas.

Pero, en cambio, Darcey… Estaba sobrio, pese a su fama de bebedor y no había agentes externos que alterasen sus facultades. Reconoció a Dick Payton, de esto no me cabe la menor duda.

—Sin embargo, tú no conocías al chico.

—Sucedió cuando llegaba a Bushwell por primera vez.

—Luego, fueron los policías y no encontraron ni a Darcey ni a Dick.

—He quedado en ridículo —dijo Petra, apesadumbrada—. Mi llegada a esta ciudad, no ha tenido precisamente lo que se llama una entrada triunfal.

—No te apures —sonrió él—. Al final, se descubrirá todo y se encontrará una explicación razonable para ese enigma.

Un hombre se acercó en aquel momento y se sentó pesadamente entre los dos jóvenes. Ritt apreció señales de disgusto en su rostro redondo, rojo y con bolsas bajo los párpados.

—Hola, Petra —saludó—. ¿Quién es el gallardo joven que te acompaña?

—Alex Ritt —contestó ella—. Alex, te presento al señor Miller, mi jefe. Alex es…

Miller volvió los ojos hacia la muchacha. Ella comprendió que los trabajos de Ritt debían permanecer por el momento en secreto.

—Eso dice él, yo no sé más —sonrió la joven—. Pero, me parece que tiene usted muy mala cara.

—Es natural —dijo el periodista—. Acabo de enterarme de la muerte de un buen amigo. Tomaré una copa, para reunir los ánimos suficientes, para visitar a la viuda. El pobre ha muerto no hace todavía una hora y…

Miller agitó una mano. Vino la camarera y le pidió un doble de *whisky*. Permaneció silencioso, hasta que hubo despachado la mitad de la bebida.

—Por fortuna, la viuda queda en buena posición. Él tenía contratado un seguro de medio millón de dólares. Realmente, no se puede negar la previsión de Bert Hartman.

Ritt se puso rígido al escuchar aquel nombre. Recordaba perfectamente cierta conversación oída la víspera. «Todo ganancia, ningún riesgo», había dicho Osgood. Pero ¿a qué podía referirse con aquellas cuatro palabras?

Procurando dar a su voz una entonación normal, preguntó:

—¿De qué ha muerto el señor Hartman?

—Un ataque al corazón. —Miller apuró su copa y se puso en pie—. Bueno, voy a darle el pésame a la pobre señora Hartman. Supongo que estará muy afligida… pero me parece que se consolará pronto. Encantado, señor Ritt. Hasta mañana, Petra.

—Buenas noches, señor Miller —contestaron ambos jóvenes casi a dúo.

Ritt meditó unos instantes. ¿Debía contar a la muchacha lo que había oído la víspera en la casa de Osgood?

Decidió guardar silencio. A fin de cuentas, la conversación debía de tratar sobre asuntos de negocios. «Todo ganancia, ningún riesgo», eran frases comunes en el mundo comercial.

Y las muertes por paro cardíaco, se dijo, eran el pan de cada día.

—¿Piensas permanecer mucho tiempo en Bushwell, Alex? —preguntó la muchacha, rompiendo el silencio en que habían caído.

—Oh, una semana, más o menos —contestó Ritt.

Transcurrieron varios días.

Ritt se levantaba con el alba, tomaba el desayuno que le servía la sirvienta e, inmediatamente, se marchaba, para no regresar sino cuando el sol estaba a punto de ponerse. Tomaba un baño, se afeitaba, se cambiaba de ropa y luego iba al restaurante, donde solía reunirse con Petra, para charlar de asuntos sin importancia.

Alrededor de las nueve, volvía a casa, trabajaba un poco en su habitación y luego se echaba a dormir. Apenas si había visto a Helen desde su llegada.

Chuck Miller llegó aquella noche y se sentó entre ellos.

—¿Cómo va su vagabundeo, muchacho?

—No puedo quejarme. Pateo los campos que es un contento…

Miller le miró de hito en hito.

—¿Por qué no me lo cuenta? *Off the record*, por supuesto; no publicaré nada, siempre que no sea delictivo. Pero la especie de los millonarios vagabundos se extinguió con Haroun-al-Raschid, el de Las mil y una noches.

—Sí, tiene usted razón. Se lo diré, con una condición.

—Bueno, ¿cuál es la condición?

—Espere un momento.

Ritt mencionó las causas que le habían llevado a Bushwell. Al terminar, dijo:

—Cuénteme algo de Helen Ashley. Ésa es la condición, señor Miller.

—Ah, Helen… Una mujer encantadora, distinguida, muy refinada… pero que, por desgracia, vivirá muy poco. Tenían una gran fortuna y su marido la derrochó en juergas estúpidas y disparatadas inversiones de Bolsa. Acabó pegándose un tiro. Lo hizo en un sitio donde no le vio nadie: de lo contrario, todos habríamos ido a aplaudirle el gesto. —Ella está muy enferma —dijo Ritt—. ¿Cuál es la dolencia?

—Pregúnteselo al doctor Hastings Yo lo sé, pero me parecería que traiciono el secreto profesional si se lo dijera, Alex. Me comprende, ¿verdad?

—Claro —sonrió el joven—. De modo que Helen quedó en la ruina después de la muerte de su esposo.

—Bueno, en la ruina… Tiene todavía la casa, que representa un gran valor, dada su situación en una zona que será el centro de la ciudad, dentro de unos años, cuando se produzca la inevitable expansión. Pero no la ha querido vender ni tampoco tomar una hipoteca. Por eso anda tan apurada de dinero y acepta huéspedes.

—Sí, pero ella va a morir y… ¿qué pasará entonces con la casa? —preguntó Petra. —Habrá un testamento, supongo. Pienso que Helen quiere morir en la casa donde ha vivido tantos años. Después…

Ritt consultó su reloj y se puso en pie.

—Dispensen, se me hace tarde —se disculpó.

Regresó a la casa. Cuando abrió la puerta, oyó las notas de un piano que sonaba en alguna parte.

Curioso, se acercó y entreabrió la puerta. Helen, sentada ante el piano, parecía abstraída en la interpretación de la pieza, de graves tonos y un ritmo extrañamente fúnebre. A Ritt le pareció conocida, aunque no logró recordar su título.

Fascinado, permaneció allí durante largo rato. Helen no se había dado cuenta de su presencia. Ritt se asombró de la palidez de sus facciones. Pero, por otro lado, parecía hallarse en perfecto estado de salud. No se apreciaban señales de demacración en su rostro ni había ángulos en su silueta de perfectos contornos…

De pronto, ella dejó de tocar. Alzó la cabeza y sonrió ligeramente.

—¿Le ha gustado, señor Ritt?

—Dispénseme. No pude contener la curiosidad…

—No tiene la menor importancia. ¿Le agradó?

—Muchísimo, señora. Sin embargo… Lo siento, pero no consigo recordar el nombre de la melodía.

—Es el Réquiem, de Mozart —contestó Helen, sin dejar de sonreír.

*** * ***

Alcanzó la cumbre de la pequeña loma y se detuvo unos momentos para observar el paisaje a la sombra de un copudo pino parasol. Sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara. Hacía bastante calor y se preguntó si encontraría alguna fuente de agua fresca y reconfortante.

—Incluso sería capaz de darme un baño —murmuró.

Desde aquel lugar, dominaba una vasta extensión de terreno. A unos tres kilómetros de distancia, avistó otra loma, en cuya cima se divisaba una casa, prácticamente oculta por los árboles que la rodeaban. Tardó algunos momentos en darse cuenta de que era la casa de Osgood.

Un extraño individuo, se dijo. Sin saber por qué, pensó que debería preguntar a Petra sobre Osgood. Aunque la muchacha no debía de saber gran cosa, si sabía algo. Pero ella, a su vez, podía hablar con Miller…

Los pensamientos de Ritt se interrumpieron bruscamente. A unos cien metros de distancia, divisó el brillo de unas aguas que parecían casi totalmente invadidas por cañas y otras plantas. En medio había algo que no parecía precisamente formar parte de la vegetación pantanosa de aquel paraje.

Inició el descenso. De pronto, se encontró sumergido en agua fangosa hasta la rodilla.

Salió disparado hacia atrás, lleno de pánico.

—¡Diablos, arenas movedizas!

Alargó el cuello hacia la cosa que parecía sumergida en la ciénaga, pero muy cerca de la superficie de las aguas. Tanteando cuidadosamente el terreno, buscó un punto mejor para la observación, a fin de evitar los reflejos de los rayos solares. Entonces pudo ver que se trataba de la parte superior de la lona de una camioneta.

Estuvo así unos momentos. Luego, bruscamente, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a Bushwell.

Petra le recibió en su oficina, con la sonrisa en los labios. Pero casi enseguida, hizo una mueca y se tapó la nariz con los dedos.

—¡Alex! ¿De dónde sales? —exclamó—. Ese perfume no es precisamente Chaneló…

—Es el olor propio de la ciénaga donde he estado a punto de desaparecer para siempre —contestó él—. Petra, vengo a ti antes que al jefe de policía, para que te apuntes un buen tanto. Creo que he encontrado la camioneta de Darcey.

* * *

Se reunieron por la noche en el restaurante.

—Sí, era Darcey —confirmó Petra.

—¿Cómo fue a parar allí? —preguntó él, intrigado.

—El jefe Kirr opina que alguien le ajustó las cuentas.

—¿Cómo?

—Darcey andaba en asuntos no demasiado limpios. El contrabando de destilados clandestinos era una de sus ocupaciones favoritas. Andaba mal de dinero, quizá cobró una factura, se guardó el importe, en lugar de entregarlo a… a quien correspondiera, y los defraudados, o quizá sólo uno, decidieron eliminarlo.

—¿Cuál fue el procedimiento, Petra?

—El forense ha encontrado en el cráneo señales de un fortísimo golpe. Por las características, y también porque ha encontrado algunas minúsculas partículas de arena, cree que fue una gruesa piedra.

—Una pedrada en la cabeza, pierde el sentido y luego llevan la camioneta a la ciénaga.

—Sí, en efecto, eso parece ser lo que sucedió. Y, según las primeras impresiones, ocurrió la noche en que nos conocimos en la carretera, junto al cadáver de Dick Payton.

—Entonces, lo atacaron al poco tiempo de marcharte tú.

—Es prácticamente seguro. A unos cientos de metros, hay un camino que lleva a la cumbre de la loma. El asesino borró las huellas de las ruedas, pero ahora ya no cabe duda de que arrojó la camioneta desde la cima. Y no se molestó siquiera en poner a Darcey tras el volante, para simular un accidente. El cadáver estaba en la caja de carga, entre garrafas llenas de licor clandestino. Había, en total, un par de toneladas, lo que constituyó un buen lastre para que el vehículo se hundiera en la ciénaga.

—Bueno, eso aclara la desaparición de Darcey. Pero el enigma de la resurrección y segunda muerte de Dick Payton sigue en pie.

—Ese cadáver ha desaparecido también. Vince Payton pudo equivocarse, yo no lo conocía y tal vez el cadáver que encontramos en la carretera se parecía a Dick.

—Hay una cosa que me parece, no se ha hecho desde que Payton creyó reconocer

a su hijo.

—Murió jurando que era Dick. ¿Qué es lo que no se ha hecho, Alex?

—Abrir la sepultura del chico.

Petra calló unos momentos. Luego movió la cabeza varias veces.

—Hablaré con Chuck Miller —dijo al cabo—. Él tiene influencias y quizá consiga estimular a Kirr para que examine la sepultura de aquel pobre muchacho.

—Era muy joven, menos de veinte años. ¿De qué murió, Petra?

—No lo sé. Se lo preguntaré a mi jefe. ¿Te veré mañana?

—Eso espero —sonrió él.

CAPÍTULO V

LLEGÓ a la casa y se puso inmediatamente a trabajar. A los pocos momentos, oyó el sonido de la campanilla de la puerta.

Helen acudió a abrir. La casa tenía una acústica especial. Ritt podía oír perfectamente lo que se hablaba en el vestíbulo, sin necesidad de abrir la puerta siquiera. La voz de un hombre correspondió inmediatamente a la de Helen.

—Aquí lo tiene, señora. Tómese dos inmediatamente y otras dos a las once de la noche. Será suficiente.

—¿Seguro? —preguntó Helen.

—Se lo garantizo personalmente, señora Ashley.

—La palabra personalmente puede tener muchos significados, doctor Osgood.

—En mi caso, sólo uno, señora.

—Bien, si no diera resultado, usted no… Me entiende, ¿verdad?

—Perfectamente. Soy el más interesado en el feliz resultado del caso.

—Gracias, eso es todo.

Osgood se dirigió hacia la puerta.

—Ah, señora Ashley —exclamó de pronto.

—¿Doctor?

—Alguien tendrá que informar del… suceso.

—No se preocupe; corre de mi cuenta. Buenas noches.

—Buenas noches, señora Ashley.

Ritt oyó el ruido de la puerta que se cerraba. Se preguntó a qué caso se refería aquel enigmático doctor Osgood. ¿Qué suceso iba a producirse aquella noche en la casa?

Dejó de lado sus pensamientos y continuó el trabajo. Alrededor de las diez de la noche, se levantó, fue al baño y se cambió de ropa. Luego se metió en la cama.

Fumó un cigarrillo y pensó en la ciudad. Bushwell, se dijo, era una población pequeña, pero no demasiado alegre ni animada. Parecía como si el ambiente fuese un tanto opresivo. Había visto que las gentes no sonreían apenas, salvo las lógicas excepciones. La casa de Helen estaba en una zona de expansión futura, pero le pareció que eran sueños de algunas personas cuya perspectiva sobre los tiempos que iban a venir era más bien limitada.

Pasados unos minutos, apagó el cigarrillo y empezó a dormir.

* * *

Despertó bruscamente, sintiendo una presencia extraña en el dormitorio. Abrió los ojos y vio una blanca silueta a dos pasos de la cama.

La luna estaba casi en fase de plenilunio y su luz penetraba a raudales por la ventana abierta. Ritt vio unas blancas vestiduras, muy transparentes, que permitían apreciar, por contraluz, la silueta de una hermosa mujer.

Ella levantó las dos manos al mismo tiempo y las ropas cayeron al suelo. El

cuerpo desnudo, de indescriptible belleza, parecía bañado en plata.

La mujer se acercó a la cama.

—Hazme un poco de sitio, por favor.

Ritt estaba aturdido.

—Señora…

—Soy una mujer. Deseo amar, Alex.

Helen se acostó a su lado, sin que él pudiera impedirlo. Estuvo unos instantes boca arriba y luego, volviéndose, le abrazó fuertemente y buscó su boca con apasionada voracidad.

El cuerpo de la mujer era una pura llama. Ritt se dejó llevar por el ardor de la situación. «No está enferma. El doctor Hastings está equivocado», pensó, en los momentos de delirio que siguieron y que le parecieron no iban a terminar nunca.

Transcurrió un buen rato, antes de que ninguno de los dos pronunciase una sola palabra. Al fin, Ritt se decidió a hablar.

—¿Por qué, Helen? —inquirió.

—¿Quieres conocer la verdad? —dijo ella.

—Me gustaría.

—Tenía que hacerlo. Tenía que amar de nuevo, antes de…

—Antes… ¿de qué? —preguntó él, presintiendo una espantosa revelación.

—Voy a morir. Muy pronto, Alex.

Ritt se sentó en la cama.

—¡No es posible! —gritó—. El médico está equivocado. Tú estás perfectamente sana. Alguien se equivoca… Ha formulado un diagnóstico erróneo… O quizá tienen interés en que mueras… Tu casa puede valer mucho el día de mañana…

Helen sonrió nuevamente.

—Todo eso lo sé, lo sabía desde hacía mucho tiempo. Pero no se puede dudar de la competencia y la honestidad del doctor Hastings.

—Escucha, Hastings será muy bueno, pero no pasa de ser un médico rural, con conocimientos limitados. Debes de ir a algún sitio, una gran clínica. Chicago. Nueva York…

—Hastings me hizo unos análisis, primero él mismo, y luego los envió a una de esas famosas clínicas que dices. Los resultados confirmaron su diagnóstico.

—Pero… eso es horrible… ¿No sientes temor por la muerte cercana?

Helen volvió a abrazarle. Su cuerpo era cálido, sinuoso, una llama viva de pasión.

—La muerte será para mí el principio de otra vida —murmuró ardientemente.

Después de los estallantes momentos de fuego amoroso, sobrevino la inevitable relajación. Ritt, a pesar de todo, no creía en la proximidad de la muerte de Helen.

Ella se durmió sosegadamente en sus brazos. Ritt acarició sus cabellos largo rato hasta que, al fin, le venció también el sueño.

Cuando despenó, divisó una tenue claridad a través de la ventana. La asistenta ya no tardaría mucho en llegar.

Debía llevar a Helen a su dormitorio. Nadie debía saber lo que había ocurrido aquella noche entre ambos.

—Helen —llamó suavemente.

Ella no contestó, parecía dormir con toda placidez.

Con gran delicadeza, tocó su desnudo brazo derecho. Inmediatamente, sintió que se le ponían los pelos de punta.

De un tirón, bajó las ropas de la cama hasta la cintura de la joven. Su mano se apoyó sobre el seno izquierdo, aquella hermosa curva que había acariciado tanto durante la noche, la atractiva semiesfera que había vibrado de pasión bajo sus cálidos besos. Ahora…

Era sólo un trozo de carne blanda, fría como el mármol. El pecho de Helen estaba completamente inmóvil.

Durante unos momentos, permaneció en la misma postura. Ya no estaba aterrado. Sólo se senda conmovido. Los vaticinios de Hastings se habían cumplido al fin.

Reaccionando, saltó de la cama. Tomó el camisón y vistió a la muerta. Luego la llevó a su dormitorio y desordenó un poco la cama. No tenía miedo a la justicia, pero no quería que la memoria de Helen quedase manchada por algo que la había hecho inmensamente feliz en sus últimas horas de vida.

* * *

Las últimas paladas de tierra fueron lanzadas sobre la tumba. Un sacerdote recitó la postrera oración. Cayeron algunas flores sobre la tierra recién removida.

Había muy pocas personas en el cementerio. Estaban Ritt, la asistenta de Helen, Petra Shane, Miller, Kirr, su ayudante Rogers y algunos más, aparte de los sepultureros.

Calan algunas gotas. El cielo se había encapotado inesperadamente. A Ritt le pareció que el sol se ocultaba, para no ver lo que sucedía en la tierra.

—Era una mujer encantadora —dijo Miller—. Dios le haya concedido la paz y el descanso eternos.

—Amén —contestó Petra.

El grupo empezó a disolverse. Un poco más allá, los dos sepultureros hablaban a media voz.

—¿Te quedas, Joe? —preguntó uno.

—Sí —contestó el otro—. Tengo trabajo y no sé cuándo acabaré.

—El panteón de los Merrywether, supongo.

—Eso es. Está muy descuidado y la vieja va a venir un día de éstos. No quiero oír sus gruñidos.

—Sí, es una mujer realmente desagradable. Como si ella no fuese a acabar un día en ese sitio. Bien, hasta mañana. Joe.

—Adiós, hasta mañana.

Ritt oyó vagamente la conversación. Acompañando a Petra y al director del periódico, emprendió el regreso hacia el camino donde aguardaban los coches.

Habían ido al cementerio en el de Petra y lo usarían también para la vuelta.

Cuando llegaban al edificio donde estaba el periódico, un hombre les salió al paso.

—¿Señor Ritt?

—Si —contestó el joven, sorprendido.

—Permítame… Soy Lexter Evans, abogado. Hace un par de días la señora Ashley me entregó una carta, con el ruego de que se la diera a usted después de su muerte. Aquí la tiene, señor Ritt. Buenas tardes…

Evans se marchó, dejando la carta en manos del estupefacto joven. Petra y Miller le contemplaban expectantes.

La muchacha, al fin, no se pudo contener.

—Vamos, Alex, abre esa carta —pidió, impaciente.

Ritt la miró fijamente.

—Conforme, pero, sea lo que sea, no quiero que haya publicidad. ¿Me ha oído, señor Miller?

El periodista asintió.

—Quedará entre los tres, muchacho —aseguró.

Ritt rasgó el sobre y extrajo una cuartilla, escrita con letra que denotaba un pulso firme y sin vacilaciones. Al cabo de unos minutos, la puso en manos de Miller.

Petra se apretujó contra el director. Los dos lanzaron sendas exclamaciones de asombro al terminar la lectura de la carta.

—Señor Miller —dijo Ritt—, ¿es legal?

—Hay dos firmas de testigos imparciales, que aseguran la veracidad de las últimas disposiciones de la difunta —contestó el periodista—. Tanto el doctor Hastings, como la asistenta, señora Beaver, son personas de irreprochable conducta. No hay tribunal que pueda desvirtuar una sola línea de esa carta, muchacho.

Ritt meditó unos segundos. Luego dijo:

—Probablemente, el señor Evans ignoraba su contenido. ¿Puedo considerarlo como un abogado serio y competente?

—De lo mejorcito que hay en la ciudad —calificó Miller.

—Entonces, le entregaré la carta para que me la guarde. ¿Quieren acompañarme y ser mis testigos en este acto?

—Naturalmente, muchacho.

—No faltaría más —dijo Petra.

*** * ***

La limpieza del panteón había terminado. Maldiciendo entre dientes a los Merrywether, a todos los antepasados y a los descendientes, actuales y futuros, Joseph Moreen se dispuso a abandonar el panteón. Él no lo sabía, claro, pero el panteón parecía más bien una tumba egipcia. Hecha, además, con un mal gusto espantoso, tan espantoso como sobrado de dinero el autor del encargo.

Moreen había llevado una botella consigo y le arreó un buen tiento. La botella

estaba llena al anochecer y ya quedaba menos de una cuarta parte. En otras circunstancias. Moreen se habría sentido muy alegre, pero ahora no hacía más que maldecir a los Merrywether y a su oficio, con absoluta imparcialidad y a partes exactamente iguales.

Salió del panteón, tras haber apagado la luz del interior, y cerró la historiada verja que permitía el acceso al mismo. Eructó un par de veces y se dispuso a marcharse. Entonces fue cuando creyó ver una luz a lo lejos, aunque dentro del recinto del cementerio.

—Maldita sea —juró entre dientes—. Un ladrón de tumbas…

Buscó un poco y encontró una gruesa barra de hierro, de la que se servía en ocasiones para mover las lápidas. Cautelosamente, se acercó al lugar donde brillaba la luz.

Había bastantes árboles en el cementerio y abundaban las lápidas de gran tamaño, situadas en posición vertical. Moreen consiguió situarse a diez pasos de la tumba, sin que el hombre que trabajaba en ella se percatase de su presencia.

Decidió esperar un poco. Era preciso cazar al ladrón con pruebas suficientes para llevarlo ante la policía. Al cabo de unos momentos, identificó la sepultura.

—¿Qué diablos pueden buscar ahí? —rezongó—. No le dejaron encima nada de valor…

La lápida horizontal en este caso, quedó apartada a un lado. Moreen vio que se acercaba otro hombre. Éste, sin perder tiempo, saltó al interior de la sepultura.

Se oyeron los chirridos de unas bisagras.

«Están levantando la tapa del féretro», pensó Moreen.

Desde su observatorio, podía ver la cabeza y los hombros del sujeto que estaba en la tumba. De pronto, éste se volvió hacia el otro.

—Dame la jeringuilla.

—Aquí está.

La linterna alumbraba perfectamente. Moreen vio al que estaba en la tumba, con la jeringuilla en vertical, expulsando las últimas partículas de aire. También pudo apreciar el tamaño desusado de la jeringuilla.

Por lo que podía apreciar, el sujeto estaba aplicando inyecciones en distintos sitios al cadáver. Al cabo de unos minutos, lo vio erguirse de nuevo y consultar su reloj.

—Quince minutos —dijo.

Moreen decidió continuar esperando. Tenía que llegar al fondo de aquella extraña operación. Si la interrumpía, quizá no le creerían cuando declarase ante la policía.

Transcurrió un cuarto de hora. De repente, Moreen vio algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

Había bebido demasiado, se dijo. Aquello no podía suceder… pensó, aterrado, mientras veía el cuerpo que surgía lentamente del interior de la tumba.

No, no era posible. Él lo había enterrado menos de ocho días antes… y, sin

embargo, allí estaba, reviviendo de nuevo… ¿O había dormido en el ataúd durante aquella semana?

—Salga, salga, sin temor —dijo uno de los hombres—. Le costará un poco en un principio, pero pronto recobrará la elasticidad de sus miembros…

Moreen, alucinado, se dijo que debía huir. Tenía que marcharse de allí cuanto antes.

Torpemente, dio media vuelta. La barra que aún tenía en la mano chocó contra una lápida vertical y emitió un sonido casi musical.

Dos rostros se volvieron inmediatamente en aquella dirección.

—¡Hay alguien! —gritó uno.

—Corre, que no escape, sea quien sea…

Enloquecido de pánico. Moreen echó a correr. Conocía perfectamente el cementerio, pero el miedo ponía una venda en sus ojos. Tropezó con una losa y cayó de bruces, a la vez que lanzaba un aullido de terror.

Alguien se le arrojó encima y le asestó un terrible golpe en la cabeza. Moreen perdió el conocimiento instantáneamente.

Luego, el hombre cargó con su cuerpo y regresó junto a la tumba recién abierta. —Pienso que hay un ataúd vado —dijo.

—Es el hombre ideal para ocupar ese hueco —contestó el otro.

El hombre que había salido de la tumba, permanecía inmóvil, ya en el exterior. Una mano se apoyó en su hombro.

—No se apure, esto no va con usted.

El cuerpo de Moreen fue depositado en el féretro, cuya tapa quedó cerrada por unas fuertes presillas.

—No las podrá abrir desde dentro —dijo uno de los intrusos.

—Suponiendo que siga con vida —contestó el otro—. Le di con fuerza. Me pareció que se rompía el hueso.

—Bien, lo mismo da. Anda, vamos a colocar la lápida. Luego borraremos todas las huellas.

El hombre se volvió sonriendo hacia el resucitado.

—Ahora vendrá con nosotros y completaré el tratamiento —dijo—. Entonces podrá comprobar que no le había mentido y que mi procedimiento es absolutamente eficaz.

—Sí… lo… estoy… viendo —contestó el resucitado con voz torpe.

CAPÍTULO VI

—DE modo que te marchas —dijo Petra.

—Así es —sonrió Ritt—. ¿Quieres algo para tu hermano o tu padre?

—Si tienes ocasión, salúdalos en mi nombre. De todas formas, hablo con mi padre casi a diario.

—Muy bien, Petra, no sé qué decirte…

—Aún te sientes desconcertado, ¿verdad? —dijo ella, sonriendo comprensivamente.

—Es algo que no me esperaba, una decisión que me habría parecido un disparate, de haberla conocido con tiempo suficiente. Y todavía me estoy preguntando por qué lo hizo.

—Tal vez se enamoró de ti, Alex.

—Mujer, ¿cómo puedes decir una cosa semejante?

Pero Ritt pensaba que tal vez Petra decía la verdad, sin sospechar siquiera lo que había sucedido. Y, sin embargo, lo que podía calificarse de testamento de Helen Ashley había sido redactado dos días antes de su muerte, dos días antes de que se hubiese producido aquel encuentro tan maravilloso y que había tenido un final inesperadamente trágico.

«Inesperadamente, para mí; ella sabía que podía morir en cualquier momento, pero… ¿tan pronto?», pensó.

—¿Te gustaba? —preguntó Petra, al observar su silencio.

—Era una mujer muy hermosa. Tuvimos muy poco trato, poco más que lo inevitable en nuestras circunstancias. Yo salía muy temprano por las mañanas y regresaba tarde, como sabes. Cenaba, me encerraba a trabajar un rato en mi habitación… No, no hubo demasiado trato. Pero no se puede negar que era una mujer excepcional.

—Sí, realmente bella —convino la muchacha sonriendo.

—Una noche, al regresar, la encontré al piano. ¿Sabes qué pieza interpretaba?

—No tengo la menor idea, Alex.

—El Réquiem, de Mozart.

Petra sintió un escalofrío.

—Presentía su muerte muy pronto, antes de lo anunciado por el doctor Hastings.

—Creo que sí. —Ritt movió la cabeza—. Bien, ya no se puede hacer nada más. ¿Sabes lo que he pensado, Petra?

—Dime, por favor.

—Regresaré a Chicago, con los resultados de mi tarea, redactaré un informe y luego solicitaré una baja temporal de dos meses, tal vez tres. Tengo decidido volver aquí durante un tiempo. Lo que ha sucedido ha variado mis planes y necesito ese plazo para encauzarme de un modo, si no definitivo, al menos con mayor precisión que hasta ahora.

Ella le dirigió una sonrisa afectuosa.

—Ya sabes dónde me dejas —contestó.

—Gracias. Por cierto, ¿qué sabes de la apertura de la tumba de Dick Payton?

—Miller dice que no debemos intentarlo siquiera. ¿Quién puede creer que yo oyera a Darcey asegurar que aquel cuerpo, que no apareció, era el de Dick Payton? El padre, ¿no pudo confundirse al ver a aquel atracador adolescente? Vince Payton, lo sabes muy bien, no se había repuesto todavía de la muerte de su hijo. Con esos elementos, resulta imposible solicitar una orden de exhumación.

—Sí, tienes razón. Bien —sonrió Ritt—, hice el viaje de ida a pie, pero alquilaré un coche. Luego, en Great Falls, tomaré el tren para Chicago…

—Hay aviones, Alex.

—Me gusta el tren, repantigarme en un asiento y contemplar el paisaje. En el avión, no ves nada. No soy partidario de las prisas, salvo por asuntos muy urgentes y mi regreso no tiene demasiada urgencia.

Al día siguiente por la mañana. Ritt detuvo el coche ante la verja de la casa donde vivía Osgood. Los canes, negros como la noche, acudieron lentamente a la reja.

Franz apareció momentos más tarde.

—¿Señor?

—Perdón —dijo Ritt—. Me marcho de Bushwell. Sólo quería saludar al doctor Osgood y despedirme de él. El doctor fue muy amable conmigo el día de mi llegada y me parecería una descortesía ausentarme sin decirle adiós.

—Se lo comunicaré, en su nombre, señor Ritt —contestó Franz—. El doctor está muy ocupado en estos momentos y me encomendó no se le molestase bajo ningún concepto.

—Lo siento. Dígaselo así, por favor… Ah, permítame… La señora Osgood, ¿se encuentra mejor?

—Su salud es perfecta, señor.

Las respuestas de Franz, apreció Ritt, eran amables, pero encerraban la frialdad del hielo. Estudió un instante el rostro del sujeto, cuadrado, con rasgos que parecían tallados en un bloque de granito. Los ojos parecían no tener pupilas, de tan claras.

Los canes permanecían silenciosos, como estatuas de pulido mármol negro. No expresaban odio ni afecto. Ni siquiera meneaban la cola.

Ritt sonrió.

—Gracias por todo, Franz.

—A usted, señor. —El criado chasqueó los dedos—. ¡Vamos! —Se dirigió a los canes.

Los animales empezaron a dar la vuelta. Súbitamente, uno de ellos emitió un débil aullido, se tambaleó un poco y cayó al suelo, en donde se quedó quieto, tras unas leves convulsiones.

—Eh, ¿qué le pasa a ese perro? —gritó el joven.

Franz se arrodilló al lado de la bestia y le puso una mano en el costado. Luego

alzó la vista.

—Ha muerto, señor.

—¡Muerto! —repitió Ritt, estupefacto—. Pero… ¡si parecía la viva estampa de la salud! Canina, por supuesto.

—«Azrael» padecía del corazón hacía tiempo, señor —contestó el criado—. También los animales están sujetos a ciertas dolencias que creemos propias solamente de los seres humanos —añadió.

Ritt hizo un gesto afirmativo. Franz levantó en brazos el cadáver del perro. En el mismo instante, Ritt creyó percibir un extraño olor, que no tenía nada de agradable.

«Olor a muerto», se dijo.

Pero no podía ser, «Azrael» acababa de morir. Tardaría un par de días al menos antes de que se percibiera el hedor de la descomposición.

Franz se alejó con el can en brazos y Ritt se asombró de ver la facilidad con que el criado transportaba aquel cuerpo, que pesaba lo menos setenta kilos.

El otro perro caminaba mansamente a su lado. Ritt se preguntó cuál sería su nombre.

—«Azrael» es nombre de demonio —murmuró—. ¿Cómo te llamas tú?

Pero el perro vivo, naturalmente, no le contestó.

* * *

El hombre estaba en pie, con los ojos ausentes, como ajeno a cuanto le rodeaba. Tenía el torso desnudo y no se movió siquiera cuando le aplicaron un estetoscopio sobre la piel.

—Perfecto, señor Hartman. Está usted sano y fuerte como un roble. No le mentí cuando le aseguré que el riesgo era absolutamente inexistente.

—Es cierto —contestó Hartman.

—Vístase. Puede marcharse, pero ya sabe lo que debe hacer.

—Sí, señor.

—Y, recuerde, establecimos un trato. No se le ocurra quebrantarlo siquiera o tendría que lamentarlo muchísimo. Le ocurriría algo que… Bien, ni yo mismo me atrevo a decírselo así que procure actuar según lo acordado.

—Descuide, cumpliré el trato.

Hartman se vistió y abandonó la casa.

La noche había cerrado ya, cuando Nita Hartman oyó un ruido en la trasera de la casa en que vivía. Lo primero que pensó fue que había cerrado mal la puerta. Soplaba un poco de viento y éste la habría movido.

Pensó que debía cerciorarse de que estaba bien cerrada. Nita se levantó, fue a la cocina y vio a un hombre junto al frigorífico, con una pata de pollo en una mano y una botella de cerveza en la otra.

—Hola, querida, ¿cómo estás?

Nita se quedó helada. La cabeza empezó a darle vueltas inmediatamente.

—No grites, por favor —rogó él—. Los vecinos no tienen por qué enterarse de

que he vuelto.

—Pero tú… estás muerto… Te enterramos…

Nita lanzó un hondo suspiro, cerró los ojos y dobló las rodillas. Su esposo la contempló con la sonrisa en los labios.

—Pobrecilla, no ha podido soportar la sorpresa —dijo. Ella despertó más tarde, en la cama, sintiendo sus manos en las de su esposo.

—Vamos, vamos, no ha sido nada. He vuelto a casa, eso es todo.

Nita le contemplaba llena de pánico.

—Pero tú… el doctor Hastings certificó tu defunción… Te enterramos… No había duda alguna de tu muerte…

Hartman se sentó en el borde de la cama, con una de las manos de la mujer entre las suyas.

—El doctor Osgood y yo hicimos un arreglo —explicó—. Me dio una droga que simuló mi muerte. Es… algo fantástico, créeme; engaña a los médicos más experimentados…

—Pero ¿por qué? No acabo de comprender por qué hiciste esta comedia… Al menos, podías haberme avisado…

—Querida, era preciso que tu dolor resultase auténtico. No podíamos arriesgarnos a que un duelo fingido lo arruinase todo. Lo siento mucho, pero no había otra solución… y, a fin de cuentas, me tienes de vuelta en casa otra vez.

Nita se incorporó un poco.

—Bert, si hiciste eso fue por algún motivo —dijo.

—Un poderoso motivo. Estábamos arruinados y no teníamos ninguna salida. La póliza del seguro de vida excluía el suicidio, aparte de que yo habría muerto de veras, y eso no me convenía, como puedes comprender. Bien, resumiendo, has entrado en posesión de quinientos mil dólares.

—Sí, es cierto…

—Doscientos mil serán para el doctor Osgood, es el trato que hicimos. El resto… Bien, nos marcharemos de Bushwell, cambiaremos de nombre y… ¿No te imaginas el panorama, querida?

—¿Pretendes que abandonemos la ciudad. Bert?

—Si me quedo, se descubrirá el pastel y perderemos el seguro. No; tenemos que marcharnos, Nita. Habré de permanecer unos días en la casa, pero me esconderé en el ático, salvo por las noches, cuando no haya nadie, en que vendré a…

Hartman sonrió, a la vez que empezaba a quitar la bata a su mujer.

—Bueno, te he echado mucho de menos, cariño —añadió.

Nita se dejó desnudar. No sabía cómo había sucedido, pero tenía a su esposo nuevamente a su lado. Le amaba y habría hecho cualquier cosa que él le pidiese.

Hartman se desvistió también. Apagó la luz y se metió en la cama junto a su esposa.

Un cuarto de hora más tarde, lanzó una furiosa interjección.

—No sé qué diablos me sucede… Debería portarme como un toro y me siento tan indiferente como si estuviese con una estatua de mármol…

—La culpa no es mía —lloriqueó Nita, decepcionada también ante el fracaso de la relación sexual con su esposo.

Hartman encendió la luz, se levantó y fue a la chaqueta que había dejado en una silla. Sacó una cajita, extrajo de la misma una píldora y la ingirió sin agua.

—El doctor Osgood me ha recomendado tome una al día, durante un par de semanas al menos —explicó—. Es para contrarrestar los efectos de la droga cataléptica y eliminarlos definitivamente del organismo. Tal vez por eso no… no reacciono, pero es curioso que el doctor Osgood no me lo hubiera advertido…

Nita Hartman se sentía muy contenta de tener a su esposo al lado y lo demás le importaba un comino. Sonriendo, tendió los brazos hacia él.

—Ven, cariño —llamó—. Y no te preocupes; pronto volverás a ser el de antes, tan ardiente, tan apasionado…

Hartman regresó al lecho.

Apagó la luz nuevamente.

—Ahora, querida, voy a darte instrucciones para que puedas sacar el dinero del Banco sin infundir sospechas —dijo.

* * *

La puerta de la casa se abrió y una mujer asomó medio cuerpo por el hueco.

—Nita… ¿Puedo pasar? —preguntó Lizzy Styles.

La señora Hartman no contestó. Lizzy se dio cuenta entonces de que, en alguna parte, había un aparato de radio en funcionamiento.

—Sí, que se le ha pasado pronto la pena —murmuró la visitante.

Avanzó unos pasos y llegó a la puerta de la cocina. La música salía de aquella pieza, a través de la ranura de una puerta mal cerrada.

—En fin, también es un medio para aliviar el dolor —se dijo Lizzy.

Empujó la puerta y exclamó:

—¡Hola, Nita! He venido a visit…

La señora Styles se calló. El hombre que estaba en la cocina, esperando a que la cafetera se calentase, marcaba unos pasos de baile al compás de la música y se volvió, enormemente sorprendido al oír la voz de una mujer que no era la suya.

Lizzy le vio y lanzó un atroz chillido.

—¡No, no puede ser! ¡Tú estás muerto! Te enterramos…

La señora Styles ya no pudo seguir hablando. Aterrada, giró sobre sus talones y escapó a la carrera antes de que Hartman pudiera detenerla.

CAPÍTULO VII

—VAMOS a ver, George —dijo el jefe Kirr, armándose de paciencia—. Cuéntemelo otra vez, por favor.

George Bray estaba en pie, frente a la mesa del jefe de policía dando vueltas al sombrero que tenía en las manos.

—Ya se lo he dicho, jefe —contestó—. Yo me separe de Joe Moreen poco después del entierro de la señora Ashley.

La puerta de la oficina se abrió en aquel momento.

—¿Molesto, jefe? —consultó Petra.

La joven exhibía una sonrisa encantadora. Kirr accedió de buena gana.

—No es un secreto de Estado —contestó—. Y, por otra parte, al buen George Bray no le estorbarás en absoluto. George, te presento a la señorita Shane, del Clarion. Petra, George es uno de los sepultureros de la ciudad.

—Oh… Mucho gusto, señor Bray —dijo ella—. ¿Algún problema con una tumba atribuida a otro? —preguntó con buen humor.

—No, parece algo peor. Joseph Moreen, el otro enterrador, ha desaparecido. Su mujer me ha denunciado el hecho y estamos haciendo pesquisas para ver si encontramos alguna pista. Bray dice que le vio por última vez el día del entierro de la señora Ashley.

—Así es —confirmó Bray—. Joe estaba furioso, porque tenía que limpiar el panteón de los Merrywether, lo que le iba a entretener varias horas. Esperábamos a la vieja… perdón, a la señora Merrywether, al día siguiente y Joe había ido posponiendo la tarea, hasta que ya no tuvo más remedio que ponerle la mano encima.

—Según creo recordar. Joe era aficionado a darle a la botella —dijo Kirr torcidamente.

Bray se encogió de hombros.

—Bueno, a veces… En este oficio se necesita en ocasiones un poco de estímulo… Ves a personas venir al cementerio y, aunque no las has tratado, sientes su muerte como si fueran de la familia… Mire, por ejemplo, la señora Ashley, tan dulce, tan buena… Debería haber vivido cien años más y ya ve, antes de los treinta…

—Basta ya, George —cortó el jefe de policía—. En resumen, desde aquella tarde no has vuelto a tener noticias de Joe ni le has visto.

—Así es, señor. No sé qué demonios le habrá pasado…

—Bien, puedes marcharte.

Bray abandonó la oficina. Kirr emitió un gruñido.

—Moreen era un borrachín —rezongó—. Empinaría el codo de lo lindo, perdería el sentido de la orientación y acabaría en la ciénaga, lo mismo que Darcey. Cuando una persona o un animal cae en la ciénaga, ya no aparece más.

—Pero Darcey si apareció —recordó Petra.

—Porque estaba en su camioneta y ésta no se hundió absolutamente —replicó

Kirr. Y, en el mismo instante, alguien irrumpió con indescriptible violencia en la oficina.

Era una mujer y pared a enloquecida por el terror.

—¡Jefe! —gritó—. Jefe Kirr, acabo de ver a Bert Hartman… ¡Está en su casa, vivo! No murió… No le enterramos…

La tensión había sido excesiva para Lizzy Styles. Lanzó un hondo suspiro y perdió el conocimiento.

—Esa Lizzy debe de estar loca —protestó Nita Hartman con verdadera indignación—. Decir que mi esposo está vivo… Jefe, usted lo vio en el ataúd; el doctor Hastings certificó la defunción… ¿Quiere que le diga otra cosa, que no he hecho pública hasta ahora?

—Se lo agradeceré, señora —contestó Kirr.

—Lizzy estaba enamorada de mi esposo. Le vi coqueteando con él en más de una ocasión. Es una mujer con un absoluto desprecio hacia la dignidad de las personas, incluida la suya propia. Aquel día, tuvimos una escena horrible y dijo que alguna vez se tomaría el desquite…

—No lo dudo, señora Hartman —dijo el policía pacientemente—. Pero, aunque no fuese su marido, quizá vio a alguien que se le pareciese.

—Debió de ser el ladrón —contestó Nita.

—¿El ladrón?

—Sí. He encontrado algunos cajones revueltos. Mire, en éste, precisamente, tenía ciento cincuenta dólares y ya no están. Se los habrá llevado…

—Pero la señora Styles dice que vio al hombre que creyó ser su marido, en la cocina, con la radio conectada y bailando la mar de divertido.

—Bueno, eso yo no lo sé, aunque he oído decir que hoy día los ladrones actúan con todo descaro… Yo había ido al Banco y…

—Está bien, está bien, dejémoslo. Fue un ladrón, no hay duda. Le ruego me disculpe, señora Hartman, pero era mi deber, compréndalo.

—SI, jefe. Oiga, cuando vea a esa chismosa de Lizzy, dígale que se… Bueno, no merece la pena. Lo que no quiero es volver a verla de nuevo por mi casa. Si aparece por aquí, la echaré a patadas, ¡decir que el pobre Bert está vivo!

Kirr se marchó, junto con Petra, que le había acompañado, llena de curiosidad por lo sucedido. El policía se rascó la cabeza, perplejo.

—No sé, pero en los últimos tiempos, están ocurriendo cosas muy raras en Bushwell. Éste es el segundo caso en que se declara ver a una persona muerta, viva de nuevo… Darcey, asesinado, sin que se sepa quién lo hizo… Joe Moreen desaparecido…

—Entonces, usted no cree que Hartman esté vivo.

—¡No, por Dios! ¿Cómo dudar de la competencia del doctor Hastings, muchacha? Bert Hartman está más muerto que mi abuela, se lo aseguro.

Kirr estaba equivocado.

No sé cómo pudiste cometer semejante imprudencia —le reprochó Nita a su esposo, cuando subió al ático más tarde—. Esa entrometida de Lizzy Styles te vio… Menos mal que se te ocurrió la idea de robar el dinero que tenía en el cajón.

—Te dije que me dejaras un termo de café, antes de marcharte, y no lo hiciste —rezongó Hartman.

—Lo siento, me olvidé. Pero eso no era motivo para bajar a la cocina y encender la radio y ponerte a bailar…

—Está bien, no se repetirá, no te preocupes. ¿Cómo va el asunto del Banco?

—Perfectamente. Antes de una semana, lo tendremos todo listo y podremos levantar el vuelo.

—Gracias, encanto. Bajaré a la noche.

Nita suspiró.

—A ver si esta vez respondes —se quejó—. Diablos, antes parecías un garañón en celo perpetuo y ahora parece que… que te hayan castrado.

—No me han castrado, puedo asegurártelo —rió él—. Y te lo demostraré cumplidamente a la noche.

Una semana más tarde, Alex Ritt regresó a Bushwell.

Desde un punto elevado del camino, divisó la casa del doctor Osgood. Sintióse tentado de acercarse para saludarle, pero desistió de la idea inmediatamente.

La noche se echaba encima y no quería forzar una hospitalidad que tal vez, en esta ocasión, no sería tan cortésmente concedida como en la ocasión anterior.

Continuó su camino. Diez minutos más tarde, entraba en la calle principal de Bushwell.

Rodó lentamente hasta llegar a la casa donde había pasado una inolvidable decena de días.

Ahora era suya y no se lo acababa de creer todavía. A cada momento se preguntaba por qué Helen le había nombrado heredero de aquella propiedad, pero, por más que se forzaba, no conseguía encontrar una razón satisfactoria.

A menos que se tratase de un súbito enamoramiento…

Pero no lo había demostrado sino en el último día de su existencia.

—Su última noche —murmuró, todavía apesadumbrado.

Detuvo el coche, apagó las luces y cruzó el jardín. Aquella noche se hospedaría en la casa. Llamaría a la asistenta de Helen, para que le atendiese. Al día siguiente, se ocuparía de las cuestiones legales, a fin de hacer, efectiva la propiedad.

Abrió la puerta. Dio un par de pasos y se quedó petrificado por el asombro.

Alguien tocata el piano.

Reconoció la pieza. Aquella noche, cuando sorprendió a Helen interpretando el Réquiem de Mozart, ella había tocado más piezas a continuación, para satisfacción de su huésped. Las notas melancólicas del Claro de Luna, de Beethoven, llegaron a sus tímpanos con toda claridad.

Paso a paso, avanzó hacia el salón y empujó la puerta muy despacio.

Estaba allí, sentada ante el piano, abstraída por completo en la música que interpretaba. Podía ver sus cabellos rubios, la esbelta línea de su pecho…

¿Había sucedido un milagro?, se preguntó.

—¡Helen! —gritó.

La pianista emitió un chillido y se puso en pie de un salto.

—¡Alex!

Ritt abrió la boca.

—Por todos los… ¿Qué haces aquí, Petra?

La chica se mostró avergonzada.

Dispénsame, Alex. No sé cómo disculparme… La verdad es que soy demasiado curiosa…

—Ya lo creo. Estás sin permiso en una casa que no es la luya —contestó él severamente.

—Lo sé, pero no pude evitarlo. Fue más fuerte que yo. Me acordé de Helen y de su piano… En el apartamento que he tomado no tengo sitio suficiente; de lo contrario, alquilaría un piano… Sé tocarlo, Alex y me gusta a veces pasarme una hora frente al teclado… Hacía ya muchos días que no tocaba una sola nota…

—Está bien, no te preocupes. ¿Por dónde has entrado?

—Hay una ventana que no estaba cerrada del todo. Bueno, me marcharé…

—Vamos, mujer, no tengas prisa —sonrió él—. Confieso que me impresioné muchísimo al verte de espaldas.

—Pronunciaste su nombre. ¿De veras creías que yo era Helen?

—Bueno, una mujer joven, esbelta, muy rubia, vista de espaldas, tocando el piano…, No pude contenerme, te lo aseguro.

—A lo mejor creías que Helen había vuelto a la vida, como dicen que les sucedió a Dick Payton y a Bert Hartman.

—Son cosas que salen instintivamente, sin pensarlo —se disculpó él.

—Sí, comprendo. ¿Vienes a quedarte?

—Al menos, tres meses. La baja es temporal, pero si encontrase algún trabajo que me gustase, tal vez prolongaría mi estancia en Bushwell.

—Me alegro de que hayas vuelto, Alex.

—Gracias. —Ritt hizo un ademán—. Si tienes ganas, continúa tocando, Petra.

Ella consultó el reloj y movió la cabeza negativamente.

—Se me hace tarde. —Agarró el bolso y lo colgó del hombro. Luego tendió la mano al joven—. Nos veremos con frecuencia, supongo.

—Claro. Oye, te dejaré la llave de casa. Si yo no estoy, entra con toda confianza a tocar el piano.

—Gracias Alex, eres un encanto. Buenas noches.

—Buenas noches, Petra.

La chica se fue. Ritt permaneció unos momentos en el salón.

Pasó la mano por la tapa del piano. En aquellos instantes, habría dado algo bueno

por tener a Helen a su lado.

Pero los muertos no volvían a la vida, se dijo. Morían y…

Petra había mencionado dos casos, uno de los cuales conocía él perfectamente. ¿Qué pasaba con el otro? ¿Por qué había mencionado también a Hartman?

Sacudió la cabeza y fue a buscar su equipaje. Había tomado un bocadillo en un restaurante de carretera poco antes de llegar a Bushwell. Al día siguiente, llamaría a la señora Beaver y le encargaría que llenase el frigorífico. Ya no tenía ganas de salir, sino solamente de descansar.

Y, al día siguiente, también, iría a depositar un ramo de flores en la tumba de Helen.

—Muy bien, señora Beaver —dijo Ritt a la mañana siguiente—. Ya tiene la lista de lo que debe comprar y, por supuesto, en la cuestión de sus honorarios no habrá ningún problema.

Sacó un puñado de billetes y le puso unos cuantos en la mano.

—Puede usar mi coche para traer las provisiones —indicó.

—Gracias, señor Ritt —contestó la asistenta.

—Celebro verla de nuevo, señora Beaver —sonrió él.

—Digo lo mismo… Ah, puede llamarme Meg. La señora Ashley así lo hacía, señor.

—De acuerdo. Meg.

La mujer se marchó. En la puerta se cruzó con un hombre, quien se apartó ligeramente para dejarle pasar. Ritt lo vio desde la entrada del salón.

—Ah, doctor Osgood —exclamó—. Cuánto celebro verle. Llegué anoche a Bushwell… La verdad, por un momento, pensé en detenerme a saludarle… pero me pareció indiscreto, dada la hora. ¿Cómo se encuentra la señora Osgood?

—Bien, gracias —contestó el otro secamente—. He tenido noticias de su vuelta y por eso he venido a verle, señor Ritt.

—Agradezco mucho su visita, doctor, pero habrá de dispensarme por no poder obsequiarle adecuadamente. No tengo nada en la casa y hasta que regrese la asistenta…

—Gracias por la intención, pero no es una visita social, precisamente, señor Ritt.

El joven captó la nota de sequedad que había en la voz del visitante.

—¿Ocurre algo, doctor?

—Tengo entendido, que es usted ahora el propietario de la casa —dijo Osgood.

—Con toda legalidad, aunque debo admitir que faltan algunos trámites por realizar. Pero son pura rutina y ello no altera en absoluto el *status* de propiedad de la casa.

—Se la dejó Helen…

—Sí, y yo fui el primer sorprendido. Ella no mencionó jamás el detalle ni me dio ninguna explicación antes de su muerte. Pero ¿por qué le interesa tanto este asunto? Ella está muerta y usted ya no…

—Siento decepcionarle, amigo Ritt —contestó Osgood rígidamente—. Aparte del tratamiento, cuyos honorarios no llegué a percibir, hice un préstamo a la señora Ashley, con la garantía de esta casa. Por tanto, puede decirse que me pertenece.

Ritt arqueó las cejas.

—¿Esta casa le pertenece? Vamos, doctor, no bromee.

—No bromeo, señor Ritt. Tengo documentos que acreditan el préstamo, en distintas cantidades, las cuales alcanzan una suma muy próxima a los seis mil dólares. Todos los préstamos fueron hechos con la garantía de la casa.

—Ha dicho que tiene documentos.

—En efecto.

—Muy bien, no discuto en absoluto sus afirmaciones sobre los préstamos que pudiera haber concedido a la señora Ashley, pero mis derechos sobre esta propiedad son incuestionables.

—Lo dudo mucho…

—Permítame, doctor —cortó el joven—. Creo que esta discusión, entre profanos, no tiene mucho sentido. Usted alega unos derechos sobre la propiedad y yo tengo documentos, y además registrados debidamente, que afirman todo lo contrario. Por tanto, si desea ejercitar esos derechos, deberá consultar con mi abogado.

—Ah, piensa recurrir a un abogado…

—El mismo a quien la señora Ashley entregó el testamento en el que me nombraba su heredero. Evans, es el nombre.

Osgood pareció vacilar un momento. Luego esbozó una sonrisa.

—De todos modos, no debemos romper las buenas relaciones que hay entre ambos —dijo—. Todo se puede solucionar amistosamente, espero.

—Yo también lo espero así, doctor.

Osgood tendió una mano al joven.

—He tenido mucho gusto en saludarle, amigo Ritt.

—Digo lo mismo, doctor. Ah, salude a su esposa en mi nombre.

Osgood hizo una inclinación de cabeza y se marchó. Ritt quedó en el umbral, mordiéndose el labio inferior, con gesto de profunda preocupación.

Helen le había regalado la casa, pero antes, había tomado préstamos con la garantía de la propiedad. ¿Por qué aquella conducta tan incongruente?

Era una pregunta que, por el momento, no tenía respuesta, se dijo desalentadamente.

CAPÍTULO VIII

NITA HARTMAN salió de la casa, cruzó con paso rápido el jardín y cruzó la verja, que Franz mantenía abierta. El coche aguardaba fuera.

Su esposo permanecía en el interior, sentado junto al puesto del conductor. Ella entró en el coche y dio el contacto.

—Todo solucionado —dijo.

—No ha habido problemas —murmuró él.

—Ninguno. Bien, ahora desapareceremos una temporada y algún día…

—Algún día, no; ya no regresaremos jamás a Bushwell —dijo Hartman tajantemente.

Nita hizo virar el coche y enfiló el camino que conducía a la carretera. A su lado, su esposo emitió de pronto un quejido.

—¿Te ocurre algo. Bert?

—No es nada… Un ligero dolor de cabeza…

—Demasiadas preocupaciones —rió ella.

—Pero ya hemos salido de apuros, nena.

—Tú, no, aún no.

Hartman emitió un gruñido. Comprendía perfectamente el sentido de aquella respuesta.

Había vuelto a la normalidad por completo, salvo en un aspecto, se dijo. ¿Por qué, al lado de una mujer tan atractiva y ardiente como la suya, no era capaz de reaccionar como un hombre?

A veces se preguntaba si no estaba muerto de veras. Pero en todo lo demás, se desenvolvía normalmente…

De pronto, emitió un suspiro.

—Tengo sueño —musitó.

—Duerme, cariño —dijo ella—. Yo me cuidaré de conducir el coche.

La noche había cerrado hacía rato. La carretera estaba poco transitada y el cruce con otros coches no era demasiado frecuente.

Hartman apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Nita continuó al volante, con los ojos fijos en la zona de luz que abrían los faros delante del coche.

Transcurrió una hora. De repente. Nita empezó a notar un extraño mal olor.

Estarían atravesando alguna zona de vertederos, se dijo. Abrió la ventanilla de su lado, pero el mal olor no sólo persistía, sino que se hacía más fuerte a cada segundo que pasaba.

Enojada, emitió una exclamación poco académica:

—Demonios. Bert. ¿No notas este hedor? ¿De dónde rayos sale?

Volvió la cabeza un momento. Su esposo parecía profundamente dormido, pero el hedor persistía, cada vez más intenso y repulsivo.

—¡Bert! ¿Qué te pasa? ¿Por qué no me contestas?

Un coche se cruzó en aquellos momentos y sus faros alumbraron durante un instante el interior del automóvil de los Hartman. Aquel resplandor iluminó algo que llenó de espanto a Nita.

Su boca se abrió para lanzar un horripilante alarido. Los ojos desorbitados, recibían unas imágenes que el cerebro se negaba a admitir como reales.

Nita gritó frenéticamente. Una estación de servicio se acercó rápidamente.

Había una brillante iluminación y la mujer comprobó que lo que estaba viendo no eran ilusiones suyas. Enloquecida, pisó el acelerador, en lugar de frenar, como si quisiera huir ce aquella horrible cosa que tenía a su lado en el coche.

Había un par de automovilistas detenidos, aguardando para repostar sus vehículos y tanto ellos como los mozos oyeron el interminable alarido que salía de aquel coche que circulaba a toda velocidad y que parecía el sonido de una sirena infernal. El alarido se alejó sin que nadie comprendiera lo que sucedía.

El terror impidió a Nita percatarse de los focos luminosos que se acercaban en sentido opuesto. Ni siquiera se daba cuenta de que había cambiado de carril en su ruta y que ahora circulaba en sentido contrario. Lanzado a más de cien kilómetros a la hora, el coche se estrelló con tremendo estrépito contra el pesado camión de carga que se acercaba en dirección contraria.

Desde la estación de servicio, el choque pareció la explosión de una potente carga de dinamita.

—El doctor Osgood no tiene ningún derecho sobre la casa —declaró el abogado Evans—. Aunque lo mencionen los recibos que firmó la señora Ashley, se trata de una deuda contraída particularmente por ella. No es una hipoteca realizada de forma legal y con la garantía de la casa. Entonces, usted sí debería haber respondido de esa carga legal y rescatar la hipoteca o permitir el embargo judicial. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Ritt asintió.

—Puedo negarme a cancelar esa deuda y no me pasará nada —dijo.

—Tal vez el doctor Osgood quiera pleitear. Perdería siempre y, además, cargaría con las costas del juicio y demás gastos, incluidos mis honorarios, por defenderle a usted. Repito, el doctor Osgood no tiene nada que hacer.

—A pesar de todo… Bien, si insistiera, yo preferiría llegar a una solución negociada. Me desagradaría enormemente verme metido en un pleito, señor Evans.

—¿Quiere decir que preferiría cancelar la deuda de la señora Ashley?

—Así es, aunque en el momento actual, no dispongo del efectivo suficiente. ¿Cree que, podría llegar a un arreglo con el doctor Osgood? Me refiero a que podría concederme facilidades para devolverle esos seis mil dólares…

—Habría que consultarlo con él. No puedo imaginarme su respuesta, señor Ritt; a fin de cuentas, no le he tratado para nada. Le conozco de vista, he oído su nombre en algunas ocasiones… pero no tengo la menor idea de la clase de hombre que es —contestó el abogado.

—¿Le parecería prudente que fuese a verle y tantease el asunto? —Consultó el joven—. Luego vendría a verle a usted y, según su respuesta, tomaríamos la decisión más conveniente.

—Muy bien, hágalo, si insiste —accedió Evans—. Pero, legalmente, repito, no tiene usted ninguna responsabilidad en esa deuda.

Ritt se puso en pie.

—Sí, iré a verle —sonrió, a la vez que tendía la mano al abogado—. Ya le informaré del resultado de la entrevista.

—Como quiera, pero habrá de permitirme que le diga que actitudes como la suya son poco frecuentes hoy día. Pero, naturalmente, no puedo prohibirle que lo haga, si ése es su deseo.

—Primero, intentaré la negociación. Si él se negase, aceptaría el combate legal. ¿Le parece bien?

—La decisión es suya, señor Ritt —sonrió Evans.

Ritt abandonó el despacho del leguleyo. Todavía no se había repuesto del todo de la desagradable impresión que le había producido la visita de Osgood.

Sin saber por qué, desconfiaba del sujeto. ¿Y si los recibos de que hablaba eran producto de una hábil falsificación?

Aquellos documentos, que todavía no había visto, eran el resultado de un acuerdo particular entre dos personas: Osgood y Helen. No se trataba de una hipoteca, con documentos que habían de ser firmados ante testigos y con un notario que avalase la operación, en cuyo caso, la falsificación quedaba excluida. Los recibos de la supuesta deuda eran documentos en los que sólo Helen y el doctor Osgood habían intervenido.

—Habría que buscar muestras de su escritura, para compararla, en caso preciso…

—Alex, ¿te encuentras bien? —Oyó Ritt bruscamente una voz a su lado.

El joven se volvió. Petra le miraba sonriendo a un par de pasos de distancia.

—Pues claro que estoy bien —contestó, sorprendido—. Disfruto de una salud magnifica…

—Salud corporal, tal vez, pero ¿y la mental? Estabas hablando solo y eso suele indicar dos cosas: perturbación mental… o graves preocupaciones.

Ritt agarró el brazo de la muchacha.

—Lo segundo —dijo—. El doctor Osgood quiere disputarme la propiedad de la casa de Helen Ashley.

—¡Ésa sí que es una sorpresa! —exclamó la muchacha—. Cuéntame, por favor…

Ritt le explicó lo que sucedía. Petra se quedó perpleja al conocer la noticia.

—Sí que es extraño —comentó.

—También resulta extraño que Helen me dejase la casa, cuando apenas llevaba una semana en su casa —dijo él—. Sé que Osgood la visitaba en ocasiones como médico, pero no comprendo qué relación pueda existir entre la decisión de Helen y las reclamaciones de Osgood. Para mí, no es suficiente alegar una deuda contraída tiempo atrás, ¿comprendes?

—Algo tiene que haber, en efecto, pero no somos capaces de imaginarlo…

Petra se interrumpió bruscamente. Un coche policial acababa de cruzar por delante de ellos, deteniéndose con gran chirrido de frenos delante del edificio de la Jefatura.

—Algo debe ocurrir —exclamó la muchacha—. El jefe Kirr y su ayudante Rogers salieron de la ciudad muy temprano, casi de noche todavía. Me lo informó uno de los agentes, aunque dijo que no sabía de qué se trataba, salvo que era un caso de muchísima urgencia. Voy a ver qué sucede, Alex; quizá pueda obtener alguna noticia interesante para mi periódico.

—Petra, en estos momentos no tengo nada que hacer. ¿Puedo acompañarte?

—Claro, hombre —accedió ella de buen humor.

Ritt y la muchacha se enteraron con horror de la espantosa noticia. Petra, sobre todo, se negaba a dar crédito a lo que le había contado el jefe Kirr.

—Me parece imposible…

—No lo es —dijo Kirr con firme acento—. Aunque estaban destrozados, hemos podido identificar los cuerpos. El forense de Great Falls ha declarado que uno de los cadáveres había fallecido al menos tres semanas antes. Corresponde a la fecha en que murió Bert Hartman.

—¿Y era él? —preguntó Petra.

—Para mí no hay duda alguna, pero no tardaremos mucho en tener una confirmación absoluta de lo que digo. Tomé las huellas dactilares de los dos, muchacha. Tengo aquí un pequeño archivo particular, con las huellas de la mayoría de los habitantes de Bushwell. Hace algún tiempo, inicié una campaña en ese sentido, a fines exclusivamente de identificación y en un fichero completamente independiente y en absoluto relacionado con los referentes a delitos. Muchos se negaron a cooperar, pero gran parte de los ciudadanos atendió mi sugerencia, entre ellos los Hartman.

—Es usted un hombre previsor, jefe —elogió Ritt—. Cuando pueda, le dejaré también mis huellas; es posible que acabe de convertirme en residente fijo de Bushwell.

—Lo que no comprendo es por qué Nita Hartman llevaba consigo el cuerpo de su esposo —dijo la muchacha—. Estaba enamoradísima de él, eso he oído de muchas bocas; pero, aun así, no me parece causa suficiente para desenterrar el cadáver y llevárselo lejos… ¿Adónde iban, jefe?

—No lo sé —respondió Kirr—. Puede que se trate de una morbosa inclinación a la necrofilia, aunque Nita me pareció siempre una persona normal… Además, hay otro detalle que convierte este caso en un enigma capaz de volver loco al más sensato.

—¿Cuál es el detalle, por favor?

—Se encontraron trescientos mil dólares en billetes, en la parte trasera del coche. ¿Por qué tenía que escapar Nita con el cadáver de su esposo y una bolsa atiborrada de

billetes de Banco?

Matt Rogers entró en aquel momento, con unas cartulinas en la mano.

—Confirmado, jefe: eran los cuerpos de Bert y Nita Hartman —dijo.

Kirr señaló el teléfono.

—Llama al comisario de Great Falls e infórmale de lo que hay. Dile que investigaremos el origen de los trescientos mil dólares y que, respecto al cuerpo de Hartman, es posible que fuese obra de su mujer, quien sin duda, perdió la razón y desenterró el cuerpo de su esposo. Diles también que les tendremos constantemente informados de nuestras investigaciones.

—Está bien, jefe.

—El cadáver de Hartman ha aparecido a casi cien kilómetros de Bushwell —murmuró Petra pensativamente—. Ofrecía el aspecto propio de un cuerpo humano, muerto tres semanas antes. Y, sin embargo, alguien lo vio después… vivo.

—Creyó que lo veía, muchacha —dijo Kirr—. Hartman estaba muerto cuando la señora Styles entró a curiosear en una casa que no era la suya y se encontró con un ladrón melómano.

—Sí, eso tuvo que ser. Gracias por todo, jefe.

Petra y el joven se separaron en la calle.

—Tengo que ir al periódico —manifestó ella—. ¿Me invitarás a cenar, Lex?

—¿En el restaurante de costumbre o en mi casa? —sonrió él.

—Llámame a las seis y media y te daré la respuesta.

—De acuerdo.

Ritt quedó parado unos momentos en la calle. Por un instante, pensó en visitar al doctor Osgood, pero decidió posponerlo para el día siguiente. Apenas se había instalado en su casa y había podido darse cuenta de que el aspecto exterior era engañoso. Interiormente, era más grande de lo que aparentaba y quería conocer todas las habitaciones a fondo.

—Iremos esta noche —dijo el doctor Osgood.

—¿Lo cree necesario? —preguntó Franz.

—No podemos demorar el asunto por más tiempo. Tiene que ser esta noche sin falta. —Muy bien, doctor, lo prepararé todo.

—Ah, lleva algo de comer y un termo con café. Trabajaremos más de lo corriente. —Trasladaremos el cuerpo de Moreen. Si se les ocurriese examinar la sepultura de Hartman y encontrasen allí su cadáver…

—Es cierto, no había pensado en ello. En cambio, no se les ocurrirá examinar la sepultura que vamos a abrir esta noche.

—Justamente. Anda, no te descuides, Franz.

—Sí, señor.

El teléfono sonó en aquel momento. Osgood lo levantó y pronunció su nombre.

—Doctor, soy Fanny SelKirr. Verá, no me encuentro muy bien…

—¿Ha seguido el tratamiento que le impuse, señora?

—Al pie de la letra, doctor. Pero mi salud no mejora…

—No se preocupe, señora —dijo Osgood—. No es nada alarmante, aunque, de todas formas, mañana iré a visitarla personalmente. Hoy me sería absolutamente imposible. ¿Tiene dolores de cabeza?

—Sí, bastante fuertes; incluso vértigos…

—Para los dolores de cabeza, bastará cualquier analgésico. En cuanto a los vértigos, tiéndase en una cama, en una habitación en penumbra, y cierre los ojos. Se le pasará en pocos minutos. Mañana iré a visitarla, repito.

—Gracias, doctor. Perdone la molestia, se lo ruego.

—Al contrario, me tiene para atenderla siempre que me necesite, señora SelKirr.

Osgood colgó el teléfono. Una ligera sonrisa se formó en sus labios.

Al día siguiente, hablaría crudamente con Fanny SelKirr. Estaba seguro de que aceptaría su propuesta.

De repente, notó un terrible escalofrío. Vaciló un momento, pero luego, rehaciéndose, corrió a un estante cercano, sacó un frasco lleno de unas píldoras de color verdoso, relativamente gruesas, y tomó dos de golpe, sin acompañarlas siquiera de un par de buches de agua.

Al cabo de unos minutos, se sintió mejor.

Respiró aliviado.

—Recomiendo a mis pacientes que tomen estas píldoras y yo mismo me olvido de tomarlas… —se dijo, de buen humor.

Luego, de pronto, torció el gesto y lanzó una exclamación a media voz. Maldito Alex Ritt. ¿Por qué había tenido Helen la idea de dejarle su casa en propiedad?

Había intentado echarle de ella con el argumento de los préstamos, pero se daba cuenta claramente de que era un arma muy endeble. ¿No habría otro procedimiento de hacer abandonar la casa a aquel inoportuno joven?

En aquellos momentos, Ritt estaba en el ático de su casa, desde el que se divisaba una extensa panorámica.

Podía ver, muy lejos, la residencia de Osgood, asomando apenas entre los árboles.

Más cerca, sin embargo, estaba el cementerio y allí yacía una hermosa mujer, con quien el destino se había portado tan cruelmente, arrebatándole la existencia cuando más tenía derecho a esperar la felicidad que se merecía.

Lanzó un suspiro. Había conocido a Helen muy poco y había sabido qué eran sus besos y sus cálidos abrazos. Nunca la olvidaría, por muchos años que transcurriesen. Siempre tendría en su mente el recuerdo de una maravillosa noche de amor.

CAPÍTULO IX

LA pesada losa quedó a un lado. Franz descendió a la sepultura, levantó la tapa del ataúd y enfocó la linterna sobre el cuerpo que había en su interior.

—Por lo visto, no murió en el acto.

Los últimos momentos de la vida de Moreen debían de haber sido horribles. Moreen había despertado, sin duda, para enfrentarse con la aterradora realidad de saberse enterrado vivo.

Había luchado para librarse de aquel encierro, sin conseguirlo. Sus manos estaban sin uñas. En el tapizado de la cubierta del ataúd y también a los lados, se apreciaban señales indudables de los terribles esfuerzos que había hecho el infeliz para salir de allí.

Franz dejó de lado aquellas preocupaciones y sacó el cuerpo del desgraciado sepulturero, que ya hedía horriblemente. Luego lo llevó junto a la sepultura que habían abierto momentos antes.

Osgood estaba en el interior, aguardando expectante. Tendida en el ataúd, con los brazos cruzados sobre el pecho, yacía una hermosa mujer. Parecía dormir apaciblemente.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, se percibió un débil suspiro.

El pecho de Helen se dilató levemente. Osgood se volvió hacia su criado.

—A ella no le dije nunca nada —manifestó—. Si despertase aquí, sufriría un «shock» horrible. Nos la llevaremos antes de que despierte totalmente.

—Muy bien, doctor.

Los fuertes brazos de Osgood alzaron el todavía inanimado cuerpo de Helen Ashley hasta el exterior de la sepultura. Franz la envolvió en una manta.

Osgood colocó luego el cuerpo de Moreen en el ataúd de la joven.

—Vamos, démonos prisa —exclamó.

En un tiempo muy breve, las dos sepulturas recobraron su aspecto normal. Franz, cargado con el cuerpo de Helen, todavía inconsciente, buscó la salida del cementerio. Osgood alumbraba el camino con una linterna. Llegaron al coche, depositaron el cuerpo de la joven en uno de los asientos posteriores y partieron inmediatamente.

Abrió los ojos y, durante unos minutos, creyó flotar en un espacio donde no se sentía nada. Se preguntó si aquello era lo que había después de la muerte.

Alguien le puso una mano en la espalda, haciéndola incorporarse un poco, para ayudaría a ingerir un líquido estimulante. Helen consiguió corregir el foco de visión.

—Doctor Osgood…

El hombre sonrió.

No se preocupe, señora Ashley —dijo—. Todo va bien, no hay motivos de alarma.

—¿Qué… es lo que ha sucedido?

—Decidí traerla a mi casa. Voy a aplicarle un tratamiento que la hará reponerse

por completo en poco tiempo.

—El… doctor Hastings dijo que yo no…

—El doctor Hastings es un mulo, y perdóneme la expresión, señora —contestó Osgood—. Se repondrá por completo y volverá a ser una mujer saludable y ansiosa de disfrutar de la vida. Ahora, por favor, relájese y no se preocupe de otras cosas. Está bien, repito, con unas maravillosas perspectivas.

—¿E… es cierto, doctor?

—Absolutamente cierto, señora. Ahora, por favor, duerma… procure descansar… Borre de su mente todas las preocupaciones…

Helen sintió que el sueño cerraba sus párpados. Empezó a dormirse, pero, de pronto, recordó algo.

¿No había sido la noche anterior, cuando se durmió en brazos de Alex Ritt?

¿Había ido Osgood a buscarla a su casa, llevándosela, sin que el joven se enterase?

El sueño llegó casi de repente y se sumió en un letargo agradable y delicioso.

—La situación está expuesta, señora SelKirr —dijo Osgood—. Ahora, es usted quien debe tomar la decisión.

Fanny SelKirr cerró los ojos un instante. Sentía un pánico espantoso. Le aterraba la idea de llevar a cabo la proposición de su visitante.

Osgood, por su parte, permanecía impasible, apenas sin respirar.

Sabía que Fanny cederla. Era una cuarentona vistosa, exuberante, ansiosa de disfrutar de los placeres de la vida y con el dinero suficiente para permitirse todos los caprichos.

—Perdone, doctor… —dijo ella de pronto.

—¿Sí, señora SelKirr?

—Usted… me ha hecho una propuesta que parece increíble…

—Señora, su caso no es el único —dijo Osgood—. No obstante, por discreción profesional, me resulta imposible mencionarle nombres de numerosas personas que se encuentran en perfectas condiciones y que han respondido absolutamente bien a mi tratamiento. De todos modos, si no se siente decidida, no la forzaré a que acepte algo que no es de su gusto.

Osgood se puso en pie. Fanny alzó una mano, alarmada.

—¡No se vaya, doctor! —exclamó.

—¿Ha cambiado de opinión, señora?

—Aún estoy indecisa… Aconséjeme usted, se lo ruego…

Osgood soltó una risita.

—Ya conoce mi consejo. Pero un consejo no es una orden y usted puede aceptarlo o rechazarlo. Sin embargo, le diré una cosa: no le queda ya mucho tiempo para tomar esa decisión. Cuanto más tarde en iniciar el tratamiento, menos posibilidades de éxito existirán. Incluso podría resultar nulo…

—¡No, por Dios: empecemos hoy mismo! —dijo ella vivamente—: Pero me

gustaría hacerle antes una pregunta.

—Por supuesto, señora SelKirr.

—¿Cuánto… me costará, doctor?

Osgood dirigió una larga mirada a la mujer. Fanny sintió un escalofrío al contemplar aquellas pupilas, en cuyo interior parecían arder dos diminutos volcanes en erupción.

—Señora —dijo Osgood al cabo—, ¿qué precio tiene la vida humana para usted?

—Es… incalculable…

—Entonces, ya tiene mi respuesta a su pregunta sobre el coste de… la operación. Mañana volveré, para observar la evolución del tratamiento y le indicaré la cifra exacta de mis honorarios y la forma mejor de satisfacerlos.

—Sí, doctor. No deje de venir, se lo ruego.

—Nunca fallo a mi palabra, jamás, en nada de lo que hago —contestó él solemnemente.

La atmósfera estaba pesada y el ambiente, en ocasiones, se hacía irrespirable. Las nubes se movían lentamente en el cielo, grises, ventrudas, como amenazando reventar en cualquier momento en un nuevo diluvio universal.

De cuando en cuando, se veía algún débil chispazo entre las nubes. Ritt torció el gesto.

—No me gustaría que me pillase aquí la tormenta —masculló, a la vez que detenía el coche frente a la verja.

Dos perros acudieron de inmediato. Uno de ellos ladraba desaforadamente. El otro le contempló en silencio.

Franz llegó a los pocos momentos.

—Ah, señor Ritt —saludó, cortés.

El joven sonrió.

—Veo que «Azrael» ya tiene sustituto —dijo.

—Sí, lo compró el doctor a los pocos días. ¡Fuera, «Meph»! —gritó el criado, dirigiéndose al perro más activo—. ¡Aparta, te digo!

El can obedeció de mala gana. Franz empezó a abrir la verja.

—Será mejor que entre con el coche hasta la casa —dije—. «Meph» no está aún habituado a las visitas.

—Sí, desde luego. Oiga, ¿cómo se llama el otro?

—«Leonard», señor.

—Ah… —murmuró Ritt—. Gracias, Franz.

Volvió al coche y avanzó lentamente hacia la casa. Le intrigaba el contraste entre los dos perros. «Meph», tan activo, rebosante de vitalidad y energía… «Leonard», por el contrario, casi parecía un cadáver andante. «Cadáver de perro, naturalmente», se dijo. «Leonard» tenía la misma apariencia que el otro perro que había muerto, «Azrael».

Debía de ser ya muy viejo, supuso.

Los nombres le chocaban también. «Azrael» era nombre de demonio, lo mismo que «Leonard». ¿Y «Meph»?

—Está claro —musitó—. Son las cuatro primeras letras del nombre de Mephistófeles, otro de los nombres que se le atribuyen al diablo.

En fin, caprichos del dueño de la casa.

Franqueó el umbral en el momento en que retumbaba un trueno en las alturas.

Los cristales vibraron sordamente. El ambiente pareció hacerse más agobiante.

Franz le condujo hasta un salón, en donde le sirvió de beber.

—Avisaré al doctor de su presencia, señor. Está ocupado, pero creo que podrá atenderle sin tardar demasiado.

—Gracias, Franz, es usted muy amable.

El criado se inclinó.

—Gracias a usted, señor.

Ritt quedó solo en la estancia. Buscó un cómodo sillón y se sentó, casi de espaldas a la puerta, con la copa en la mano. Osgood, se dijo, podía ser un tipo enigmático y misterioso, pero, al menos, no le negaba una bodega bien provista.

Transcurrieron unos minutos. De repente, la puerta se abrió silenciosamente.

Una mujer entró y, pisando sin hacer ruido, se dirigió a un armario situado en el lado opuesto. Ritt se percató de que ella desconocía su presencia en aquel lugar.

Reconoció a la mujer. Era la esposa del doctor.

Ella vestía algo que parecía un camisón, largo, sostenido solamente por un par de delgados tirantes, que dejaban hombros y brazos enteramente al descubierto. Ritt apreció preocupadamente la singular palidez de la epidermis de aquella hermosa mujer. La piel era muy blanca, casi azul. ¿Padecía alguna extraña enfermedad?

Wilma Osgood llegó al armario, lo abrió y sacó un frasco de buen tamaño, del que extrajo un par de píldoras, que ingirió sin pérdida de tiempo. Después, respiró profunda, largamente.

En el mismo instante, brilló un espantoso fogonazo y se oyó un terrible estrépito.

Ella gritó. El frasco se desprendió de sus dedos, cayó al suelo y se rompió, permitiendo así que su contenido se esparciera en un ancho espacio.

Ritt se levantó de un salto.

—Permita que la ayude, señora…

Wilma se revolvió bruscamente.

—¡Usted! —chilló.

—Le ruego me dispense, señora. Entró usted sin hacer ruido y no me pareció discreto hacerle patente mi presencia. No era mi intención asustarla, se lo aseguro.

Gruesas gotas de lluvia batieron de pronto contra los cristales. Wilma empezó a reaccionar.

—El frasco se ha roto…

—Permita que la ayude, señora —dijo él, a la vez que se arrodillaba en el suelo.

—Iré a buscar otro frasco. Si mi esposo se entera…

Intrigado, Ritt captó la nota de miedo que había en la voz de la mujer. También en sus ojos se apreciaba aquella sensación de miedo.

Wilma se alejó corriendo. Ritt empezó a reunir las píldoras. De pronto, sin saber por qué, se echó una al bolsillo de la chaqueta.

Ella regresó a los pocos momentos con un nuevo frasco y se arrodilló junto al joven. Parecía tremendamente turbada.

—Arroje los trozos de vidrio a la chimenea, por favor, que no los vea mi marido.

—Sí, claro.

Wilma estaba casi fuera de sí, apreció el joven. Ni siquiera se había dado cuenta de que el escote de su vestido era insuficiente y permitía que los senos asomasen libremente al exterior. Por otra parte, apreció que la lividez del rostro había desaparecido, aunque la piel no ofrecía señales de color. Seguía siendo muy blanca, pero los tonos azulados ya no se apreciaban.

Al cabo de unos minutos, terminaron la tarea. Ella se incorporó y entonces se dio cuenta de que tenía el pecho desnudo.

—Oh, dispénseme…

—No he visto nada, señora —sonrió él.

Wilma hizo un leve gesto de aquiescencia.

—Es usted todo un caballero, señor Ritt —elogió—. Por favor, no le diga nada a mi esposo.

—Descuide, señora.

Ella inspiró fuertemente.

—¿Le apetece una copa?

—Gracias, señora.

Resonó otro trueno. Wilma sonrió.

—Va a caer una buena tormenta —dijo—. Antes me asusté; no pude evitarlo. Ha debido de ser un rayo, que cayó relativamente cerca de la casa. Hay demasiados árboles, ¿sabe?

—Sí, desde luego.

La puerta se abrió en aquel momento. Osgood apareció en el umbral.

—Ah, querida… Estabas haciendo compañía al señor Ritt.

—Sí, es cierto. Tardabas en venir y me pareció correcto atenderle…

—Gracias, Wilma, eres un encanto de esposa. ¿Quieres dejarnos solos, por favor?

Ella hizo un movimiento afirmativo. Luego volvió los ojos hacia el joven.

—He tenido mucho gusto, señor Ritt.

—Señora…

El joven se inclinó profundamente. Wilma se marchó y los dos hombres quedaron a solas.

—Señor Ritt —dijo Osgood—, supongo que ha venido a hablarme de la casa de la señora Ashley. ¿Me equivoco?

—En efecto, ése es el motivo de mi visita —contestó el joven.

La lluvia caía con fuerza. De cuando en cuando, fuertes rachas de viento lanzaban chorros de agua contra las vidrieras del salón. Con una copa en la mano, Osgood se acercó a iza de las ventanas y contempló el sombrío paisaje exterior.

—Señor Ritt, temo que habrá de ser mi huésped forzosamente —dijo—. El tiempo se ha tornado inclemente y no parece vaya a mejorar en breve plazo. Por tanto, si ha de quedarse en mi casa, ¿le parece que discutamos el tema en otro momento, sin prisas y con toda comodidad?

—Estoy enteramente a su disposición, doctor —respondió Ritt.

—En tal caso, iniciaremos la discusión después de la cena. Ahora, perdóneme, pero tengo mucho trabajo y no puedo permitirme el lujo de descuidarlo. Considérese en su casa, amigo Ritt.

Osgood apuró su copa y se marchó. Ritt se acercó a la ventana y maldijo el inesperado cambio de tiempo.

La lluvia caía torrencialmente. Había podido apreciar el estado del camino que conducía a la casa, de tierra batida y en leve pendiente. Ahora sería un torrente fangoso y, en aquellas condiciones, podía resultar peligroso viajar en automóvil, aunque sólo fuese una distancia de menos de cinco kilómetros.

Después de vaciar la copa, emitió un hondo suspiro.

—Resignación, Alex —se dijo—. No tienes otro recurso que pasar aquí otra noche.

CAPÍTULO X

ESTIRÓ los brazos voluptuosamente. La furia de la tormenta había amainado un tanto, pero seguía lloviendo sin cesar. La intensidad de la lluvia, sin embargo, era considerablemente menor. Ahora caía casi silenciosamente, con mansedumbre, provocando rumor que incitaba al sueño.

Sentíase sorprendido. Osgood se había mostrado inusitadamente comprensivo y le había dicho que no formularía ninguna reclamación sobre la casa. En cuanto a la deuda de Helen, había decidido darla por cancelada.

—Traté de salvar su vida, pero me resultó imposible —había dicho—. Por tanto, me parecería una inmoralidad aceptar un dinero que, mirado desde una perspectiva ética, no me pertenece.

Ritt había insistido en pagarle, aunque fuese en distintas fracciones, pero la negativa de Osgood había sido rotunda. En el fondo, se sentía muy aliviado.

Se ahorraba seis mil dólares. Y necesitaba el dinero, porque no sabía cuándo volvería a encontrar otro empleo.

De pronto, oyó voces fuera del dormitorio.

—¿Adónde vas, Edgar?

—¿Te importa algo, Wilma? Tengo trabajo, eso es todo.

—¿A estas horas? —La voz de Wilma sonaba burlonamente—. ¿No te parece que ya es hora de dormir, querido?

—Wilma, no te metas en mis asuntos. Vuélvete a la cama y déjame en paz…

—¿Es ella más hermosa?

Sobrevino un instante de silencio. Luego, Ritt oyó algo que le hizo imaginarse la escena, el doctor aferrando por los hombros a su esposa y apostrofándola brutalmente.

—Especie de zorra… Si vuelves a decir una cosa semejante, te lo haré pagar caro. Estoy curándote, aunque no me creas, y… ¿es ésa la forma que tienes de agradecerme mis desvelos? ¿No eres capaz de imaginarte lo que sucedería si suspendiera la medicación?

Ella pareció no impresionarse demasiado.

—Quizá así acabaría de una vez —contestó.

—No sabes lo que te dices —refunfuñó él—. Anda, vete a la cama; todo lo que hago es para que un día puedas curarte de forma definitiva.

El silencio volvió de nuevo. Ritt se preguntó qué clase de enfermedad padecía Wilma Osgood.

—Sí parece tan sana…

Pero aquella lividez, no era corriente, se dijo.

La enfermedad, supuso, afectaba en parte a la mente de Wilma. Solía suceder, cuando algún paciente tardaba mucho tiempo en curarse o no veía perspectivas de mejorar a corto plazo.

La lluvia continuaba produciendo un monótono sonsonete y empezó a sentir sueño. Poco a poco, se sumió en un agradable duermevela, que le indicó llegaba el momento de olvidar todo. De repente, percibió un intenso perfume.

Era un olor vagamente parecido al incienso, un aroma oriental, exótico. En la estancia no había nada que pudiera causar aquella sensación olfativa.

A menos que…

Abrió los ojos. Wilma estaba junto al lecho.

Había entrado sin que él se diera cuenta y encendido la luz del baño, cuya puerta quedaba entreabierta, permitiendo así el paso de un ligero resplandor que permitía sin dificultades la visión de las cosas, especialmente para unas pupilas habituadas a la oscuridad.

Wilma vestía los mismos ropajes que llevaba al atardecer. Sonriendo, se quitó el tirante del hombro izquierdo.

Ritt, estupefacto, se sentó en la cama. Ella soltó el otro tirante y dejó que el camisón resbalara hasta el suelo.

—¿No me encuentras atractiva?

El joven tragó saliva.

—Tu… tu esposo…

—¡Al infierno con mi esposo! —contestó ella, a la vez que se abalanzaba salvajemente hacia el joven.

Por un instante, Ritt pensó que se hallaba en poder de un vampiro que iba a succionarle la sangre. Pero eran sólo fantasías suyas, disparates debidos a leyendas que no tenían razón de ser.

La piel de Wilma podía ser muy blanca, pero era suave, tersa, sedosa… y cálida y ardiente, como todo su cuerpo.

—Bueno, que me aspen, si hubiera creído posible una cosa semejante —dijo él más tarde.

Wilma soltó una risita.

—No te esperabas mi visita —contestó.

—No. Sobre lodo, después de la que me hiciste semanas atrás.

—Ah, sí, ya recuerdo. Aquella noche me sentía terriblemente furiosa con mi marido…

—Dijiste que estabas muerta y me pedías que me fuera… Wilma volvió a reír.

—Sólo quería darte un pequeño susto, para vengarme.

—Yo no te había hecho nada —protestó Ritt.

—Pero él sí… Pensé que lo divulgarlas y que la gente, de este modo, haría comentarios…

—Bueno, más que venganza, fue una rabieta. —Ritt se dijo que Wilma debía de tener un genio muy vivo en ocasiones y ello le produciría, sin duda, leves trastornos mentales. A juzgar por lo que había tenido ocasión de comprobar, estaba tan sana como una manzana.

—Esta noche has vuelto a discutir con él —dijo.

—Lleva algún tiempo que se comporta de una forma extraña. Son sus malditas investigaciones, ¿comprendes?

—Ah, investiga… ¿qué, si se puede saber?

—Nunca me lo ha explicado satisfactoriamente. Es algo sobre la vida y la muerte… la vida después de la muerte… Personalmente, no creo en las paparruchas que me cuenta. Su estancia en la India debió de trastornarle un poco, ¿comprendes?

—Ah, estuvo en la India.

—Sí, ese país misterioso, fakires, enigmas, magia y todo lo demás, sin olvidar las plantas misteriosas que obran milagros, alargan la vida cientos de años y convierten en un Apolo al mismísimo Quasimodo. —Wilma lanzó una estruendosa risotada—. Sólo espero a estar curada por completo, para largarme de aquí y dejarle con un palmo de narices —añadió.

—Estabas enferma.

—En efecto. Una cosa debo reconocerle. Él me ha curado y, sinceramente, mi enfermedad es de las que no dejan esperanza de salvación.

—¿Sería indiscreto por mi parte preguntarte a qué enfermedad te refieres, Wilma? —Leucemia.

Ritt aspiró el aire con fuerza.

—¿Te la ha curado tu marido?

—Debería haber muerto hace varios meses. Ahora, sin embargo, me encuentro mejor cada día, gracias a su medicamento.

—Ese medicamento… ¿son las píldoras que tomabas esta noche?

—Efectivamente, son las píldoras.

—Perdona la observación… pero a ti te entró un pánico espantoso al ver que se rompía el frasco. Creo que tu esposo no se habría enfadado por un motivo tan nimio…

—Cayeron al suelo y estuvieron en contacto con el aire un tiempo excesivo. El medicamento puede perder efectividad, ¿comprendes?

A Ritt le parecía que era una excusa muy pobre, pero no quiso hacer ningún comentario al respecto.

—Una cosa, por favor, Wilma.

Ella se volvió de lado y le mordisqueó en los labios.

—Habla, encanto —invitó.

—Hiciste a tu marido una pregunta… sobre una mujer acaso más guapa que tú…

—Ah, sí, su nueva paciente.

—¿Otra enferma?

—Eso es, pero la tiene en una habitación aislada. No sé quién es ni me importa… Se lo dije solamente porque estaba un poco furiosa.

—Diríase que tienes celos de él —murmuró el joven.

—Hasta cierto punto. ¿Sabes lo que es estar casada y ver que tu marido no es sino

un trozo de corcho parlante?

—Conque es eso —sonrió Ritt.

—Sí, y está así desde hace meses. No comprendo lo que le pasa: no soy tan fea, me parece. Y él tiene poco más de cuarenta años y no hace uno todavía, se mostraba ardiente y apasionado casi como un adolescente. Pero, de repente, dejé de interesarle. Wilma se mordió los labios.

—Supongo que fue a raíz del descubrimiento de mi enfermedad —agregó—. Debió de impresionarle muchísimo y quizá eso le produjo un «shock» del que no ha podido recobrarse.

—Es posible, pero, en tal caso, tu obligación es ayudarle a la recuperación de sus… facultades.

—Sería tanto como intentar reanimar un trozo de leño. —Contestó ella despectivamente—. ¿Crees que no lo he intentado? Además, y aun reconociendo sus atenciones hacia mí, agradeciéndole que me haya curado, no voy a permanecer siempre aquí, enclaustrada y sin poder disfrutar de la vida. ¡Demonios, Alex; tengo veintinueve años solamente! Estoy en la edad de pasarlo bien… y más si se piensa que tengo medios para conseguirlo.

—Medios económicos, supongo.

—Exacto. Pero antes de marcharme, quiero estar absolutamente segura de que estoy curada por completo.

—Le abandonarás.

—Como el alma abandona al cuerpo después de la muerte —contestó Wilma con cierta solemnidad.

De nuevo le abrazó y le besó voluptuosamente.

—Disfruta —jadeó ardorosa—. La vida es tan corta…

Ritt se acordó de una noche parecida. ¿Despertaría de nuevo junto a un cadáver?

Wilma se marchó poco antes del amanecer y se separó de él con un cariñoso beso.

—Deseo que vuelvas otro día y que te pille una tormenta —dijo como colofón de sus palabras de despedida.

«Menos mal, esta vez, la cosa ha terminado felizmente», pensó él.

Empezó a relajarse y volvió a dormir, ahora profundamente. Cuando despertó, eran más de las diez de la mañana. El cielo se había despejado y lucía un sol radiante. El cambio del ambiente era total.

Ritt se vistió rápidamente y bajó al vestíbulo. No vio a nadie y pensó que debería dejar una nota para excusar su marcha. Después, salió de la casa y subió al coche.

En aquel momento, vio avanzar a «Meph» a toda velocidad. Precipitadamente, subió el cristal de la ventanilla, justo a tiempo de evitar que las patas del enorme can pasaran por el hueco.

«Meph» abrió las fauces y emitió un par de ladridos. Era algo extraño, se dijo el joven. «Meph» no parecía albergar intenciones hostiles. No entendía apenas de perros, pero le pareció que el can le pedía que lo llevase consigo.

—Lo siento, no puede ser —murmuró.

Arrancó despacio, para no dañar al animal. «Meph» quedó atrás y ladraba tristemente.

Ritt oyó aquellos ladridos y se sintió profundamente impresionado.

—«Meph», ¿por qué no estás a gusto aquí?

Meneó la cabeza. Quizá eran sólo aprensiones suyas. Por si acaso, más valía no dejar el coche hasta tener la seguridad de salir indemne del jardín.

CAPÍTULO XI

TOMÓ con dos dedos la muñeca de Helen y observó el reloj atentamente durante unos segundos. Luego se puso el estetoscopio y exploró con gran detenimiento el rostro de la paciente.

Examinó sus ojos y la lengua. Al cabo de unos minutos, se retiró unos pasos.

—La mejoría es patente, señora Ashley —dijo satisfecho—. Sin embargo, no podemos considerarla todavía como completamente curada. Pero he de decirle que ahora sus posibilidades son ilimitadas. Espero que se sienta satisfecha.

—Sí, doctor…

—Dentro de un par de días, podrá levantarse y dar cortos paseos por la habitación. De todos modos, aún tardará bastante en sentirse lo suficientemente bien para que le permita abandonar la casa.

—Soy su paciente, doctor —sonrió Helen—. Pero, dígame una cosa: ¿qué sucederá cuando se divulgue la noticia?

Osgood hizo un gesto con la cabeza.

—Ése es un asunto que deberá ser estudiado a fondo, antes de tomar una decisión definitiva —contestó—. Por supuesto, la reputación del doctor Hastings resultará muy dañada, pero no es nuestra la culpa. Además, es prematuro aún preocuparse por algo que, en el fondo, no tiene apenas importancia.

—¿Cree usted que la noticia de mi «resurrección» no tiene importancia, doctor?

—Oh, si, por supuesto, aunque yo me refería a las consecuencias que ello puede acarrear para la fama profesional del doctor Hastings. —Osgood palmeó afectuosamente una de las manos de Helen—. Ahora sólo debe preocuparle su curación, señora Ashley.

Osgood se marchó. Recostada sobre un montón de almohadas. Helen cerró los ojos.

Recordó. Había ido al dormitorio de su huésped y disfrutado de unos momentos maravillosos, como si quisiera concentrar en aquellos pocos minutos los placeres de una vida que se extinguía rápidamente. Luego…

¿Se había dormido… o había muerto?

Habían sido tres semanas que habían pasado con la velocidad del relámpago. Recordaba su cabeza apoyada en el pecho de Alex Ritt… y luego había despertado en aquella habitación.

¿Dormida o muerta?

¿Despierta o resucitada?

¿Podría Osgood aclararle aquel enigma algún día?

El doctor Osgood estaba en aquellos momentos atendiendo una llamada.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo servirle, señora?

Al otro lado de la línea se oyó un espasmódico sollozo.

—Doctor, soy yo… Bessie Hopper… el ama de llaves de la señora SelKirr…

Ella… está muerta…

—Lo siento infinito, señora Hopper. Luego me pasare por la casa, para ver lo que se puede hacer que, desgraciadamente, no es nada, como yo había predicho hace tiempo.

Colgó el teléfono y sonrió, mientras se frotaba las manos. Luego fue a un armario que había en el despacho, lo abrió para sacar un tarro de vidrio y desenroscó la tapa. Dentro del frasco había unas píldoras de color rojo. Tomó dos sucesivamente, sin molestarse en beber agua, y esperó unos momentos. Pareció sentirse mejor y volvió a sonreír.

—Reforzaré ligeramente la fórmula y será definitivo —dijo, sin darse cuenta de que había unos ojos que le vigilaban desde muy poca distancia.

Pasados algunos minutos, dio media vuelta y salió de la habitación. Wilma entró algo más tarde, buscó el frasco, lo abrió sacó una píldora y se la echó al bolsillo de su bata. También se marchó muy pronto del gabinete.

Las últimas paladas de tierra cayeron sobre la tumba. El doctor Hastings había asistido a la ceremonia y cuando ésta terminó, emprendió el regreso a la ciudad.

Visitó a un par de pacientes y luego sintió la necesidad de tomarse una copa. Cuando entraba en el bar, se tropezó con Petra Shane.

—Parece preocupado, doctor —observó la muchacha.

—Pues, si…

—¡Eh, doctor! —Sonó de pronto una voz masculina.

Hastings se volvió. Alex Ritt avanzaba hacia él, a grandes zancadas, agitando la mano para llamar su atención.

—Hola, Petra —saludó el joven—. Doctor, ¿podría hablar unos momentos con usted?

—Desde luego, muchacho, pero antes habrás de permitir que tome un trago. Recomiendo siempre evitar el alcohol, pero, en ocasiones, un trago reconforta y estimula y hace ver las cosas con cierto optimismo… cosa de la que yo estoy necesitado —respondió el galeno.

—El doctor está preocupado —declaró la muchacha.

—¿Sucede algo malo? —preguntó Ritt.

Hastings hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos adentro. —Se volvió hacia la joven—. Petra, lo que voy a decir es *off the record*. —Advirtió—. Sin embargo, quizá, algún día, puedas publicar un reportaje y entonces no me opondré a que utilices lo que voy a decir ahora.

—Está bien —contestó Petra.

Los tres se sentaron en torno a una mesa. Hastings y Ritt pidieron *whisky*. Petra encargó café.

Esperaron a que les hubieran servido. Luego, Hastings dijo:

—Acabo de regresar del cementerio. Hemos enterrado a Fanny SelKirr, una viuda cuarentona, muy guapa y bastante desenvuelta, con dinero. Falleció anteayer, a causa

de un paro cardiaco.

—¿Tiene eso algo de particular, doctor? —preguntó Petra.

—No estoy seguro. El estado físico de la señora SelKirr era excelente; para decirlo con palabras vulgares, tenía una salud de hierro. En buena lógica, no debería haber sufrido el ataque cardiaco… como tampoco Bert Hartman ni Dick Payton.

—Payton y Hartman «resucitaron» —dijo Ritt tensamente.

—Eso no puede ser —respondió el médico—. Con Dick Payton hubo una confusión, lo mismo en el caso de Hartman, mientras que con éste, su esposa, enloquecida, desenterró el cadáver y se lo llevó consigo. Pero es la coincidencia en los motivos del fallecimiento lo que me preocupa. Ninguno de ellos tenía síntomas de padecer lo más mínimo del corazón.

—Doctor, digan lo que digan, yo juraré siempre que Darcey afirmó reconocer a Dick Payton —intervino Petra con grave acento—. Es más, no se me había ocurrido hasta ahora, pero trataré de buscar fotografías suyas en alguna parte y entonces podré saber si Darcey dijo la verdad o mintió.

—En cuanto a Hartman, convendría hablar nuevamente con la señora Styles —indicó el joven—. Ella dijo que le había visto vivo, oyendo la radio y moviéndose al compás de la música, como si estuviese bailando solo.

—¡Pero eso significaría realmente que «resucitaron» y es imposible! —exclamó Hastings.

—Tal vez fue una muerte simulada, doctor —apuntó la chica.

Hastings meneó la cabeza insistentemente.

—No, no y mil veces no. Llevo muchos años de experiencia médica y, por todos los diablos, sé distinguir la vida de la muerte. No fueron casos de catalepsia; Payton, Hartman y ahora Fanny SelKirr, estaban real y auténticamente muertos.

—Entonces, lo que le preocupa es la similitud de las causas del fallecimiento —dijo el joven.

—Exacto.

—¿Piensa acaso, en una muerte provocada?

—Lo he pensado, aunque la idea no acaba de convencerme… científicamente. Y, sin embargo, presiento que es así. Ahora bien, en el caso de Hartman, su esposa cobró medio millón de dólares del seguro de vida. Fanny SelKirr era también muy rica, aunque no se le conocían parientes próximos, pero, sin duda, surgirán muy pronto. Y, si estas muertes fueron provocadas, ¿por qué tuvo que morir Dick Payton? Era un chico corriente, de una familia modesta, con excelente reputación todos ellos… Suponiendo que fuese una muerte provocada, ¿qué sacaría su autor con matar a Dick?

—¿Cómo era el chico antes de la muerte? —preguntó Ritt—. Me refiero a sus amistades, aficiones… ¿Tomaba droga? ¿Actuaba violentamente? ¿Se emborrachaba? Ya sabe, doctor; muchos chicos hoy día, llevan una vida desastrosa…

—Dick era completamente normal. Estudiaba y, aunque no obtenía notas demasiado brillantes, sacaba siempre el curso adelante. Se divertía, claro, como todos

los de su edad, pero jamás se me habría ocurrido pensar en él como protagonista de un atraco y menos suponerle capaz de disparar contra su propio padre.

—Doctor, ¿ha comunicado sus recelos al jefe Kirr? —inquirió Petra.

—No —respondió Hastings—. La verdad es que tengo miedo al ridículo. Puede ser que me vaya haciendo viejo y empiece a sentir aprensiones. Tal vez me han impresionado las muertes de esas personas…

—Sin contar la de Helen Ashley.

—Esa pobre chica tenía leucemia.

De pronto, Petra consultó su reloj y se puso en pie.

—Tendrán que dispensarme —exclamó—. Se me está haciendo tarde y… Doctor, no se preocupe; guardaré silencio. Alex, te veré más tarde.

La chica se marchó. Ritt se enfrentó con el galeno.

—Doctor, lo que voy a decirle ahora debe considerarlo como conocido en virtud del secreto profesional —manifestó—. Por tanto, no debe repetirlo a nadie, a menos que le requiera un juez para ello… y no es delito.

—Le entiendo perfectamente, muchacho. ¿De qué se trata?

—Usted dijo antes que la señora Ashley padecía leucemia.

—Sí, es cierto.

—Tenía, como máximo, unos tres meses de vida.

—Ése era el cálculo, avalado, desgraciadamente, por la experiencia…

—Pero ella falleció mucho antes y de forma súbita.

—En efecto. ¿Adónde quiere ir a parar, muchacho?

Ritt contempló un momento su vaso, aún mediado, y luego dijo:

—Es indudable que la enfermedad pudo debilitar su corazón, pero ¿cree que… que los espasmos amorosos pudieron provocar el fallo cardiaco?

Hastings dio un respingo.

—¿Ha dicho espasmos amorosos? Entonces, ¿debo deducir que usted y ella…?

—Sí, doctor. Una sola noche. Al amanecer, estaba muerta. Nos quedamos dormidos… y ella ya no despertó.

El médico se frotó el mentón.

—Podría ser… el exceso de tensión en momentos de gran excitación sexual… No puedo garantizar nada y si usted se considera culpable, deseche la idea. Helen era una mujer realmente hermosa y rebosante de atractivos físicos. ¿Es eso lo que le preocupa?

—No, doctor. Me preocupa que, en lugar de tres ataques cardíacos sean cuatro… y todos provocados.

—Hijo, si quisiéramos comprobarlo, sería preciso exhumar los cuerpos y practicarles la autopsia. Pero habría que probar que existen graves sospechas sobre muertes provocadas para conseguir el permiso del juez. Sinceramente, no me atrevo a dar los pasos necesarios para abrir un proceso sobre la posible intencionalidad de estos casos.

—Sin embargo, le preocupa que hayan muerto por paros cardiacos unas personas que, aparentemente, no padecían del corazón.

—Sí, aunque esa preocupación, en buena parte, es profesional. Me pregunto si no estaré perdiendo facultades…

—No, doctor, no está perdiendo facultades —aseguró el joven—. Lo que sucede es que, aunque no podamos probarlo, alguien provoca esas muertes.

—Eso que dice usted es muy grave, Alex.

—Lo sería si citase un nombre concreto, doctor.

Ritt metió la mano en el bolsillo y sacó una píldora verdosa, que puso en manos del galeno.

—¿Podría analizarla?

Hastings contempló unos instantes la diminuta bola verdosa. Se la llevó a la nariz, olisqueó un poco luego la probó con la punta de la lengua y acabó envolviéndola en una servilleta de papel.

—Lo intentaré —dijo al cabo.

—No se apresure, no me corre ninguna prisa —sonrió el joven—. Sólo quiero conocer su composición, doctor.

—De todas formas, puedo adelantarle un pequeño resultado del análisis: esta píldora no ha sido elaborada en ninguna de las farmacias de Bushwell —exclamó Hastings tajantemente.

Ritt estuvo a punto de decir: «Ya lo sabía, doctor», pero prefirió callar de momento.

Levantó la mano para llamar la atención de la camarera.

—La nota, por favor, señorita —pidió.

Ritt abrió la puerta de su casa y sonrió al escuchar las notas del piano. Petra interpretaba ahora música moderna y se acercó al salón sin hacer ruido. Al cabo de unos momentos, aplaudió con fuerza y ella se volvió sonriendo.

—Eres ecléctica —dijo—. Lo mismo tocas una pieza clásica, que música enteramente actual…

—Soy de esta época —respondió ella—. ¿Te molesta que haya venido a hacer unos ejercicios de digitación?

—En absoluto, para eso te di la llave. Y, a propósito, si no te importa, me ahorraré el importe de dos cenas. Hay provisiones en casa.

Petra se levantó, pero él hizo un ademán rápidamente.

—Sigue tocando: yo me ocuparé de la cuestión alimenticia.

Media hora más tarde, se sentaban ante una mesa en la que el plato principal estaba compuesto por chuletas y patatas fritas. Había también ensalada y el complemento de una botella de vino.

—Esto es todo un banquete —sonrió Petra—. Al menos, luego me permitirás fregar los cacharros.

—Puesto que no pagas la cuenta con metálico, tienes que hacerlo con tu trabajo

—accedió él de buen humor.

La conversación, inevitablemente, derivó luego hacia un tema preocupante.

—¿Crees en la posibilidad de unos asesinatos, Alex? —preguntó la muchacha.

—Al doctor Hastings le intrigan esas muertes por paro cardiaco. —Respondió él —. Tal vez se trate solamente de coincidencias.

—Demasiadas coincidencias, me parece.

—Sí, si tenemos en cuenta también a Helen Ashley.

—Padecía una enfermedad irreversible.

—Pero aún no había llegado al punto en que se pudiera temer un fallo cardíaco. Prácticamente, estaba en los comienzos de su dolencia, Petra.

—Muy bien —dijo ella—. Suponiendo que se trate de hechos con intenciones delictivas, no preguntaré el cómo, puesto que resultaría muy complicado, sino solamente el porqué, esto es, los motivos. ¿Cuál es tu opinión al respecto?

—Los motivos —repitió el joven—. En el caso de Dick Payton, no existen, al menos aparentemente. El chico no era la clase de persona de la que se pueda obtener un gran beneficio económico. No se puede decir lo mismo de Helen o de Hartman.

—Helen no tenía dinero…

—Poseía esta casa, Petra.

—Es cierto. Y Hartman había contratado un seguro de medio millón. Pero era su esposa la beneficiada y no otra persona.

—Sin embargo, después del accidente sólo se encontraron trescientos mil dólares. ¿Dónde están los doscientos mil restantes? ¿Los pagó a alguien?

La muchacha no pudo contestar. La campanilla de llamada tintineó bruscamente, interrumpiendo el diálogo con sus musicales sonidos.

CAPÍTULO XII

RITT abrió la puerta y casi se asustó al verse frente a una alta silueta negra que se hallaba en el umbral. Detrás de él, Petra exhaló un ligero grito.

—No teman —sonrió el visitante—. Soy Osgood.

—Oh —exclamó el joven—. Perdone, doctor; había olvidado encender la luz del porche…

Las dos lámparas que había a ambos lados de la puerta disiparon las tinieblas. La sombra fantasmal se transformó así en una persona conocida.

—Ruego disculpe la molestia, señor Ritt… —Osgood vio de pronto a la muchacha y pareció sentirse conturbado—. No sabía que tuviese usted invitados…

—No se preocupe, doctor —contestó el joven—. La señorita Shane es de toda confianza. Entre, por favor. ¿Quiere tomar algo?

—Muchas gracias, pero mi visita, de todos modos, va a ser muy breve. Permítame exponerle los motivos, se lo ruego.

—No faltaría más.

—El difunto señor Ashley y yo fuimos grandes amigos. Supongo que ya está enterado de su trágica muerte.

—Sí, desde luego.

—Bien, él tenía en su biblioteca un libro que yo había hojeado en ocasiones. Ahora necesitaría leerlo con más detenimiento y me he permitido el atrevimiento de venir a pedírselo a usted en préstamo.

Ritt hizo un amplio ademán.

—El libro y la biblioteca entera están a su disposición, doctor —accedió—. Pase, tenga la bondad.

—No sé cómo darle las gracias…

—Es lo menos que podría hacer por usted, después de sus gentilezas al tenerme como huésped en su casa y en un par de ocasiones —contestó el joven amablemente —. Tenga la bondad de pasar, doctor…

Ritt condujo al visitante hasta una estancia, en la que había un par de estanterías repletas de libros. El nombre de biblioteca resultaba tal vez exagerado, pero no cabía duda de que el esposo de Helen había sido aficionado a la lectura.

Osgood se detuvo unos momentos ante un estante. Luego pasó al otro y, de pronto, alargó una mano y sacó un grueso volumen, de encuadernación bastante antigua y tamaño infolio.

—Aquí está —exclamó—. Señor Ritt, de nuevo le doy las gracias por su amabilidad. Le prometo devolverle el libro lo antes que me sea posible.

—No tenga prisa: consérvelo todo el tiempo que estime necesario —contestó el joven.

Volvieron al vestíbulo. Osgood dirigió a la joven una inclinación de cabeza y abandonó la casa.

Es curioso —dijo Petra, después de una pausa de silencio—. ¿Por qué ha de necesitar cieno libro tan urgentemente, a estas horas de la noche?

—Es investigador —repuso Ritt—. Quizá se ha acordado de que el esposo de Helen lo tenía y ha venido a buscarlo, eso es codo.

—Resultaría interesante conocer el título, ¿no te parece?

—Lo siento, no lo he visto —sonrió él.

Petra contempló la biblioteca desde el umbral. El hueco dejado por el libro se advertía claramente.

—¿Será algún libro de magia? —murmuró.

—¡Hombre! —Ritt se dio una palmada en la frente. —Ahora que recuerdo…

Entró en la biblioteca y se acercó a una mesa, sobre la que se veía un gran libro de tapas negras, lomo rojo y cantos dorados.

—El difunto señor Ashley tenía, por lo visto, la virtud del orden —dijo—. Hace algunos días vi este catálogo y le eché un vistazo rápido, sin entretenerme demasiado. Sin embargo, pude darme cuenta de que todos los libros estaban perfectamente catalogados y numerados en las estanterías.

—Entonces, por los números de los volúmenes anterior y posterior podremos conocer el título del que se ha llevado.

—Exactamente.

Ritt pasó rápidamente las hojas del catálogo, hasta detenerse en una que señaló con el índice:

—¡Ah, aquí está! —exclamó—. El título es…

Calló bruscamente. Petra le miraba y veía que estaba sonriente, pero apreció el repentino cambio de expresión…

—¿Qué sucede, Alex? —exclamó—. ¿Se trata de algún título que no te atreves a decir en alta voz?

Ritt hizo un gesto con la cabeza.

—No, pero sucede que me extraña la coincidencia —respondió—. El título es: «50 casos de personas revividas después de muertas», por el doctor O.L.E. La fecha de edición es de quince años atrás.

Ella sintió un escalofrío.

—Personas que volvieron a la vida después de morir…

Parece como si se tratase de casos que hubiese observado personalmente el autor.

—Sí, eso parece. Me pregunto por qué Ashley tendría este libro en su biblioteca. ¿Y el que le sigue? «Estudios sobre la vuelta a la vida de personas muertas aparentemente».

—¡Dios mío, qué biblioteca tan tétrica! —se asombró la muchacha.

—Eso no es todo. El libro inmediatamente precedente se titula: «Fakires de la India: sus métodos de magia y procedimientos empleados para devolver la salud y la vida a las personas gravemente enfermas e incurables clínicamente».

Petra hizo un gesto con la cabeza.

—Leyendo esos libros, uno comprende a los que queman bibliotecas —dijo.

El joven no contestó. Petra se dio cuenta de que parecía sumido en profundas meditaciones.

—Petra —dijo al cabo—, Osgood pasó una temporada en la India, aprendiendo los secretos de los fakires hindúes y conociendo las misteriosas drogas que emplean para sus experimentos.

—¿Crees que él… Osgood, tiene algo que ver con…?

La muchacha no pudo contestar. Un ruido extraño se dejó oír en aquellos instantes en la parte posterior de la casa.

Era como si alguien intentase entrar sin el permiso del dueño, forzando la cerradura con alguna herramienta o tratando de agujerear la madera. El ruido hizo saltar los nervios de la muchacha, quien, lanzando un grito de pavor, se refugió en los brazos de Ritt.

—¡Alex! —chilló—. ¡Alguien quiere entrar en la casa!

El ruido se repitió. Ritt se dio cuenta de que lo habían interpretado mal. No había nadie que quisiera forzar la puerta posterior. Pero era evidente que alguien rascaba la madera, para llamar la atención de los moradores de la casa, sin alarmar a los vecinos.

—No temas —dijo—. No es ningún ladrón. Espera, voy a ver de qué se trata…

Ritt se separó de la muchacha, fue a la cocina y abrió la puerta de golpe. Petra le había seguido y lanzó un grito de terror al ver el enorme perro negro que estaba parado en el umbral.

El joven retrocedió instintivamente. Por un momento, pensó en ciertos poderes diabólicos del dueño del can. Lo había enviado allí para matarle…

El perro avanzó unos pasos. Ritt caminó hacia atrás.

—Petra, retrocede —dijo—. Sitúate junto a la puerta. Cuando estés preparada, avísame; yo saltaré hacia atrás y tú cerrarás antes de que el perro pueda alcanzarme.

—Está bien, Alex.

La cola del can se agitaba casi continuamente. Ritt frunció el ceño.

El perro avanzó otro paso. De pronto, bajó la cabeza un poco y agitó la cola con fuerza. En aquel momento, sonó la voz de Petra:

—Estoy lista, Alex.

—Aguarda un momento —pidió él—. ¿«Meph»?

El perro alzó la cabeza vivamente y miró al joven con expresión que no tenía nada de hostil. Su boca estaba casi cerrada; de haber estado dispuesto a atacarle, ya le habría enseñado los dientes mucho antes, a la vez que gruñía amenazador.

Pero no había hecho el menor síntoma agresivo. Ritt se atrevió a ponerle una mano encima de la cabeza.

—«Meph» —repitió.

Entonces, el perro se alzó sobre sus patas traseras, apoyó las delanteras en el pecho del joven e intentó lamerle la cara.

—¡Es fantástico! —exclamó Petra, protegida por la puerta—. Se ha hecho tu amigo… Pero ¿de dónde ha salido esa enorme bestia?

—De la casa del doctor Osgood —contestó él—. Bien, «Meph», me parece que, además de amistad y cariño, estás pidiendo otra cosa.

Ritt buscó un cacharro, lo llenó de agua y lo puso en el suelo. «Meph» bebió con avidez. El joven abrió la nevera y sacó un buen trozo de carne, que puso en un plato.

Mañana será cosa de prepararte la comida apropiada —dijo—. Petra, ¿por qué no te acercas? —rogó.

—Ese perro me da un miedo espantoso —contestó ella.

—Espera un momento, por favor.

«Meph» devoró la cena en cuatro dentelladas. Luego, Ritt fue hacia la muchacha, rozó su cara con una mano y la acercó a continuación a la nariz del perro.

«Meph» la olfateó varias veces. Después, lentamente, se acercó a la muchacha, meneando la cola con gran mansedumbre.

—Dios mío —dijo ella—. No me lo puedo creer… Éste es de la clase de perros que son fieras para los ajenos a la casa que guardan. Si estaba en la del doctor Osgood, ¿por qué ha venido aquí?

Ritt arrugó el entrecejo.

—Cuando estuve aquí por primera vez, había dos perros. Uno de ellos murió, de un ataque al corazón, según me dijo Franz, el criado del doctor. Además, sucedió en mi presencia y puedo asegurar que fue una muerte fulminante.

»Hace pocos días, tuve que quedarme en la casa de Osgood. Entonces, ya tenían a “Meph”. De momento, me ladró poco amistosamente, pero, al día siguiente, cuando me marché, tuve la sensación de que el perro no quería quedarse en la casa; parecía como si me pidiera que me lo llevase de allí. Ya te digo que es una sensación, no algo que pueda afirmar de una forma rotunda. Y ahora, “Meph”, de alguna manera, se ha escapado y ha venido aquí…

—Por el olfato, supongo.

—No cabe otra respuesta. Lo que me gustaría, sin embargo, es saber los motivos por los cuales no se encontraba a gusto en la casa del doctor Osgood.

—Algo debía temer —apuntó Petra—. El instinto de los animales, y más de los perros como «Meph», raras veces falla.

—Quizá algún día lo sepamos. De momento… —Ritt puso una mano en la cabeza del enorme perro, que pareció sentirse muy satisfecho—, se queda aquí y ha encontrado un dueño que no le defraudará jamás.

«Meph» lanzó un alegre ladrido. Luego, Ritt se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—¿Contarás la historia en tu periódico? —preguntó.

Ella hizo un gesto negativo.

—No. Todavía no. Presiento que la fuga de «Meph» tiene algo que ver con lo que está sucediendo, con las muertes por inexplicables paros cardíacos, con ciertas

fantásticas resurrecciones… y con unos extraños libros que hay en esta casa. Cuando el enigma haya sido desvelado por completo, incluiré en mi reportaje la historia de la llegada de «Meph» a esta casa. Alex, ¿por qué ese nombre?

—El perro que murió, se llamaba «Azrael». «Leonard» es el nombre del otro y éste, como el nombre resultaría muy largo, Mephistófeles, lo han abreviado. Todos ellos, son distintos nombres que se dan al diablo, Petra.

Ella abrió la boca, estupefacta.

—Nombres del demonio —repitió.

—En el caso de «Meph» resulta absolutamente inapropiado —afirmó Ritt.

Pronto se haría de noche y George Bray se dispuso a dar una última vuelta antes de abandonar el cementerio. De pronto, vio algo que brillaba al reflejar los últimos rayos del sol próximo al ocaso.

Intrigado, se inclinó y recogió aquel brillante disco de metal. Un segundo después, se estremecía como si hubiese visto algún fantasma.

Bray permaneció unos momentos en el mismo sitio. Luego, bruscamente, echó a correr y no paró hasta encontrarse en el despacho del jefe Kirr.

Petra le vio llegar, jadeante y sin aliento, y su instinto periodístico le hizo presentir una noticia interesante. Por tanto, echó a correr también y, sin preocuparse de las formalidades, penetró en el despacho.

—Encontré esto, jefe —decía Bray en aquellos instantes—. Algo le pasó a Joe… Tiene que estar muerto…

Kirr se puso los lentes y examinó con gran atención el disco de plata.

—¡Por cien mil diablos! —barbotó—. ¡Es una moneda de dos caras, George!

—Sí, jefe. La tenía Joe y jamás se separaba de ella. A veces, se divertía con algún forastero, apostando unas cervezas… Más de uno se la quiso comprar y él jamás cedió, alegando que le servía para beber sin gastar un centavo… Una vez le ofrecieron hasta doscientos dólares, pero Joe rechazó la oferta… Yo le oí decir muchas veces que nunca vendería la moneda… Y no se separaba de ella para nada, puedo jurárselo.

Petra se acercó un poco a la mesa y examinó la moneda.

—Estas monedas no son nada corrientes, en efecto —dijo—. ¿Qué opina usted, jefe?

Kirr se volvió hacia el sepulturero.

—George, dime, ¿dónde la encontraste?

—En el suelo… Ah, sí, ahora recuerdo; a menos de dos pasos de la sepultura de la señora Ashley.

—Bueno, seguramente se le cayó aquel día… Creo que fue entonces cuando dijo que tenía que arreglar el panteón Terrywether.

—Aquel día no se le cayó, jefe —aseguró Bray.

—¿Por qué lo dices, George?

—Estuve después dos o tres veces en la tumba de la señora Ashley y no vi nada.

—Quizá no te diste cuenta entonces…

—No; tendría que haberla visto mucho antes. Ahora hacía ya días que no me acercaba por allí. Yo arreglaba las flores que le traía el señor Ritt, limpiaba las hierbas de alrededor…

—Está bien. —Kirr hizo saltar la moneda en la mano—, gracias por haber venido. Y cierra el pico, ¿estamos?

—Sí, jefe.

Petra fijó la mirada en el policía, cuando Bray se hubo marchado.

—¿Qué piensa hacer, señor Kirr?

—Nada —contestó el interpelado—. La moneda se le pudo caer a Moreen aquel di a y ha pasado desapercibida hasta hoy. Puede ser un indicio de su desaparición, pero no por ello vamos a deducir que está en la tumba de la señora Ashley.

La muchacha se encaminó hacia la puerta.

—En su lugar, yo intentaría comprobarlo —se despidió.

CAPÍTULO XIII

POR la mañana, después de desayunar. Ritt fue a la biblioteca. «Meph» le seguía como un perro faldero. Cuando llegó la señora Beaver, gruñó un poco, pero muy pronto comprendió que era alguien de la casa y desistió de su actitud hostil.

Ritt había decidido examinar los libros que tenían aquellos títulos tan extraños. Pensó en llevarse uno a la cama, pero desistió, temiendo ser víctima de alguna pesadilla, que le hiciera pasar mala noche, si la lectura resultaba demasiado apasionante y pasaba largas horas con el libro en las manos. Durante el día, tendría tiempo de despejar las posibles imágenes que le sugiriera la lectura, calculó.

Sacó el libro que hablaba de los fakires de la India. Al abrirlo, vio en la contratapa un objeto que brillaba notablemente.

Intrigado, vio que era una llave, sujeta por tiras de papel adhesivo transparente. Despegó la llave y pudo apreciar en ella una serie de números, que parecían componer una clave determinada.

La llave, desde luego, no era de ninguna de las puertas de la casa. El tipo era completamente distinto y se preguntó qué puerta misteriosa se podría abrir con aquella llave.

La campanilla de llamada sonó en aquel momento. Instantáneamente, se oyeron unos desaforados ladridos.

Ritt guardó la llave en un bolsillo, dejó el libro a un lado y corrió hacia la puerta. «Meph» estaba a pocos pasos del umbral, contemplando aprensivamente al animal, que no parecía ceder en su actitud hostil.

—Será mejor que se vaya. Meg —aconsejó el joven—. Yo recibiré al visitante.

—Sí, señor. Pero ese perro… me da miedo…

—A usted no le hará nunca nada, o no habría podido entrar esta mañana en la casa. Al contrario, cuando yo esté fuera, usted se sentirá más segura con la compañía de «Meph».

—Sí, señor.

Ritt encerró al perro en el comedor y luego abrió la puerta. Sus cejas se alzaron al reconocer a Franz.

—¡Caramba, qué sorpresa! —exclamó—. ¿Qué le trae por mi casa, Franz?

—Me envía el doctor Osgood, señor —contestó el sujeto, a la vez que mostraba el libro que había traído consigo—. El doctor lo ha leído ya y me encarga le agradezca su gentileza. Al mismo tiempo, solicita le preste otros dos libros, cuyos títulos me ha dado en una nota. Aquí está, señor.

Ritt tomó el papel y mantuvo el rostro sereno, al conocer los títulos.

—Por supuesto, la biblioteca está a disposición del doctor, en todo momento —contestó cortésmente—. Tenga la bondad de pasar, Franz.

El criado penetró con aire receloso.

—He oído un perro…

—Sí, tengo uno.

—«Meph» se nos ha escapado, señor. No podemos comprender cómo ha sucedido, aunque hemos encontrado un hueco en los barrotes de la verja. Como si alguien los hubiera separado, para poder entrar a robar, ¿comprende?

—¿No estaba a gusto el animal con ustedes, Franz?

—Era muy joven, poco más que un cachorro. Tendría ganas de corretear por ahí… Ya volverá, no se preocupe.

—Muy bien, Franz. Pase y le indicaré dónde están esos títulos que desea el doctor.

Ritt no cometió la imprudencia de dirigirse directamente a la estantería. Durante unos momentos, fingió consultar el catálogo. Luego se volvió, sonrió y dijo:

—Ya los he localizado.

Sacó los libros y los puso en las manos del criado.

—Salude al doctor en mi nombre. ¿Cómo va la salud de la señora Osgood?

—Ha mejorado notablemente en los últimos días, señor.

—Lo celebro infinito —dijo Ritt.

Permaneció en la puerta unos momentos, con una sonrisa indefinible en los labios. Franz subió al coche, lo puso en marcha y arrancó sin perder más tiempo.

Ritt metió la mano en el bolsillo donde tenía la llave. Había concebido una idea y quería confirmarla por alguien que tuviese la suficiente experiencia para ello.

—Es la llave de una caja de alquiler de un banco, del Trust, de Bushwell, para ser más exactos —dijo el abogado Evans.

Ritt meditó unos segundos.

—Al médico y al abogado hay que decirles siempre la verdad —dijo al cabo.

—Lo mismo que al confesor —sonrió Evans.

—Algunos sostienen la teoría de que al abogado se le dicen cosas que no se mencionan en el confesionario —contestó el joven alegremente—. Bien, el problema es: Habiendo encontrado esta llave en la casa de Helen Ashley, ¿puedo usarla?

Evans hizo un gesto afirmativo:

—La carta-testamento, entre otras cosas, dice: «… la propiedad de mi casa y de cuanto contiene…». Por tanto, la Lave le pertenece sin ningún género de dudas.

—¿Y lo que pueda haber en la caja de alquiler del banco?

—Esa caja de alquiler, legalmente, es una prolongación de la casa que ahora le pertenece a usted. En la caja hay objetos que fueron de la señora Ashley y la ley dice al respecto…

—Basta, creo que ya es suficiente, señor Evans. Una última pregunta, por favor.

—Sí, con mucho gusto.

—Tengo la casa por disposición de última voluntad de la señora Ashley. Pero ¿a quién pertenecía realmente? ¿A ella o a su esposo?

—La casa perteneció siempre a Helen y la aportó al matrimonio aunque no se consideró nunca parte de los bienes gananciales, extremo que se hizo constar en las

capitulaciones matrimoniales establecidas al efecto. Goza usted de la posesión plena y perfecta de la casa y del terreno que la rodea y de cuanto hay en su interior, incluyendo, naturalmente, el contenido de la caja del Banco.

Ritt se puso en pie.

—Abogado, le estoy sumamente agradecido. Pero me gusta expresar mi gratitud al modo fenicio.

—¿Fenicio? —dijo Evans, asombrado.

—Sí, hombre. Envíeme la minuta de honorarios.

Evans se echó a reír.

—Váyase tranquilo, amigo Ritt.

El joven salió a la calle. Poco más adelante, se encontró con Petra.

—Tengo una noticia interesante —dijo la muchacha.

—Soy todo oídos… y luego corresponderé con otra que puede te deje pasmada. Pero te toca a ti el turno, encanto.

—He visto fotografías de Dick Payton. No tengo la menor duda; lo vi muerto en la carretera, el día de mi llegada.

—Entonces, ¿resucitó?

—¿Llegó a morir realmente?

Callaron un momento. Ninguno de los dos se sentía capaz de responder a aquella pregunta.

Petra fue la primera en romper el silencio.

—Tenías una gran noticia que darme, recuerdo —dijo.

—Sí, en efecto. ¿Quieres acompañarme al Banco?

—Con mucho gusto, Alex.

Un cuarto de hora más tarde, entraban en el departamento de cajas de alquiler. El empleado señaló la correspondiente a la llave que había encontrado el joven y luego se retiró discretamente.

Ritt abrió la caja y extrajo de su interior otra, alargada, del tamaño habitual. La llevó a una mesa, levantó la tapa y creyó que soñaba.

Petra ahogó una exclamación de asombro. Ritt buscó una silla y se sentó junto a la mesa. —A mí me va a dar algo —murmuró.

Ella pasó las yemas de los dedos por los apretados fajos de billetes que contenía la caja. Los contó en silencio.

—Doscientos mil, Alex.

Ritt asintió.

—Encontré la llave en la biblioteca… —Relató brevemente lo ocurrido aquella misma mañana—. Me consultado con el abogado y me ha dicho que todo lo que pueda haber en esta caja me pertenece legítimamente.

—Para mí, no existe la menor duda. Pero hay algo que se me antoja muy sospechoso, Alex.

—Dime, Petra.

—¿Por qué quería Osgood esos libros? ¿Sospechaba que la llave podía estar en alguno de ellos?

—Las respuestas serían muy interesantes, no cabe duda, pero a mí me gustaría conocer la respuesta a otra pregunta mucho más interesante todavía —dijo Ritt.

—¿Si?

—Ella me dejó la casa y todo lo que contenía, pero… ¿por qué?

Guardaron silencio unos momentos. Luego, Ritt tapó la caja y la volvió a su sitio.

—Por el momento, este dinero debe seguir aquí —afirmó.

—Sí, es lo mejor.

—Petra, ¿debo pedirte discreción?

Ella sonrió, a la vez que apretaba su brazo con gesto afectuoso.

—Sólo te pido la exclusiva de la historia, si algún día llegamos a conocer la verdad de estos enigmas —contestó.

—Cuenta con ello —aseguró Ritt—. ¿Almorzamos juntos?

—De acuerdo.

Cuando llegaban al restaurante, se tropezaron con el doctor Hastings.

—Le invito a almorzar, doctor —dijo Ritt.

—Gracias, pero no puedo detenerme. Tengo a la vista un próximo ciudadano de Bushwell y creo que ya está llamando a la puerta.

—Parece que algunos matrimonios desdeñan la televisión —rió el joven.

—Sí, seguramente piensan que su programa particular es mucho mejor que el que se puede ver en el televisor —contestó Hastings, siguiendo la broma—. Ah, muchacho, ya analicé la píldora que me dio.

—¿Y bien, doctor?

—Nada. Absolutamente inocua, en cualquier sentido. Aunque también puede resultar muy peligrosa… si uno se come dos kilos de una sentada. Le daría una buena indigestión de glucosa.

—¿Glucosa?

—Sí, azúcar de frutas, con la capa de barniz digestivo, a base de azúcar normal y colorante artificial. Como los confites de los chicos, vamos.

Hastings se marchó rápidamente. Petra se volvió hacia el joven, que se había quedado muy pensativo.

—¿A qué píldora te referías, Alex? —preguntó.

Ritt agarró el brazo de la muchacha y la empujó hacia adelante.

—Vamos —contestó—. Te lo contaré todo mientras comemos.

La noche era cálida y la temperatura, a veces, se hacía agobiante. Desde lo alto de la loma, Ritt podía ver a lo lejos el brillo de los charcos de agua de la ciénaga, a unos mil quinientos metros de distancia.

Ligeros vapores emergían en ocasiones de la superficie del pantano y se deshilaban lentamente, como espíritus que surgieran de lo profundo de las aguas estancadas. El contraluz de la luna en creciente contribuía a la ilusión de contemplar

unos espectros que no se resignaban a permanecer eternamente encadenados en un lugar tan tétrico.

Paso a paso, Ritt alcanzó la tapia y empezó a recorrerla, pasando la mano suavemente por los barrotes, cuya base se hallaba a metro y medio del suelo. La altura resultaba suficiente en circunstancias normales, pero para un perro asustado, no era obstáculo efectivo.

Algo había asustado a «Meph», se dijo. Por el olfato, sin duda, había reconocido a Franz; de ahí sus furiosos ladridos. ¿Qué había hecho el criado para que el perro mostrase así su furia?

«Meph» parecía sano físicamente. El daño, sin duda, había sido de otra índole. Tal vez algunos latigazos con una correa, lo cual no habría dejado señales en la negra epidermis. Quizá llegase a averiguarlo algún día.

De pronto, notó un espacio mayor entre dos barrotes.

Tenía la vista acostumbrada a la oscuridad y pudo apreciar el hueco, suficiente para que una persona pudiera pasar sin demasiadas dificultades al otro lado, cuanto más un perro, pese a la envergadura y corpulencia de «Meph». Quizá, algún ladrón, había intentado penetrar en la casa, pero después de separados los barrotes, se había percatado de la presencia de los perros y había emprendido la huida.

Los habitantes de la casa, sin embargo, no habían advertido nada, hasta que echaron en falta a «Meph». Entonces, habrían revisado la verja…

Dejándose de elucubraciones, pasó al otro lado. Dio unos cuantos pasos y, de pronto, se detuvo, helado de terror.

«Leonard» acababa de surgir silenciosa, fantasmalmente, una sombra negra que se confundía con las demás sombras, como si se hubiese materializado repentinamente en aquel lugar. Ritt no llevaba armas de ninguna clase y sintió que el sudor le corría por la nuca hasta la espalda, al pensar en la inminencia de un devastador ataque.

Durante unos momentos, permaneció absolutamente inmóvil, sin atreverse a respirar. La quietud, por ahora, parecía la mejor arma defensiva. Si intentaba un movimiento, por leve que fuese, el perro atacaría y…

Sorprendentemente. «Leonard» no hizo el menor gesto ofensivo, limitándose a olfatear las ropas del joven, pero sin demasiada intensidad. Al cabo de unos segundos dio la vuelta y se perdió en la oscuridad.

Ritt dejó escapar el aire largamente contenido en los pulmones. Sacó un pañuelo y se enjugó la cara y el cuello.

—Quizá «Leonard» me considere ya como a un amigo —dijo.

Avanzó unos pasos más. De pronto, vio luz en una ventana y se aplastó contra la pared, junto al borde. Las voces de Osgood y el criado llegaron claramente a sus oídos.

—No está —dijo Osgood—. La maldita llave no está.

—Le habrá engañado ella, doctor —contestó Franz.

—No, no puede; tiene que contestar inexorablemente con la verdad. Dijo dónde estaba la llave, pero alguien la ha encontrado y se nos ha anticipado.

—Ritt —dijo Franz.

—Es posible. ¿Cómo podríamos quitársela, Franz?

—No lo sé. Resultaría muy difícil. Meph está allí.

—Se quita de en medio a ese maldito perro…

—Ladraría antes de que pudiéramos lanzarle la carne envenenada. La única solución es matarlo de lejos, doctor.

—¿Cómo?

—Detrás de la casa hay un pequeño parque. Un rifle, cuando el animal salga al jardín… porque tiene que salir inexorablemente… Lo más seguro es que salga muy temprano por las mañanas.

—Se oirá el disparo, Franz.

—Y yo me habré marchado antes de que llegue ningún curioso. A esas horas, hay poca gente por las calles y, además me perdería fácilmente por el parque.

—Está bien, ya tomaremos una decisión. Por el momento no corre demasiada prisa. Tenemos que resolver el problema de la señora SelKirr.

—Se precipitó demasiado, a mi juicio —criticó Franz.

—No había otra solución. Ya hemos permanecido demasiado tiempo en Bushwell. Es hora ya de alzar el vuelo y lo haremos apenas hayamos despachado a Fanny SelKirr. —¿Una semana, doctor?

—Dos, a contar del día del entierro, Franz.

—Perfectamente. ¿Qué pasará con la otra?

—Suspenderé su tratamiento, nada más.

—¿Esta noche?

—Oh, no: todavía tengo que hacer algunos análisis. Necesito más experiencia para el futuro, Franz.

Sobrevino una pausa de silencio. Ritt oyó un leve ruidito, romo de bolitas que chocaban entro sí. Luego percibió un débil gorgoteo.

—Si no fuese por estas píldoras… —dijo Osgood con acento de evidente satisfacción. Luego se produjeron otros ruidos. Ritt entendió que los dos hombres abandonaban la estancia.

Volvió el silencio. A lo lejos, inesperadamente, se oyó el ulular de un búho. Graznó un chotacabras. Croaron algunas ranas.

Ritt se acercó a la ventana, dispuesto a penetrar en la casa. El bastidor estaba al lado y alargó las dos manos para separar un poco las cortinas que ocultaban la visión, pero no el paso de la luz. Entonces, vio que se abría de nuevo la puerta y retiró las manos, aunque procurando dejar una rendija, para poder ver lo que pasaba en el interior del gabinete.

CAPÍTULO XIV

WILMA asomó la cabeza y escuchó unos momentos. Luego, sin hacer el menor ruido, penetró en la estancia, cerró cuidadosamente y se dirigió hacia el armario donde estaba el frasco con las píldoras de color rojo.

Ritt observaba todos sus movimientos sin hacer el menor ruido. Ella vestía ahora una amplia bata, con grandes bolsillos, en uno de los cuales vertió íntegramente el contenido del frasco de las píldoras rojas.

Luego sacó una bolsita del otro bolsillo. Puso el frasco sobre la mesa y empezó a trasvasar a su interior el contenido de la bolsita.

Cuando terminó, tapó el frasco y lo devolvió al armario, durante unos segundos, quedó de espaldas a la ventana.

Ritt separó las cortinas.

—Wilma, no grites —dijo a media voz—. Soy yo, Alex.

Ella se estremeció terriblemente, todavía con la mano en la puerta del armario que no había acabado de cerrar.

—Alex, ¿dónde estás? —preguntó en el mismo tono.

—Detrás de ti. He entrado en el jardín sin que nadie lo sepa. Por favor, no hagas ruido… —Está bien.

Wilma cerró el armario y se acercó a la ventana, inclinándose para contemplar al joven de cerca.

—Sí, eres tú —sonrió—. Pero ¿qué demonios haces aquí?

—Fisgonear —contestó él—. Wilma, ¿qué sucede en esta casa?

—A mí también me gustaría saberlo. Una cosa si es segura: mi marido me engaña. —¿Con otra?

—Eso sería lo de menos. Él ya no me importa nada. El engaño es de otra clase. —¿Quieres explicarte?

—No he estado enferma nunca. Jamás he tenido leucemia.

Ritt se quedó pasmado.

—¿Cómo lo sabes?

—Muy sencillo: las pastillas que tomaba no me producían ningún efecto. Dejé de tomarlas y tampoco me sentí peor. A él le digo que las tomo y se lo cree, pero, en realidad, las tiro por el sumidero.

—Sin embargo, tú me dijiste que estabas muerta… Supongo que lo decías porque creías que ibas a morir pronto…

—Aquella noche, ya te lo dije también, quería que lo divulgaras por la ciudad, para que todo el mundo lo supiera. Él me pegó después y comprendí que ése no era el mejor camino para librarme de su dominio.

—Para eso, bastaría con que abandonaras la casa…

—Ahora, no: ahora tengo interés en ver cómo acaba todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Ellos tratan de ocultarme la verdad Presiento que pronto se van a largar de aquí. Dentro de un par de semanas, a lo sumo.

—Pero tú padecías leucemia…

—Pasé una temporada en un estado de suma debilidad y llegué a creérmelo. Pienso que él me daba alguna de sus malditas drogas orientales, que me causaban una desgana total, una ausencia absoluta de deseos de vivir… Luego cambió la medicación y me dijo que iba a curarme… Lo único que quería era dinero, ¿comprendes?

—¿Se lo diste?

—¿Qué harías tú si vieras que ibas a morir y que un médico te podía curar? Le darías todo lo que tuvieras, ¿no?

—Bien mirado, si, haría eso —convino Ritt—. Pero tú…

—No se puede convivir mucho tiempo con un hombre, sin aprender a conocerle, y yo acabé sabiendo qué clase de tipo es mi esposo. Si, él continúa dándome píldoras, pero yo no me tomo una sola y cada día me siento mejor.

—Te felicito —dijo el joven—. Pero ¿a qué clase de investigaciones se dedica tu marido?

—Algo sobre conservar la vida después de la muerte… No lo sé con exactitud; él no es muy explícito al respecto. Sé que estuvo en la India algunos años y que allí hizo estudios sobre ese tema. A su regreso, nos conocimos y yo cometí la estupidez de casarme con él. Claro que entonces me había enamorado como una loca de él.

—¿Qué pasó después?

—Bueno, vivimos unos años en sitios diferentes, año y medio en cada lugar, aproximadamente. Un día vinimos aquí; me pidió que comprase la casa y yo accedí.

—¿Y después?

Wilma pareció concentrarse.

—A los pocos meses, dos, a lo sumo, él dijo que tenía que ausentarse, para realizar ciertos trabajos con un afamado científico. Estuvo varias semanas fuera y luego regresó, pero me di cuenta de que había cambiado enormemente. Vino mucho más pálido y delgado, aunque se repuso bastante pronto. Sin embargo, ya no… Bueno, quiero decir que ya no regresó a… ¡Caramba, lo diré de una maldita vez! Desde entonces ya no ha vuelto a acostarse conmigo.

—Entonces, por eso te engaña con otra —sonrió Ritt.

—Oh, no, no lo creo. Vaya, no soy tan fea y antes él casi no me dejaba en paz. Casi a cualquier hora me… ¿Comprendes?

—Sí. El caso es que ahora le resultas indiferente, al menos en ese aspecto.

—Puedes tenerlo por seguro, Alex, ¿por qué no subes a mi dormitorio? Ellos están ahora durmiendo y no se enterarían —dijo Wilma ávidamente.

—No, lo siento, no quiero compromisos. Sería otra cosa si me hubiese hospedado de nuevo en tu casa.

«Esos tipos quieren liquidarme o poco menos y no les voy a facilitar la tarea»,

pensó Ritt.

—Pero vendré lo antes que pueda —añadió, a fin de animar a su bella interlocutora—. Oye, ¿por qué has cambiado esas píldoras?

Wilma hizo una mueca.

—Él las toma a diario. Dice que estimulan enormemente su capacidad mental y le ayudan muchísimo en sus experimentos. Yo pienso que son contraproducentes para lo otro, ¿me entiendes?

—No es un afrodisíaco precisamente, ¿eh?

—Creo que actúan en forma diametralmente opuesta. A ver si así se acuerda de que tiene una esposa que vale la pena. A fin de cuentas, es muy guapo y yo… pese a todo, sigo queriéndole…

—Comprendo, Wilma, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro, hombre.

—Hay otra mujer en su casa.

—Sí, lo sé, pero no la he visto ni sé quién es; y, además, él guarda la llave constantemente…

—Wilma, podríamos hacer una cosa —dijo Ritt.

—¿Si?

—Quizá, en algún momento, tú puedas apoderarte de la llave y ver quién es esa mujer. Mira, esta casa se ve desde la mía. Podrías hacerme señales luminosas por las noches, a una hora determinada, desde el dormitorio. Así sabría yo quién es la mujer.
—Olvidas una cosa, Alex: no sé enviar señales en morse.

—Eso tiene una fácil solución, aunque el mensaje tarde más tiempo en transmitirse. Un destello, para la A; dos, para la B; tres, para la C y así sucesivamente, dejando cinco segundos de intervalo entre cada letra. Cuando tengas tiempo, escríbete esta sencilla clave en un papel; así, en el momento de transmitir, no tendrás que contar previamente los destellos correspondientes a cada letra.

—Entendido. Todas las noches, a las once.

—Sí, aproximadamente, pero cuidando siempre de que no se sorprendan.

—Muy bien, haré lo que pueda. Alex, ¿de veras no…?

Ritt le dio una palmadita en la mejilla.

—Dijiste que querías a tu esposo —contestó.

—Sí, pero si él me tiene olvidada… Yo necesito un poco de afecto, compréndelo.

—Otro día, encanto. Por cierto, ¿de dónde has sacado las píldoras que has puesto en el frasco?

—Oh, las hice yo misma en el laboratorio… A él no le importa; nunca había hecho yo allí nada y anoche, aprovechando su sueño, entré… Pero la llave del cuarto donde está la otra sigue en su poder…

—Haz lo que puedas, Wilma. Una pregunta más, por favor. ¿Qué papel representa Franz?

—Es su criado. Se lo trajo de la India y le sirve con una fidelidad inimaginable. Y

también le ayuda en sus investigaciones… pero no sé apenas más cosas de él, en este sentido.

—Gracias. Recuerda, todas las noches, a partir de las once.

—Sí, pero ¿cómo sabré yo que has recibido el mensaje?

—Mira hacia la ciudad, un poco al Nordeste. Verás tres puntos luminosos, apenas hayas terminado la transmisión.

—De acuerdo, Alex. Pero me debes… una noche…

—Procuraré pagarte, Wilma. Adiós.

Ritt se separó de la ventana y caminó entre las sombras, para encontrar el hueco que le permitiera alcanzar el exterior. Súbitamente, percibió una silueta oscura que le cerraba el paso.

Contuvo el aliento. «Leonard» se había mostrado antes pacifico, pero ello no garantizaba su tranquilidad ahora.

El perro estaba inmóvil, mirándole fijamente. De pronto, con gran lentitud, dobló las patas, se inclinó a un lado y se quedó quieto.

Ritt se quedó estupefacto. Al cabo de unos momentos, reaccionó y se arrodilló junto al can.

Puso una mano en su costado. El corazón de «Leonard» había dejado de latir.

Le había sucedido lo mismo que a «Azrael». Pero ¿de qué morían aquellos magníficos perros? ¿Por qué «Meph», en cambio, estaba vivo?

Era inútil continuar torturándose la mente, buscando respuestas a unas preguntas que representaban un enigma imposible de desvelar por el momento. Buscó el hueco entre los barrotes y, unos minutos más tarde, emprendía el regreso a la ciudad.

Sacó a «Meph» al jardín muy temprano, pero no permitió que el perro llegase a la parte posterior. Todo el tiempo lo tuvo en la mitad delantera, a la vista de las personas que circulaban por la acera. Luego lo encerró en casa, con órdenes concretas a la señora Beaver, para que no lo dejara salir en ningún momento hasta su regreso.

A mediodía se reunió con Petra en el restaurante de costumbre.

—¿Qué tal sienta saberse dueño de doscientos mil dólares? —preguntó la muchacha jovialmente.

—Aún no puedo acostumbrarme a la idea —contestó él—. Y no estoy seguro realmente de que ese dinero me pertenezca…

—Te lo dejó Helen. La casa con todo cuanto hay en su interior, recuerda.

—Sí, es cierto. Sin embargo… Bueno, dejemos esto por el momento. Tengo que contarte algo muy interesante.

—¿Todavía *off the record*?

—Aún no ha llegado el momento de revelar la historia. ¿Sabes que tengo un aliado en la casa de Osgood?

—No me digas —se asombró Petra—. ¿Quién es?

—La señora Osgood.

—Tengo entendido que es muy guapa. ¿La has confiscado?

Ritt carraspeó con fingida aparatosidad.

—Dejemos el tema para otro momento. Petra, Osgood tiene otra mujer en la casa y yo trato de averiguar quién es. La señora Osgood no la ha visto, pero intentará averiguar su identidad y me lo comunicará apenas lo haya conseguido.

—¿Algún secuestro?

—No estoy seguro. Pero Osgood y su criado se entregan a experimentos que no me atrevo siquiera a imaginar, aunque ya empiezo a sospechar algo.

—¿Qué es, Alex?

—Algo sobre la vida después de la muerte…

—Los libros que te pidió prestados versan sobre esos temas —le recordó ella.

—Sí, pero a Osgood le interesaba la llave de la caja fuerte. Se lo escuché a él mismo anoche.

—¿Te lo dijo el propio Osgood?

—Mujer, claro que no. Fui a la casa y pasé al jardín sin que me vieran…

Ritt contó todo lo que había pasado durante la víspera. Al terminar, Petra mostró claramente el asombro que le había causado el relato.

—Parece increíble… pero tampoco puedo dudar de ti… ¿Qué piensas hacer, Alex?

Ritt entornó los ojos.

—Vince Payton reconoció a su hijo Dick. Darcey también lo reconoció y tú misma has visto unas fotografías del chico que demuestran no te equivocaste al decir que Darcey lo había identificado. Pero Dick había muerto y fue enterrado en presencia de muchas personas.

—Sí, es cierto.

—A Hartman le sucedió lo mismo. Muchos fueron a su entierro y luego él apareció muerto cerca de Great Falls, es compañía de su esposa.

—Se supone que ella desenterró el cadáver. Alex…

—Alguien lo vio vivo, después de muerto.

Hubo un instante de silencio.

—¿Te refieres a la señora Styles? —preguntó Petra al cabo.

—Exactamente.

Ella movió las manos unas cuantas veces.

—Vayamos por orden, Alex. Tú piensas que hay personas que mueren y luego resucitan, si se puede emplear la expresión… pero no se puede dudar de la competencia del doctor Hastings. Él no firmaría un certificado de defunción, si no estuviera absolutamente seguro de lo que pasa, es decir, de la muerte del paciente.

—Petra, Osgood ha permanecido algunos años en la India. Hay drogas mágicas…

—Lo has dicho antes. Pero, suponiendo que fuese cierto ¿por qué?

—¿Cuánto se llevaron los atracadores del Banco?

—Algo más de trescientos mil dólares —contestó ella.

—¿Qué cantidad apareció en el coche de los Hartman después del accidente?

—Trescientos mil…

—Según lo viste tú, Dick parecía venir de casa del doctor Osgood. Los Hartman pudieron pagarle doscientos mil dólares, por resucitarle a él. Helen guardaba doscientos mil en la caja del Banco… Todo eso lo ha hecho por dinero, Petra, no te quepa la menor duda. A su esposa, también le ha sacado grandes sumas…

—¿Y de qué le sirve tanto dinero? No gasta apenas, Alex. Además, no pudo conseguir el de Helen. Tus argumentos no tienen demasiada consistencia que digamos.

Ritt se puso bruscamente en pie y depositó unos billetes sobre la mesa.

—Vamos a hacer una prueba —exclamó—. ¿Quieres acompañarme?

Petra se levantó también, sonriendo encantadoramente.

—No te dejaría solo por nada del mundo —respondió.

CAPÍTULO XV

—SEÑORA STYLES, lo que usted nos va a contestar será tomado absolutamente en serio —dijo Ritt—. No nos reiremos de usted, ni consideraremos en absoluto nada que no sea su respuesta ni, por supuesto, se repetirá fuera de aquí lo que usted nos declare. El jefe Kirr pudo abrigar ciertos pensamientos acerca de usted, pero ése no es nuestro caso. Estamos completamente abiertos a sus palabras, plenamente receptivos, en una palabra. ¿Ha comprendido lo que quiero decirle, señora?

Lizzy Styles asintió.

—Significa que no se van a burlar de mi —contestó.

—De ninguna manera —dijo el joven, muy serio.

—Bien, ¿y qué es lo que tienen que preguntarme?

—Una cosa muy sencilla. ¿Era Bert Hartman el hombre a quien usted vio aquel día, en la cocina de la casa de su amiga Nita?

—Si —respondió Lizzy instantáneamente.

—Parece muy segura de ello, señora —terció Petra.

—Lo estoy. Lo juraría ante una pila de Biblias. Era él, Bert, tan vivo como lo estamos ustedes y yo ahora mismo. No, no era ningún ladrón, como se inventó Nita después. Además, ¿quieren saber una cosa?

—Dígalo, señora Styles —solicitó Ritt.

—Nita jamás guardó un centavo en aquel cajón. Lo sé muy bien, porque la había visto infinidad de veces sacar el dinero para los gastos menudos, de una alacena de la cocina. Lo guardaba siempre en un bote de «Espíritu de la Vida», una marca de mermelada bastante extendida por aquí. Ella decía que el dinero era el espíritu de la vida…

—No cabe la menor duda —sonrió el joven De modo que podemos dar por sentado que aquel hombre era el señor Hartman.

—Si un día se descubre la verdad, volveré a jurarlo ante quien sea —contestó Lizzy solemnemente.

Ritt se dio por satisfecho. Petra, sin embargo, manifestó que deseaba hacerle otra pregunta a Lizzy.

—Con mucho gusto, querida. ¿De qué se trata?

—Parece ser que Hartman tenía contratado un seguro de vida de medio millón de dólares. Si fue una comedia, ¿por qué lo hicieron?

—Mujer, no podía simular su desaparición, porque podría haber sido considerada como suicidio por la compañía de seguros, y esta causa de fallecimiento quedaba excluida durante diez años, a partir de la fecha de la póliza. Tenía que morir, aparentemente, claro.

—Pero el doctor Hastings certificó su defunción…

—Tuvieron que engañarle. Pagaría a alguien dinero por alguna droga que le hizo parecer muerto durante algunas horas, no me cabe la menor duda.

Petra cambió una mirada con el joven.

Ritt asintió.

—Finalmente —dijo—. Si desempeñaron esa comedia, ¿por qué, señora Styles?

—Hablando con toda crudeza; estaban completamente arruinados. Debían… hasta el aire que respiraban —contestó Lizzy mordazmente. Y añadió—: ¿De qué les sirvió la trampa, si acabaron estrellándose contra un camión?

Ritt y la muchacha abandonaron la casa. Él agarró el brazo de Petra.

—Vamos a confirmar una cosa —dijo.

Media hora más tarde, y después de romper con todo descaro un cristal, para poder abrir una de las ventanas, entraban en la casa de los Hartman. Ritt se fue directamente a la cocina y buscó el bote mencionado por Lizzy.

Dentro del bote había una veintena de dólares y algunas monedas.

—Lizzy tenía razón —dijo.

—Las vecinas chismosas, a veces, resultan útiles —sonrió Petra.

Ritt devolvió el bote a la alacena. Durante unos momentos, permaneció profundamente pensativo. Luego dijo:

—Tenemos que esperar, Petra.

—¿A qué, Alex?

—Esperaremos a ver si Wilma Osgood consigue identificar a la mujer que está en su casa, encerrada en un cuarto bajo doble vuelta de llave.

—Supongamos que lo consigue. ¿Qué harás entonces?

—Tengo una horrible sospecha… pero no puedo confirmar nada hasta que Wilma me dé la noticia que espero —contestó él, muy preocupado.

Luego añadió a media voz:

—Dijeron que tenían que resolver el problema de la señora SelKirr, pero ¿qué clase de problema es?

Durante tres noches, Ritt aguardó pacientemente, en lo alto del ático, junto a una ventana abierta, con los prismáticos casi constantemente enfocados delante de sus ojos y una linterna al alcance de la mano. No hubo la menor señal por parte de Wilma.

Sin embargo, se dijo que debía ser paciente. Mientras, procuraba cuidar de «Meph», evitando que pasara a la trasera del jardín. Si el perro moría, quedaría indefenso.

«Meph», por otra parte, parecía haberle tomado un gran cariño y apenas le dejaba solo cuando estaba en la casa. Ritt había notado que el animal llegó un tamo desmejorado, pero ahora se había repuesto por completo y era un perro robusto y completamente saludable. A veces, aunque sujeto por una sólida correa, lo sacaba de la casa y daban largos paseos. En lugares solitarios, lo soltaba y el animal corría y saltaba alegremente, pero obedecía siempre, instantáneamente, a la menor voz de llamada.

Cinco días después de la entrevista con Wilma, llegó Petra al atardecer.

—He conseguido una información que tal vez resulte interesante —manifestó.

—Muy bien. Cuéntamelo, mientras te preparo algo de beber.

Petra acarició la cabeza de «Meph».

—Fanny SelKirr poseía una fortuna muy saneada. No necesitaba trabajar para vivir. Su esposo le dejó dos millones, más una buena póliza de seguro de vida. Tenía parientes y dos de ellos han llegado a Bushwell para ver si había testamento. Fueron a ver al abogado y éste les ha dicho que lo abrirá dos semanas después de su fallecimiento, según sus últimas disposiciones.

—Coincide —murmuró el joven—. ¿Qué más?

—Mis fuentes de información no son revelables —sonrió ella—. Pero sé que en el Banco hay un depósito particular de doscientos mil dólares, que será entregado a determinada persona, después del testamento y tras su lectura pública a los herederos.

—Doscientos mil dólares —murmuró él.

—Exactamente.

—¿Quién es el destinatario de esa suma?

—Adivínalo, Alex.

Ritt calló durante unos momentos.

—¿Habrá sido capaz de creer Fanny las paparruchas de Osgood? —dijo al cabo.

—¿Son paparruchas?

Ritt se frotó el mentón vigorosamente.

—Puede que haya un medio de averiguarlo, Petra.

—Dímelo, por favor.

Los ojos de Ritt estudiaron penetrantemente el rostro de la muchacha.

—Es una palabra muy fea, pero tendríamos que sobornar a alguien —contestó.

—¿Para qué?

—Para abrir una tumba sin permiso.

Ella se estremeció.

—Podríamos ir a parar a la cárcel —objetó.

—Petra, nos encontramos en el mismo caso del soldado que tiene unas órdenes concretas. Si las obedece, puede resultar derrotado vergonzosamente. Pero si las desobedece, consigue la victoria y entonces nadie se lo reprocha.

—Hay ciertas metáforas que no resultan exactas, Alex.

—Muy bien. No hagas tú nada. Yo me ocuparé de todo. Si me pasa algo, avisa a Evans para que me defienda.

—Eres un… Me estás poniendo en apuros… Maldita sea, tendré que ir contigo…

El joven se echó a reír.

—Vendrás conmigo, pero no ahora —dijo.

—¿Por qué?

—Se trata de una conversación entre dos hombres: George Bray y yo.

—¿Ahora?

Ritt consultó el reloj.

—Mañana a las seis de la tarde —respondió.

Aquella noche, tampoco hubo ninguna señal desde la casa del doctor Osgood.

Ritt agarró la botella y llenó el vaso de Bray.

—Supongo que echará de menos a su amigo —dijo.

—Era un buen chico… Bueno, ya tenía casi sesenta años, pero aún se mantenía firme… —¿Cree de veras que está muerto?

Bray hizo una mueca.

—A veces, los hombres tienen arranques impensables. Uno no acaba de conocer jamás a sus semejantes —respondió.

—Es decir, usted cree que desapareció.

—Tal vez, pero ¿adónde diablos iba a marcharse? Joe era un hombre que vivía de su trabajo; no tenía apenas dinero… Como yo, era un pobretón, un muerto de hambre… Si tuviera dinero, el diablo iba a enterrar los muertos de Bushwell.

Ritt decidió agarrar la ocasión por los pelos.

—¿Qué haría usted, si tuviese dinero, George?

—Bien, hace tiempo que le tengo echado el ojo a un local que hay a la salida de la ciudad. Es un buen sitio y podría montar un puesto de hamburguesas y perros calientes. Por la mañana, hay mucha circulación y la gente compraría al irse al trabajo… Vendería los bocadillos bien envueltos… Aparte de los que pudiera despachar durante el día, claro.

—¿Se necesita mucho dinero para conseguir ese local?

—Oh, no mucho. Unos quinientos dólares para reparaciones, pintura y demás, otro tanto para el material de cocina; los permisos y el abogado me costarían cien a lo sumo… y luego ocho o novecientos más, para aguantar el alquiler de los tres primeros meses, hasta que el asunto empezara a rendir.

—¿Se le ha ocurrido pedir un préstamo al Banco, George?

—Se rieron de mí cuando fui a exponerles mi caso. El director es un buitre asqueroso, un hijo de mala madre… De no haber sido por la muerte del pobre Vince Payton, yo me habría emborrachado el día del atraco, créame.

Ritt ocultó una sonrisa.

—George, ¿qué diría usted si yo decidiera prestarle ese dinero?

Bray miró fijamente a su interlocutor.

—¿Dos mil dólares?

—SI, y un poco más también, si lo cree necesario. Pongamos dos mil quinientos dólares.

—Pero usted no me conoce, no sabe si el negocio funcionará —alegó el hombre.

—Correré el riesgo. Es más, le daré un año de plazo para que me devuelva el préstamo, sin intereses.

El sepulturero calló un momento. Luego, sonriendo, dijo:

—Señor Ritt, la experiencia me dice que hoy día, nadie da nada por nada. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Abrir una tumba sin permiso, George.

Ritt decidió que ya no valía la pena emplear más subterfugios. Lo mejor era ir directamente al grano.

—Si nos atrapan, puede costamos caro.

—Yo respondería de todo. Y si le expulsan del empleo, a fin de cuentas, tendría su cafetería. Habría tal vez un proceso… pero no es un delito por el que se vaya a la cárcel, sobre todo, si no se causan daños o se ofende a la persona muerta. Sería preciso depositar una fianza y yo correría con todos los gastos. ¿Qué le parece, George?

Bray volvió a considerar la oferta.

—¿Dos mil quinientos?

—Los llevaré al cementerio y los pondré en sus manos antes de empezar el trabajo. —¿Cuándo?

—No podemos hacerlo de día. George y, por otra parte, a mí me es imposible acudir hasta la una de la madrugada, por lo menos.

—¿Esta noche?

Ritt vaciló.

—No. Prefiero esperar a mañana. En realidad, ya será pasado mañana —sonrió.

—De acuerdo. Por cierto, ¿hace mucho tiempo que murió esa persona?

—Menos de una semana. George.

—Espéreme mañana… perdón, pasado mañana, a la una en punto, cerca de mi casa. —No sé dónde vive usted. George.

—Calle Veintidós, seiscientos cuarenta y nueve.

Ritt se puso en pie.

—Pasado mañana, a la una de la madrugada —se despidió.

CAPÍTULO XVI

LLEGABA a su casa, cuando vio a Petra a lo lejos, que corría hacia él. La muchacha parecía terriblemente agitada.

—Tienes que acompañarme, Alex —gritó ella antes de alcanzarlo.

—¿Qué sucede, encanto?

—Han detenido a un tal Alfred Ewell. Está en la cárcel. Vamos a ver si nos permiten hablar con él.

—No le conozco… ¿Qué ha hecho, Petra?

—Es uno de los atracadores del Trust.

—El banco que asaltó Dick Payton…

—El mismo. ¿Vienes?

—¿Nos permitirán hablar con él?

—Chuck Miller ha hablado con el jefe Kirr. Todo está arreglado, Alex, no te preocupes.

—Muy bien, vamos allá. Yo también tengo una noticia para ti.

—¿Si?

—Pasado mañana, a la una de la madrugada, abriremos la tumba de Fanny Sel Kirr.

Petra sintió un escalofrío.

—Confío en que no nos pase nada —murmuró—. Has podido «convencer» a Bray, por lo que veo.

—En efecto, así es.

Ella no se atrevió a pedir más detalles de lo ocurrido entre Ritt y el sepulturero. «Estamos jugando con fuego», pensó. Pero por nada del mundo se habría echado atrás.

Alfred Ewell resultó ser un chico desmañado, con barba rala y ojos saltones. Pero en aquellos ojos había una chispa de maldad que no se podía disimular con ninguna expresión.

—De modo que quieren saber lo que pasó el día del atraco —dijo, después de que Petra hubiera expuesto los motivos de su visita.

—Más bien lo que sucedió después —puntualizó Ritt.

—Aguarda un momento, Alex, por favor —pidió la muchacha.

Abrió el bolso y extrajo una fotografía, que puso delante de los ojos del preso.

—¿Iba este chico con vosotros? —preguntó.

Ewell hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí, era él. Pero se llevó casi toda la pasta… Maldita sea, nunca debimos dejarle entrar en la banda…

—¿Por qué, Alfred?

—A todos nos parecía que no era una persona normal. Hablaba muy poco y casi siempre permanecía silencioso, salvo cuando decíamos algo que no le gustaba.

Entonces, amenazaba con barrernos a todos con su ametralladora… Que es lo que hizo, a fin de cuentas, cuando íbamos a repartir el botín.

Petra lanzó una exclamación de asombro.

—¿Quieres decir que mató a los otros?

—Sí, así como suena. Menos mal que yo me olí lo que iba a pasar y pude escaparme por los pelos…

—A ver, cuente lo que pasó —indicó Ritt.

—Bueno, después de dar el golpe, salimos pitando. Ese fulano señalaba el camino y nos llevó a una vieja cabaña de tablas, abandonada, casi en medio de la ciénaga. Él conocía muy bien la ruta, a lo que parece. Hablamos llevado unas botellas y lo celebramos a modo… Luego empezamos a hablar del reparto. Él dijo que se quedaría con doscientos de los grandes. Eso no nos pareció bien; el acuerdo era reparto equitativo… Discutimos un poco y… no sé por qué, me di cuenta de que empezaba a perder la cabeza. Yo tenía una pistola, pero con aquel tipo no me sentía tranquilo, así que decidí salir un poco a ver si se le pasaba… Y no había dado media docena de pasos cuando oí el tableteo de la máquina… Me tiré al otro lado de unos arbustos y allí permanecí un buen rato escondido. Luego, él salió y arrojó los cuerpos de los otros dos a la ciénaga. Agarró la bolsa con la pasta y se largó.

Ewell hizo una pausa para tomar aliento.

—Lo curioso del caso es que sólo se llevó los doscientos mil que había mencionado. Pudo llevarse todo y dejó cien mil… Naturalmente, no iba a desaprovechar la ocasión…

—¿Ya no volvió a ver más a Payton?

—No, ni ganas. Ese tío parecía de hielo, como si no tuviese sangre en las venas… En una ocasión, dijo que no le importaba morir, que ya había muerto una vez… Claro que no le hicimos caso; pensábamos que se trataba de una broma. El que muere una vez, muere para siempre.

—¿Sabe adónde se marchó después?

—Bien, yo le vi tomar una dirección… Me dije: «Ese loco vuelve al pueblo…», pero no era así. Le vi que subía por una loma hacia una casa que había a un par de kilómetros del pantano… Eso es todo lo que sé de Smith.

—Ha dicho Smith —exclamó Ritt.

—Bueno, cuando nos conocimos en Great Falls, él dijo que se llamaba Bill Smith… ¿Qué más daba un nombre que otro? El caso es que dijo saber el momento más apropiado para «limpiar» el Banco… y fue verdad, sólo que no nos esperábamos lo que hizo después… La cosa salía bien, no había por qué acribillar a aquel pobre viejo… Smith no estaba bien de la cabeza, créame…

—Gracias por todo. Alfred —dijo la muchacha—. De modo que usted está absolutamente seguro que Bill Smith es el mismo que aparece en esta fotografía.

—Sí, señorita; puedo jurarlo en cualquier parte —respondió Ewell firmemente.

Petra hizo un gesto a Ritt y los dos abandonaron la cárcel. En la calle, cambiaron

una mirada.

—Se fue con el botín, de doscientos mil dólares, a la casa de Osgood. ¿Te fijas en la coincidencia de las cifras?

Ritt hizo un gesto de asentimiento.

—¿Le dio instrucciones Osgood para realizar el atraco?

—No creo que nos lo diga. Negaría todo… incluso cuando vaya el jefe Kirr a preguntarle si Dick fue a su casa después del atraco, que es lo que hará, me imagino.

—Osgood lo negará y no hay forma de probarlo. Kirr no puede pedir una orden judicial para registrar la casa del doctor, porque no tiene la menor prueba que avale un mínimo de sospechas. Habrá que esperar a mejor ocasión, Petra.

—¿Por ejemplo…?

—Pasado mañana, después de que hayamos abierto la tumba de Fanny SelKirr. Entonces… quizá podamos hacer algo. Pero antes me gustaría conocer el nombre de la mujer que Osgood tiene encerrada en su casa.

—Suponiendo que la señora Osgood pueda identificarla.

—Confiemos en que sepa reconocerla. Mientras tanto, no nos queda otro remedio que esperar, Petra.

—Sí, es preciso ser pacientes —convino ella.

Consultó el reloj. Eran poco más de las diez de la noche y pensó que debería subir al ático, para ver sí Wilma le hacía señales convenidas. Esperaría hasta las doce y luego iría a reunirse con Bray.

«Meph» dormitaba a sus pies y, de pronto, se puso en pie y caminó perezosamente hacia la puerta del salón. Segundos después, Ritt oyó el toque de unos nudillos en la madera.

Al abrir, vio a Petra en el umbral.

—«Meph» te ha presentido antes que llamaras —sonrió.

—Es un encanto —repuso ella, acariciando la cabeza del can—. Alex, dispénsame, pero me sentía un poco nerviosa y no podía esperar, mano sobre mano…

—Yo pensaba estar en casa hasta las doce. Quiero ver si Wilma me hace las señales.

—Podemos esperar juntos, ¿no te parece?

—Desde luego. ¿Quieres tomar un poco de café?

—No, no me apetece nada, gracias.

Ritt agarró los prismáticos y una linterna, y emprendió la ascensión al ático. Buscó el lugar apropiado y preparó dos sillas. Luego puso en manos de la muchacha un trozo de papel, un lápiz y la linterna.

—Ya que estás aquí, serás mi ayudante. Yo contaré los destellos y tú anotarás la letra correspondiente. Aunque conozco el Morse, no podría transmitir ni mucho menos recibir, y no digamos la señora Osgood.

—Sí, el sistema de un número a cada letra, según el orden alfabético, puede ser lento, pero también es mucho más seguro.

Ritt asestó los prismáticos. Aunque no había luna, podía ver la negra silueta de la casa de Osgood, recortándose contra el fondo ligeramente más claro del cielo estrellado. Además, había un par de ventanas iluminadas en la planta baja, lo que facilitaba la orientación del aparato óptico.

El tiempo transcurrió lentamente. Dieron las once y no pasó nada.

—Otra noche en vano —suspiró él.

Bruscamente, vio brillar una chispa en la parte alta de la casa de Osgood.

—¡Atención, Petra! Está haciendo la señal. Voy a contar los destellos…

La primera serie constaba de ocho chispazos.

—Corresponde a la H, Alex —informó Petra.

Ritt se notó acometido por un angustioso presentimiento. La siguiente serie de destellos estaba compuesta por cinco destellos.

—Letra E —dijo ella.

Wilma lanzó doce destellos a continuación, correspondientes a la L. después repitió la E y finalizó con catorce chispazos.

—La N, Alex. El total es Helen. ¿Ha enviado más señales?

—No. Creo que supone que yo me imagino el apellido—. Ritt envió los tres chispazos que indicaban la recepción de la señal. Luego, con el rostro en sombras, se volvió hacia la muchacha.

—Helen Ashley está allí —dijo.

—¿Por qué? ¿Cómo se la llevó? ¿Qué es lo que pretende? —preguntó ella, terriblemente excitada.

—No lo sé, pero yo voy a ir ahora mismo…

Petra alargó la mano y le retuvo por un brazo.

—No pierdas los nervios, Alex —aconsejó, mirándole de frente a la cara—. Lo peor que podrías hacer es irrumpir aquella casa como un toro en una cacharrería. Éste es un caso en el que se necesita una buena dosis de astucia y mucha paciencia. Helen está allí, sí, pero ¿sabemos si extrajo el cadáver para realizar algún experimento?

—¿Y si está viva?

—No puede ser, Alex. Usa la cabeza, hombre. Desenterró el cuerpo y se lo llevó a casa.

—Yo creo que está viva, Petra.

—Muy bien, admitámoslo. Pero le oíste decir a él que no harían nada hasta que no pudieran llevarse a la señora SelKirr, y eso tardará todavía una semana, ¿no es cieno?

—Sí, es cierto.

—Esta noche tenemos que hacer otra cosa. Has conseguido persuadir a Bray de que abra la sepultura, pero si no acudiésemos a la cita, él podría enfriarse y rehusar ir otra noche.

—Tienes razón —admitió Ritt, resignado—. Pero mañana…

—Mañana será otro día —sonrió ella—. ¿Tomamos un poco de café?

—Claro.

Bajaron a la cocina. Petra encendió el fuego. Luego puso la cafetera.

—Alex, ¿qué te hace suponer que Helen está viva? —preguntó.

—He recordado parte de la conversación que tuvieron Osgood y el criado. No lo vi claro entonces, pero ahora me doy cuenta de que la referencia a Helen era en los momentos actuales, después de su muerte. Hablaban de la llave y Franz dijo que ella le habría engañado. Osgood le contradijo, asegurando, más o menos esto: «No puede ser. Ella tiene que contestar con la verdad». ¿Lo entiendes ahora?

Petra se sintió acometida por un repentino escalofrío.

—Alex…

—Dime, por favor.

—Estoy pensando… —Petra sacudió la cabeza—. No… Es demasiado horrible…

—¿Por qué no lo sueltas de una vez? —pidió él, impaciente.

—¿Y si Helen estuviese en esa situación… como los «zombies», no muerta, pero tampoco viva?

Las manos del joven se crisparon.

—Si es así, si ese miserable ha hecho con esa infeliz mujer alguno de sus infernales experimentos… ¡le mataré con mis propias manos! —exclamó furiosamente.

—Será mejor que contengas tus ímpetus, Alex —recomendó ella—. La violencia no ayudará a Helen para nada, cualquiera que sea el estado en que se encuentre. Y, además, lo que yo he dicho es sólo una simple hipótesis, no la afirmación de un hecho irrefutable.

—Está bien, pero, sea lo que sea, ese despreciable sujeto tiene que pagar lo que ha hecho. Aunque no sea más que por haber «resucitado» a Dick Payton, para que asesinara a su propio padre…

—Ya le llegará su hora, descuida —aseguró Petra.

CAPÍTULO XVII

EL fajo de billetes cambió de dueño. Bray emitió un gruñido de aquiescencia. Inmediatamente, empezó a disponer todo para levantar la losa que cubría la sepultura.

Ritt le ayudó. Era joven y robusto y la tarea adelantó considerablemente.

Había dos linternas en el suelo, con el haz luminoso en dirección opuesta a la ciudad. Petra sostenía una tercera en la mano.

La pesada losa de granito se deslizó a un lado, con la ayuda de la cabria que Bray había montado en pocos minutos. Antes de media hora, el hueco de la sepultura quedaba al descubierto.

—Y ahora, ¿quién…? —dijo Bray, sin completar la frase.

—Yo lo haré, no se preocupe.

Ritt saltó al fondo y alargó una mano.

—Petra, la linterna.

Ella se la entregó. Ritt se inclinó y examinó las presillas que cerraban la tapa. Al cabo de unos momentos, las soltó y levantó la tapa del féretro.

Petra contuvo el aliento. Bray lanzó una exclamación de asombro.

—¡Dios, parece dormida…!

Ritt se inclinó y tocó la mejilla de la muerta. La piel estaba fría, pero le pareció que no era una frialdad cadavérica.

Era como si hubiese conservado un mínimo rastro de calor vital.

El rostro de Fanny aparecía muy blanco y lo estimó lógico. Pero tampoco se apreciaban en la epidermis las señales de la inevitable lividez que debería haber aparecido después de una semana. Bray, se dijo, tenía razón; parecía dormida.

Las manos de Fanny estaban cruzadas sobre su pecho. Levantó una y alzó el brazo casi completamente, apreciando así la flexibilidad del miembro.

—No sé qué hacer —dijo al cabo—. Oficialmente, está muerta… pero presiento que no lo está.

—¿Quiere decir que la enterramos viva? —se asombró el sepulturero.

—No estoy seguro. George. Pero creo que deberíamos avisar al jefe Kirr…

—¡No, por todos los diablos! —barbotó Bray—. Quedamos en que esto se haría en secreto.

—Alex, George tiene razón —intervino la muchacha—. Puede que Fanny no haya muerto, aunque yo creo que sí murió. Pero, sea lo que sea, no podemos delatar nuestra presencia en este lugar.

—Mire, señor Ritt —dijo Bray—, llevo muchos años en el oficio y he visto toda clase de sucesos. Los cuerpos se pudren después de la muerte, pero el proceso de descomposición no afecta a todos de la misma manera. Algunos «aguantan» semanas y hasta meses… y he visto cadáveres, al cabo de los años, que parecían haber muerto la víspera. Ella está muerta, no le demos más vueltas. Yo tengo experiencia… y el doctor Hastings, no digamos. Él no autorizaría el entierro de una persona, sin estar

absolutamente seguro de que ha muerto, ¿comprende?

Las razones de Bray eran incontrovertibles. Ritt se dijo que no podía dejarlas pasar por alto.

De mala gana, sin embargo, bajó la tapa del féretro y dejó la linterna en el suelo. Apoyó ambas manos en el borde de la sepultura y saltó fuera. Luego se limpió las palmas de las manos en los pantalones.

—Bien, ahora dejaremos todo tal como estaba…

¡TOC!

El golpe resonó nítido, seco, no muy fuerte, pero perfectamente audible por las tres personas que estaban allí. Tres rostros se volvieron de inmediato hacia el ataúd.

¡TOC! ¡TOC!

Sonaron dos golpes más. Bray, aterrado, retrocedió, santiguándose precipitadamente.

—¡Dios! ¿Quién golpea el ataúd? —exclamó.

Ritt vaciló un instante. Fue un momento muy breve. Saltó de nuevo al fondo de la sepultura y levantó la tapa del féretro por segunda vez.

Lentamente, Fanny SelKirr se incorporó y quedó sentada en el féretro. Bray se había arrodillado y murmuraba frases sin sentido, con las manos en la cara.

Petra contemplaba la escena sin atreverse a respirar siquiera, convertida en una estatua. Ritt contempló unos instantes a la mujer que acababa de resucitar. Luego, Fanny se puso en pie y extendió los brazos.

—¿Ha llegado ya el momento, doctor? —preguntó.

—Sí, señora SelKirr —contestó el joven.

Fanny abrió los ojos muy despacio. Miró torpemente a su alrededor y luego, de pronto, empezó a caer hacia delante.

Ritt pudo sostenerla a tiempo, con ella en los brazos, miró a la muchacha.

—Tenemos que llevarla a mi casa —dijo.

—Sí, es lo mejor —aprobó Petra.

El doctor Hastings se había puesto la chaqueta y los pantalones encima del pijama, para no perder tiempo. Inclinado sobre la cama, permaneció largo rato reconociendo a la mujer que yacía apaciblemente y cuya respiración se había tornado enteramente regular.

—Esto va a ser mi descrédito profesional —dijo al cabo—. Yo autoricé el entierro de esta mujer, firmé su certificado de defunción, la di oficialmente por muerta… ¡y ahora resulta que está viva!

—No, doctor —contradijo Ritt—. Esto no significa para usted ningún demérito. Alguien simuló la muerte de la señora SelKirr y lo hizo de tal manera, que habría resistido los exámenes de los mejores patólogos Usted no tiene nada que reprocharse, como tampoco es responsable de los casos de Dick Payton y Bert Hartman.

—¿Quiere decir que ellos… también «resucitaron»?

—Sí, aunque luego murieron, ignoro los motivos. Sin embargo, apostaría algo

bueno a que la señora SelKirr es un caso algo diferente.

—¿Por qué?

—No puedo afirmarlo con certeza, doctor —contestó el joven—. Antes de darle una respuesta definitiva, necesito hacer ciertas comprobaciones y ello no podrá ocurrir en todo el día de hoy.

—Bien, pero algo habrá que hacer —dijo Hastings—, Fanny está viva, ha sido extraída de la tumba… y la ley tiene mucho que decir al respecto, señor Ritt.

—Por favor, doctor…

Petra puso una mano en el brazo del galeno.

—Doctor, se lo rogamos. Guarde silencio unas horas. A usted no le va a ocurrir nada si calla; en todo caso, nosotros somos los responsables. Denos veinticuatro horas de tiempo, por favor.

Hastings vaciló.

—Ya fracasé cuando certifiqué la muerte de Fanny. Eso puede pasar como un error profesional. Pero ahora, sabiendo que no está muerta y no informar a la policía…

Ritt levantó las cejas.

—¿No es usted también el forense? —preguntó.

—Sí, pero, por eso mismo…

—Muy bien, doctor. Usted ha venido a mi casa, porque yo tenía un terrible dolor de tripas y pensé que podría tratarse de un ataque de apendicitis. Ha resultado ser un simple cólico y muy pronto estaré bien.

—¿Y ella? —Hastings señaló a la muchacha.

Petra se atusó el pelo con gesto de coquetería.

—Estaba con él —sonrió.

El médico soltó un bufido.

—Estos jóvenes de hoy día…

—En su tiempo, doctor, ¿no pasaban cosas semejantes?

Hastings cerró el maletín de golpe.

—Me voy, antes de que algo me haga cambiar de opinión. Callaré, pero mañana, a estas horas…

—Será suficiente, doctor —aseguró el joven—. ¿Le parece que debemos darle algo cuando despierte?

—Café, caldo, cosas calientes… Vendré a verla a mediodía —se despidió el galeno.

Ritt y la muchacha quedaron junto a la señora SelKirr.

—Vamos a tener que esconderla durante veinticuatro horas —dijo él.

—Sí, pero es preciso resolver todavía un problema. Irás a la casa de Osgood, encontrarás a Helen Ashley y… ¿qué harás después?

—Atraerle a una trampa —contestó el joven.

—¿Qué clase de trampa?

Ritt sonrió.

—Tengo el anzuelo. ¿Te importaría desempeñar el papel de cebo?

—Si no es muy peligroso…

—No. Pero servirá para desenmascarar a Osgood de una forma que no permita lugar a dudas. La trampa que he ideado le derrotará irremisiblemente, porque destrozará totalmente sus defensas.

Pasó a través del hueco entre los barrotes y se acercó sigilosamente a la casa. Al llegar a la misma ventana donde se había apostado noches antes, se detuvo unos momentos para escuchar.

La casa estaba completamente silenciosa. Ritt se disponía ya a subir al primer piso, cuando, de repente, oyó el ruido de la puerta que se abría al otro lado de la ventana.

—Me parece que he fracasado con esa mujer —dijo Osgood.

—¿Lo cree así, doctor?

—Su enfermedad estaba demasiado avanzada, debí dejarla de lado.

—Entonces, no tiene solución —dijo Franz.

—Le quedan muy pocas horas.

Ritt sintió que el corazón le sangraba al oír aquellas palabras. Por un momento, se sintió tentado de irrumpir en la casa y gritar a los dos sujetos lo que sabía y emprendería a golpes con ellos, pero consiguió dominarse. Tenía húmedas las palmas de las manos y se las secó en el pantalón.

De pronto, Osgood lanzó una maldición.

—No sé qué me pasa… Franz, dame un trago, rápido.

—Siéntese, doctor. ¿Se ha mareado?

—Un poco… Debe de ser el exceso de trabajo, Franz.

Ritt oyó el gorgoteo del licor al caer de la botella al vaso.

Luego percibió el ruido de alguien que bebía ansiosamente.

—Franz, acabaremos con Fanny SelKirr y levantaremos el campo —dijo poco después.

—Es lo mejor —convino el criado—. Pero tendrá que resolver el problema de su esposa.

—Eso está resuelto ya. Cuando hayamos terminado con la señora SelKirr, una de las píldoras que se toma tendrá cianuro. Bueno, Franz, hoy estoy muy cansado… Necesito dormir…

—Sí, le conviene, doctor.

Volvió el silencio. Ritt aguardó todavía un buen rato.

Había una gran enredadera, que llegaba hasta el borde del tejado, pero, aunque robusto, no era un acróbata y tenía, en cambio, una ventana al alcance de la mano. Terminó de alzar el bastidor y se coló dentro de la casa. Con gran cuidado, procurando no tropezar en los muebles, atravesó la estancia y se asomó al vestíbulo.

Reinaba un silencio extraño, denso, opresivo. Ritt se preguntó cómo era posible

que una mujer de la clase de Wilma hubiera podido residir tanto tiempo en aquel ambiente que no tenía nada de agradable. Posiblemente, había llegado a creer a su esposo, cuando la engañó con la supuesta enfermedad que padecía y que sólo él podía curar. Y tal vez le temía…

Dejó de lado aquellos pensamientos y ascendió al primer piso. Los Osgood dormían en habitaciones separadas. ¿Qué le había pasado al doctor, para resultar insensible a los encantos de su mujer?

«Ella haría reaccionar a una estatua de mármol», pensó. Pero Osgood parecía indiferente a los estímulos sexuales.

Quizá había hecho experimentos consigo mismo, se dijo. Llegó ante la puerta del dormitorio de Wilma y movió el picaporte con gran suavidad.

Lentamente, cruzó la puerta y se acercó al lecho. Wilma dormía con toda tranquilidad.

Ritt puso una mano sobre su boca.

Ella se agitó.

—No grites. Soy Alex.

Las pupilas de Wilma se dilataron en la oscuridad. El joven sonrió.

—Me has reconocido —añadió.

Wilma se sentó de golpe en la cama.

—Pensaba que no ibas a venir —murmuró.

—No me ha sido posible —se disculpó él—. Identificaste a la mujer.

—Sí, es Helen Ashley.

—¿La conocías?

—Estuvo aquí varias veces, siempre para consultar a mi marido. Es muy bonita. Creo que Edgar mariposeaba a su alrededor.

—¿Y no consiguió nada?

—El marido le dio una paliza. Al señor Ashley no le gustaban ciertas atenciones del mío a su esposa.

—No se suicidaría por eso, supongo.

Wilma guardó silencio. Ritt empezó a pensar que la muerte de Ashley no había sido el suicidio que todos habían llegado a creer.

—Wilma —continuó él—, ¿puedes guiarme a la habitación dónde está Helen?

—Sí, pero ¿qué piensas hacer con ella?

—Voy a sacarla de esta casa —respondió Ritt firmemente.

Wilma le miró un instante y comprendió que nada haría variar la decisión del joven. —Sí, es lo mejor —dijo al cabo—. Espera un momento.

Apartó a un lado las ropas de la cama, metió los pies en unas zapatillas y se puso la bata.

—Alex…

—¿Si?

—Es una lástima que esta noche…

—Me gustaría, pero no puede ser. Más adelante, ¿comprendes?

—Descuida.

—Una pregunta, Wilma, por favor. No te enfades, pero… dime, si tu esposo no te hace caso, ¿no has pensado alguna vez en Franz?

Ella contestó con una risita irónica. Ritt se dijo que había hecho una pregunta estúpida. —Vamos —dijo Wilma.

Salieron al corredor y descendieron a la planta baja. Wilma abrió una puerta situada bajo la escalera.

—La tenía cerrada con llave, pero yo estropeé la cerradura. Como ya sabe que nunca entro aquí, no se ha molestado en arreglarla —explicó.

Cruzaron el umbral. Wilma cerró la puerta y encendió la luz.

Helen estaba, allí. Ritt la vio y sintió una dolorosa punzada en el pecho al apreciar su absoluta inmovilidad.

Lentamente, avanzó hacia el lecho y rozó con la mano una de las mejillas de Helen.

Había cierto calor en la piel, pero había en el rostro de la joven ciertos síntomas de demacración que le hicieron sentirse terriblemente pesimista. No; los procedimientos de Osgood habían fallado con Helen. Posiblemente, la persona que más merecía vivir, se dijo.

Pero aunque viviera sólo unas pocas horas, no debía permanecer en aquella casa un minuto más.

Bruscamente, se volvió hacia la otra mujer.

—Me la llevo, Wilma.

—No te lo impediré, ciertamente, Alex.

—Gracias. Escucha, voy a pedirte un favor.

—¿Sí?

—Tu esposo se enterará de la ausencia de Helen.

—No le sentará bien, por supuesto —sonrió ella.

—Es lo que espero —afirmó Ritt—. ¿Puedo confiar en ti para que le digas una cosa?

—Creo que podré hacerlo. Habla.

—Dile que la viste despertar y marcharse. Pero no estabas muy segura, porque creías haberlo soñado. Has pasado mala noche, te molestaba el estómago y quizá eso te hizo padecer una pesadilla. Luego resultará que es cierto y que lo que creías una pesadilla resultó la realidad. ¿Me entiendes?

—Perfectamente —repuso Wilma.

—A cambio de ese favor, yo te haré otro. No tomes ninguna píldora, ninguna medicina de las que te prepara tu esposo.

—Hace tiempo que no lo hago…

—Tengo la impresión de que él es muy persuasivo, cuando le conviene. Podría convencerte… y esta noche le oí hablar con Franz. Tu marido dijo que una de las

píldoras que te administra, contendría cianuro.

Ella se puso rígida.

—¿Has dicho cianuro?

—¿Quieres que te lo jure?

—No. Ese bastardo es muy capaz… ¿Qué dijo Franz?

—Se mostró conforme con la idea.

El hermoso rostro de Wilma se deformó un instante a impulsos de la rabia que sentía. Al cabo de unos momentos, consiguió sobreponerse y señaló el lecho.

—Anda, llévatela —dijo.

Ritt se acercó a la cama y levantó a Helen en brazos.

—Wilma…

—No digas nada más. Yo callaré, te lo aseguro.

—Gracias.

—Únicamente diré… lo de la pesadilla.

—Es suficiente.

Ritt se encaminó hacia la puerta. Antes de salir volvió los ojos hacia Wilma.

Ella sonrió.

—Debí haberte conocido mucho antes, Alex.

—No pudo ser, Wilma —se despidió el joven.

CAPÍTULO XVIII

«MEPH» se acercó a la cama y puso las patas en el borde. Luego emitió un leve gemido. Petra contemplaba en silencio a la hermosa joven que parecía dormir apaciblemente. El perro se separó de la cama y se tendió en el suelo, con un aire de tristeza que impresionó profundamente a los dos jóvenes.

—Alex, ¿es cierto que no tiene salvación? —preguntó la muchacha.

—Eso es lo que dijo Osgood —contestó él.

—Puede equivocarse… No es hombre digno de confianza.

—Hablaba con su cómplice. No tenía por qué mentir. Además, lo que dijo es enteramente lógico.

—La enfermedad había hecho demasiados progresos.

—Exactamente. No es el caso de Fanny SelKirr. Estaba perfectamente y falleció de un ataque al corazón.

—Como todos, Alex.

—Sí, pero Helen era la única que estaba realmente enferma. Los demás…

—¿Por qué simuló su muerte? ¿Sólo por dinero?

—¿Puedes darme otro motivo mejor?

—A Fanny no tenía por qué decirle que la resucitaría…

—Hay doscientos mil dólares en el Banco. Esto, por un lado; por otro, creo que cuando Fanny esté completamente restablecida, nos dirá por qué simuló su muerte.

—Quizá él la engañó, diciéndole que, pese a su apariencia, tenía el corazón hecho un cacharro viejo y que luego la resucitaría… y que la sanaría y recobraría la salud por completo…

—Es muy posible, Petra, ¿estás dispuesta?

—Sí, Alex —contestó ella.

—Tu cabello es algo distinto…

—He comprado una peluca.

—Es una buena idea.

De pronto, «Meph» alzó la cabeza. Ritt y Petra se volvieron hacia la cama.

Helen acababa de abrir los ojos. Vio al joven y sonrió levemente.

—Alex…

Ritt se arrodilló a su lado y asió una de sus manos con las suyas.

—Alex, voy a morir —dijo ella con voz que apenas se podía percibir.

—No, no morirás. Pronto estarás completamente bien…

—Estoy condenada… Alex, recibiste mi carta…

—Sí, pero… no entiendo…

—Él mató a mi esposo… Quería nuestro dinero, pero yo conseguí esconderlo… Hay una llave en un libro…

—La he encontrado, Helen.

Ella sonrió.

—Ese dinero… es tuyo… Yo le hice creer a Osgood que mi esposo no había dejado nada… Mi marido financió un tiempo sus trabajos y luego se cansó… Disputaron… Por eso aparentaba yo haber quedado en la pobreza…

—Sí, pero ¿por qué me elegiste a mí, precisamente? Helen parecía muy cansada. Calló unos momentos y luego volvió a hablar.

—Dicen… que los que van a morir adquieren una especie de clarividencia, que les permite ver el futuro… Yo presentía que tú… vencerías a ese hombre diabólico… Es mi recompensa…

La voz de Helen se apagó y sus ojos se cerraron. Por un momento, Ritt creyó que la vida había abandonado a aquella hermosa mujer.

Ella sonrió dulcemente.

—Estoy cansada… voy a dormir… —murmuró.

Petra hacía vivos esfuerzos para contener las lágrimas. Ritt permaneció en la misma postura durante largo rato.

Bruscamente, «Meph» alzó la cabeza y emitió un lastimero aullido. Ritt se enderezó un poco y puso una mano en el pecho de Helen.

—Ha encontrado la paz —dijo.

—Nos vamos a ver metidos en un buen lío —dijo Petra más tarde, mientras llenaba las tazas de café.

—No me importa en absoluto —contestó él ceñudamente—. Lo siento por ti, claro, por los contratiempos que puedas sufrir. Pero declararé en todo momento que no has tenido nada que ver con lo ocurrido. A fin de cuentas, eres periodista y querías conseguir una buena historia.

—Sin embargo, nadie se creerá que Dick y Hartman, por ejemplo, volvieron a vivir después de muertos.

—El doctor Hastings no está tan convencido de que no haya sido así, después de haber visto a Fanny SelKirr. Pero, en resumen, eso es lo de menos. Lo que importa es desenmascarar a Osgood.

—¿Crees que la trampa dará resultado, Alex?

—No puede fallar. También él es un ser humano. No es perfecto, está sujeto a flaquezas y debilidades… y su mente puede jugarle una mala pasada, que es lo que pretendo conseguir.

—Esperemos que resulte como dices —suspiró ella—. Y tiene que ser hoy. Hastings no quiere esperar un minuto más y, para ser sincera, estoy de acuerdo con él.

—Todo quedará resuelto a la noche…, con tu ayuda, naturalmente. Te harás famosa, Petra.

—No estoy tan segura de desear la fama, a cambio de ciertos experimentos —dijo ella, aprensiva—. Preferiría conseguirla por métodos digamos más tradicionales.

—Sucesos como éste, la historia de los muertos que no morían, no ocurren a diario —alegó él—. Tienes que aprovechar tu oportunidad y, de paso, colaborar en el castigo de un criminal.

—Bien, parece que no hay otra solución. La única duda es… ¿Acudirá a la trampa?

—Puedes estar seguro de ello. Está buscando doscientos mil dólares, Petra.

—Doscientos mil de Dick Payton, otros tantos de los Hartman; esperaba sumas análogas de Helen y Fanny… ¿Por qué? ¿Para qué?

—A la noche nos lo explicará —respondió Ritt.

—Alex, ¿te has fijado en un detalle? Al menos en dos casos, creo que lo consiguió.

—¿Qué casos?

—Dick Payton y Hartman. Murieron realmente, no sabemos si por causas naturales o se trató de muertes provocadas. Pero estaban muertos, de eso no hay duda alguna. Yo vi a Dick y, aunque no tengo la experiencia de Bray, estoy dispuesta a jurar que aquel pobre chico había muerto semanas antes. Era un cadáver viviente el que vi salir de la espesura y desplomarse en el centro de la carretera, Alex. En cuanto a Hartman, recuerda: encontraron su cuerpo entre los restos del coche, pero todos coincidían en que tenía el aspecto de una persona que había muerto tres semanas antes.

—Eso es cierto —admitió él—. ¿Adónde quieres ir a parar, Petra?

—A lo más estremecedor, a lo que es tan horripilante, que casi no me atrevo a decirlo… En el caso de Hartman, puede decirse que su mujer colaboró en el engaño, ya que, a fin de cuentas, se encargó de conseguir el dinero de la póliza de seguros. Pagaron a Osgood… pero el caso de Dick es más espantoso, casi increíble. Dick murió, resucitó y luego ejecutó un atraco, siguiendo instrucciones de Osgood. Recuerda lo que nos contó el prisionero; Dick parecía un cadáver…

—Podía ordenar a los muertos que actuasen a su capricho —murmuró Ritt.

—Exactamente es eso lo que pienso, Alex —corroboró la muchacha.

Ritt sacudió la cabeza.

—Esta noche quedará aclarado el enigma —afirmó.

Con el rabillo del ojo, Wilma contempló las idas y venidas de los dos hombres por la casa. Aparentemente indiferentes, sentía, sin embargo, una profunda satisfacción al observar el desconcierto de su esposo y el criado.

Al cabo de un rato, se atrevió a formular una pregunta:

—¿Sucede algo, querido?

Osgood había entrado en el salón para servirse una copa y se volvió hacia ella.

—No es nada que te interese —respondió secamente.

—Dispensa, no quería molestarte. Sólo deseaba serte de cierta utilidad, pero ya veo que no me necesitas.

Osgood frunció el ceño.

—Wilma, tú sabes que yo tenía una paciente en la casa —dijo.

—Sí, pero no he podido verla. No tengo la menor idea de su identidad —contestó ella calmosamente.

—La identidad no importa mucho ahora. El caso es que se ha escapado.

Wilma alzó las cejas, en un bien cuidado gesto de fingido asombro.

—¡Se ha escapado! Pero, eso es imposible… ¿No la tenías cerradas con llave?

—La cerradura se estropeó. Pensé que ella no estaría en condiciones de moverse, pero, por lo visto, me equivoqué.

—Edgar, ¿a qué hora se marchó esa joven?

—¡Yo qué sé! Vine esta mañana y ya había desaparecido…

—¿Pudo marcharse por la noche?

—Sí, seguro.

Ella movió la mano un poco, como si quisiera reflexionar.

—Espera… Ahora que lo dices. Cuando desperté esta mañana, creí que habría sido una pesadilla…

Osgood avanzó unos pasos.

—¿La viste?

—Bueno, ya te digo que pensaba sería una pesadilla… Yo he dormido profundamente esta noche, pero tengo una vaga idea de que me levanté para beber un poco de agua. Entonces creí ver una sombra blanca que se alejaba hacia la salida del jardín… Creo que se fue hacia Bushwell… Oh, cuánto lo siento, cariño; si no hubieras dicho tú nada, habría seguido creyendo que se trataba de un sueño…

Osgood contuvo una maldición.

—Está bien —dijo—. Gracias, Wilma; en todo caso, la culpa es mía.

—Lo siento, querido, créeme que lo siento…

Osgood vaciló de pronto y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla, cerró los ojos y se pasó una mano por la frente.

—¿Te ocurre algo, Edgar? —preguntó ella, levantándose de un salto.

—No… no es nada… Me siento un poco mareado. Exceso de trabajo, ¿comprendes?

—Debieras tomarte una temporada de descanso —aconsejó ella—. Espera, te serviré una copa; eso te entonará.

Osgood pareció sentirse mejor después de un par de buenos tragos. Wilma frunció el ceño. Su esposo estaba terriblemente pálido. «Tiene cara de muerto», pensó.

—¿Qué harás con la paciente que se te escapó? —preguntó ella, pasados unos minutos.

—No te preocupes, sé dónde encontrarla —respondió Osgood.

Wilma se quedó sola en la estancia. Al cabo de un rato, se levantó y fue a la cocina. Había al fondo una puerta, la abrió y penetró en un cuartito trastero; que se hallaba prácticamente vacío.

Cerca de la puerta había una trampilla cuadrada, de un metro de lado, aproximadamente, Wilma se arrodilló, asió la anilla y alzó el cuadrado de madera. Un olor poco agradable hirió de inmediato su nariz.

Sonrió sibilinamente. Volvió a cerrar y luego buscó una cuerda, uno de cuyos

extremos quedó sujeto a la anilla. Al terminar, salió del cubículo y volvió al salón.

—Me marcho —dijo Osgood—. Volveré lo antes que pueda, Franz. —Sí, señor.

—Después de que haya terminado con ella, nos largaremos. No quiero esperar más, ¿comprendes?

—Hace bien, señor; ya es hora de alzar el vuelo.

Osgood se encaminó hacia la puerta. Antes de abrir, se volvió hacia el criado.

—Ah, tenlo todo preparado para mi regreso.

—Sí, pero ¿qué será de la señora SelKirr?

—¡Al infierno con la señora SelKirr! —contestó Osgood brutalmente.

Franz permaneció unos momentos en el mismo sitio, hasta que vio desaparecer en lontananza las luces rojas de cola del automóvil. Todavía estaba en el umbral, cuando oyó a sus espaldas la voz de Wilma.

—Parece ser que esta noche se acaba la fiesta, ¿eh?

Franz se volvió lentamente.

—Podría empezar —contestó.

—¿Si?

—Una fiesta para dos… muy, muy larga.

—¿De veras, Franz?

El criado se acercó a Wilma y la abrazó apasionadamente. Una de sus manos recorrió codiciosamente los redondos senos.

—Ahora, no, Franz —le rechazó Wilma.

—Él no está…

—Razón de más para empezar la fiesta.

—Si me dices que no, no habrá empezado…

—En otro lugar, muy lejos de aquí, Franz.

—Creo que te entiendo. Sugieres que nos larguemos ahora mismo.

—Me asombra tu capacidad de comprensión —rió ella—. Pero no podemos marchamos con los bolsillos vacíos.

—Ése es un problema que tiene fácil solución, encanto.

—¿De veras? En los últimos tiempos, no he visto un solo centavo…

Franz sacó algo del bobillo y lo enseñó con gesto orgulloso.

—Tengo la llave del tesoro —dijo.

—Una noticia interesante —calificó ella—. Cuando lo sepa, se pondrá hecho una furia…

—No le durará mucho, puedes estar tranquila.

—La rabieta no se le pasará tan fácil, Franz.

—Te digo que sí. Tengo motivos para saberlo. ¿Quieres conocerlos?

—Si no tienes inconveniente…

Franz se lo explicó sucintamente. Al terminar, Wilma le miró con ojos de terror.

—No puede ser…

—Es cierto —dijo él, muy serio.

Wilma se mordió los labios.

—Entonces, por eso no… Bueno, yo no le atraía ya…

—Es lógico. En su estado, hay cosas que le resultan no indiferentes, sino superfluas. Bien, no sigamos. ¿Empezamos la fiesta?

—Prepáralo todo. Te avisaré cuando esté lista.

Franz volvió a besarla y se marchó hacia el gabinete particular de Osgood. Wilma le contempló malignamente unos segundos y luego tomó una dirección casi opuesta.

Un cuarto de hora más tarde, Franz lanzó un grito:

—¡Wilma, todo a punto!

—Estoy aquí, Franz; ven un momento, por favor.

Franz se dirigió hacia la cocina, extrañado de que Wilma estuviese allí. Al pasar junto a una mesa, dejó encima la pesada bolsa de lona que llevaba consigo.

—¿Qué diablos pasa, Wilma?

—Estaba buscando mi maletín y se me cayó un pendiente. No puedo encontrarlo…

Franz emitió un gruñido de enojo.

—Un pendiente, ahora…

—¡Caramba, es muy valioso! —se lamentó ella.

—Está bien, vamos a ver si encontramos ese maldito pendiente.

Franz empujó la puerta entreabierta del cuartito y avanzó resueltamente. Cuando ya tenía el pie derecho en el aire, el suelo se alzó bruscamente delante de él.

Un horrible grito brotó de sus labios al sentir que le faltaba apoyo en los pies. Extendió las manos instintivamente, pero apenas si pudo rozar el borde opuesto con las yemas de los dedos y la caída se produjo inexorablemente.

Wilma lanzó una diabólica carcajada.

—Píldora de cianuro, ¿eh?

Desde el lugar en que se encontraba, podía ver la bolsa repleta de billetes de banco. Soltó la cuerda y la trampilla se cerró de golpe.

Tenía las manos húmedas, debido a la tensión del momento, y las pasó por las caderas. Luego avanzó resueltamente hacia la cocina.

La escotilla estaba justamente en su camino. Wilma no se había preocupado de examinar las maderas. Eran muy viejas y ya no pudieron soportar más peso.

El estallido de las maderas al quebrarse se mezcló con el chillido de espanto que profirió al darse cuenta de que iba a seguir la aterradora suerte del criado.

CAPÍTULO XIX

«MEPH» se irguió bruscamente y emitió un amenazador gruñido. Ritt lo sujetó por el collar.

La puerta de la casa se abrió con violencia. El rostro enrojecido por la ira del jefe Kirr apareció en el umbral.

—Señor Ritt, el doctor Hastings me ha informado de lo que sucede en esta casa. Ahora mismo me va a acompañar a mi oficina…

—Jefe, lo siento, pero no pienso obedecerle —contestó el joven sin inmutarse. —¡Represento a la ley! —aulló Kirr.

—Lo sé. Por eso está aquí, pero si insiste en actuar de una forma digamos convencional, podría estropearlo todo. Es preciso capturar al autor de estos horribles sucesos, de modo que no haya lugar alguno para la duda. Por favor, jefe…

—Señor Ritt, no tiene usted que indicarme cómo debo actuar. Llevo demasiados años en el cargo para que un jovenzuelo imberbe venga a darme lecciones. No me dé excusas que no pienso aceptar; véngase conmigo por las buenas o me lo llevaré por la fuerza.

Ritt sonrió ligeramente.

—Jefe, no me obligue a que suelte el perro —dijo.

Kirr fijó la mirada en el can y se sobresaltó.

—Oiga, no hablará en serio…

—Por favor, suba al primer piso. «Meph» no le hará nada, mientras yo no lo desee. Hubo una corta pausa. El policía miraba alternativamente al perro y a su amo. Al fin, se mordió los labios y dijo:

—Está bien, le concedo el beneficio de la duda, pero habrá de hacer algo que me deje satisfecho. De lo contrario, le meteré en una celda de mi cárcel y tiraré la llave al río.

—Le aseguro que lo único que quiero es ayudar a la ley. Suba, por favor.

Kirr echó a andar hacia la escalera, seguido del joven y del perro. Momentos después, Ritt le indicaba que abriese una puerta.

El policía obedeció. Al fondo, sentada en una cama, había una mujer que le saludó alegremente.

—¡Hola, Nanson!

La mandíbula inferior de Kirr se aflojó bruscamente.

—¡Dios mío! ¡Es Fanny SelKirr!

—La misma, jefe —contestó ella—. Y muy contenta de verme con vida nuevamente. Creo que morí, pero he resucitado… No sabe lo bien que se siente uno después de pasar una semana dentro de un ataúd. Es algo que no se puede explicar con palabras, créame.

El policía se sentía completamente aturdido, incapaz de coordinar sus ideas. En un lado de la estancia, sentado en una silla, con la cabeza en las manos, estaba

Hastings.

—Doctor…

El médico se irguió ligeramente.

—Hola, Nanson —dijo, con acento lastimero—. ¿Ha visto?

—Sí, pero no entiendo nada en absoluto. ¿Es que no hay nadie que acabe de aclarar lo que pasa aquí?

—Calma, jefe, por favor —rogó el joven—. Es preciso tener un poco de paciencia todavía. El doctor Hastings se siente herido, porque cree haber cometido graves errores profesionales. En realidad, no tiene por qué hacerse ningún reproche: el médico más experto habría creído lo mismo que él creyó, lo mismo que creyeron otros muchos. Pero antes de que acabe la noche, llegará la solución para estos enigmas.

—Fanny, ¿por qué estás aquí? —preguntó Kirr.

—Me trajeron a esta casa desde el cementerio —respondió la aludida—. Nunca agradeceré bastante a este muchacho lo que hizo por mí. Ahora me doy cuenta de que cometí una terrible equivocación.

—¿Equivocación? —repitió el policía como un eco.

—Hubo una temporada que me sentí un poco mal. El doctor Hastings dijo que era debido a un exceso de peso. Luego vino Osgood, me dijo que padecía del corazón y que lo mío no tenía remedio. Sin embargo, conocía el procedimiento para volverme a la vida… pero antes era indispensable que muriese.

—¡Absurdo! Fanny, ¿cómo pudo creer semejante disparate?

La señora SelKirr enrojeció.

—Cuando una se ve abocada a la muerte, es capaz de creer cualquier cosa. Osgood, por otra parte, era tan persuasivo…

Kirr se volvió hacia el joven.

—¿Hay algo más? —preguntó.

Ritt hizo un gesto afirmativo.

—Hay más todavía, en efecto. Venga conmigo, se lo ruego.

Desde la puerta, Ritt se volvió hacia el galeno.

—Doctor, no hagan ruido, por lo que más quieran. Lo mismo le digo a usted, señora SelKirr.

—Descuide, buen mozo —contestó Fanny desenvueltamente.

Ritt condujo al joven a otra habitación. El policía se estremeció al ver una forma blanca, tendida sobre el lecho, con las manos cruzadas sobre el seno y los ojos cerrados.

—Dios… Es Helen Ashley. Pero la enterramos… ¿Cómo ha venido a parar aquí? —exclamó Kirr—. ¿Es que ha desenterrado usted a la mitad de los habitantes del cementerio? Le aseguro que voy a hacerle pagar caro estos ultrajes…

—Calma, jefe —rogó Ritt una vez más—. Escuche, voy a pedirle un favor. Usted se va a quedar solo en esta habitación, con la condición de no moverse, ni provocar

ningún ruido, ni hacer nada, hasta que yo se lo indique con una contraseña o con una llamada de urgencia. Espero que no le asuste permanecer un rato en compañía de la pobre señora Ashley.

—Los muertos nunca me han asustado, muchacho —respondió—. ¿Cuál es la contraseña?

—«El que muere, muerto está».

—De acuerdo. Pero ¿qué voy a ver yo aquí? Si me ha traído para que observe alguna escena, ¿dónde va a suceder? ¿En esta misma habitación?

—No, desde luego. Jefe, levante esa alfombra, por favor.

Kirr obedeció y lanzó una exclamación de asombro al ver en el suelo un orificio de unos seis o siete centímetros de diámetro.

—Tendrá que estar tumbado, pero podrá verlo todo sin la menor dificultad y no se perderá una sola sílaba de cuanto se diga en el salón de la planta baja —añadió Ritt.

—En el peor de los casos, hay sitio de sobra para el cañón de mi revólver —gruñó Kirr.

—No estropee las cosas con una solución de fuerza. Esto es asunto de astucia y psicología, sobre todo.

—De acuerdo. —Kirr volvió la cabeza hacia el lecho—. Pobre mujer… ¿cómo vino a parar aquí?

—Ya lo sabrá en su momento. Al salir, apagaré la luz; podría verse el resplandor desde abajo. Ah, y no se le ocurra fumar ni toser ni hacer el menor ruido. Le voy a ofrecer el caso en bandeja, créame.

Ritt apagó la luz. Desde el pasillo contempló unos momentos a Helen. Sentía una infinita amargura por su muerte, pero había sido algo inevitable. Nunca la olvidaría, por supuesto, pero tampoco podía permanecer eternamente con su recuerdo en el corazón.

Subió al ático y destapó un recipiente que había subido mucho antes. «Meph» devoró la bola de carne en dos bocados.

A los pocos momentos, se tendió a dormir. Ritt le acarició la cabeza.

—Perdona. «Meph», pero no puedo arriesgarme a que tu instinto nos estropee el final del drama —murmuró.

La carne contenía un sedante. «Meph» dormiría tres o cuatro horas, pero no ladraría cuando llegase el doctor Osgood. Habría estropeado el efecto de la sorpresa y ello era un elemento esencial en la trampa que el joven le había tendido.

Sonó la campanilla de la puerta. El recién llegado vio que se abría por si sola. Dio un par de pasos y levantó la voz:

—¡Señor Ritt!

En el mismo momento, se oyó el sonido de un piano. Osgood se estremeció.

Escuchó un momento. Las notas que brotaban del piano pertenecían al «Impromptu», de Schubert. Lentamente, avanzó unos pasos y terminó de abrir la puerta del salón.

Los ojos de Osgood se dilataron horriblemente. Vio a la pianista, enteramente vestida de blanco, con la larga cabellera rubia suelta sobre los hombros, y creyó que soñaba. —¡Helen! —gritó.

—Hola, doctor —contestó la mujer, sin volverse siquiera.

Osgood temblaba convulsivamente de pies a cabeza.

—No puede ser… Usted tendría que haber muerto ya…

—Parece ser que su diagnóstico no resultó tan acertado como esperaba —contestó ella, sin dejar de tocar el piano—. Desde que abandoné su casa, me encuentro mucho mejor. Debe de ser porque ya no tomo sus medicinas, ¿no le parece?

—¡No, no… eso no es cierto! Mis medicinas son buenas, contienen elementos que ningún médico occidental es capaz de imaginar siquiera…

—Tal vez por eso me he curado, ¿no le parece?

—¿Insinúa usted que yo provoqué su enfermedad, Helen?

—No estoy segura de ello, doctor. Pero pienso que mi muerte le habría resultado muy beneficiosa.

—¿Por qué? Yo quería curarla…

—Y también quería doscientos mil dólares. ¿Miento?

Osgood hizo un esfuerzo por mantenerse erguido.

—Si le hubiese devuelto la vida, ¿no habría sido un precio barato?

—Es posible, pero yo no podía darle a usted ese dinero. Ni tampoco quería permitir que se quedase con la casa.

—Le presté dinero…

—Porque creía en la garantía de la casa y sabía que tenía doscientos mil dólares guardados en una caja del Banco…

—Bueno, Helen, me parece que esto es una minucia…

—¿De verdad? ¿Llama minucia, no a mi enfermedad, sino a lo que hizo a mi esposo? —Andrew se suicidó…

—Doctor, a mí no puede engañarme, usted lo mató. Él había financiado buena parte de sus experimentos, pero, al fin, llegó a hartarse de no obtener resultados; se cansó de no recibir más que buenas palabras; discursos vanos sobre medicinas maravillosas que alargarían la vida enormemente. Confiéselo, doctor; a fin de cuentas, estamos solos y nadie puede oírnos.

—Bien, sí, yo maté a su esposo. Pero no lo hice por lo que piensa. Lo hice por usted… Aunque no me crea, estaba locamente enamorado de usted…

—Tiene una mujer muy hermosa, doctor.

—La belleza no lo es todo en este mundo, Helen. Usted tenía lo que ella no tiene: sensibilidad, dulzura, un espíritu cultivado…

—Yo amaba a mi marido, doctor.

—Ya no se puede hacer nada —exclamó Osgood rabiosamente—. Además su mejoría es sólo pasajera. La leucemia que padece es auténtica. No vivirá mucho más, puede creerme.

—¿Aceptaría los doscientos mil dólares por repetir conmigo lo que hizo con otros? —Escuche, yo la hice aparentar su muerte, para llevarla luego a mi casa y ver de curarla. Pero hay enfermedades contra las que nada se puede hacer todavía. Al menos, en ciertos casos.

—Como el mío.

—Sí. Y sería inútil que le suministrase la droga que provoca la muerte aparente. Ya no resucitaría.

—Vamos a ver si nos explicamos, doctor. Sus pacientes, ¿morían o era sólo una simulación?

—La muerte era auténtica. Yo la provocaba. Pero antes les administraba la droga que les permitiría volver a la vida.

—Por ejemplo, Dick Payton… Bert Hartman… y también la señora Sel Kirr.

—Sí. Oiga, ¿qué demonios le interesan a usted esos casos? Estamos hablando de usted, Helen. Créame, no puedo hacer nada en su favor.

—Entonces, afirma que «resucitó» a Dick Payton y a Bert Hartman.

Osgood lanzó una exclamación de enojo.

—No sé a qué viene tanta insistencia, Helen…

Repentinamente, la pianista retiró las manos del teclado.

Luego, con gesto brusco, se arrancó la peluca, a la vez que se ponía en pie y giraba para enfrentarse con el visitante.

—Gracias por sus respuestas, doctor Osgood —dijo Petra sonriendo.

Los ojos del sujeto se desorbitaron horriblemente. Sus piernas flaquearon de pronto y tuvo necesidad de sentarse en una silla.

—No es usted Helen Ashley —dijo débilmente.

—No, no lo soy, doctor.

—Debiera haber confiado un poco más en su ojo clínico —sonó de pronto la voz de Alex Ritt en la puerta del salón.

CAPÍTULO XX

ARRIBA, en la habitación, Kirr, tumbado de bruces, con el ojo aplicado al diminuto tragaluz, espiaba con avidez todo lo que sucedía en el salón de la planta baja. A pesar de la irritación que sentía, no pudo por menos de admirar la astucia de Ritt, al obligar a Osgood a que confesara había sido un asesinato lo que todos habían tomado como suicidio.

Con aquella confesión, había bastante para someterle a proceso. Pero Kirr se sentía también terriblemente interesado por otras cosas que había escuchado y recordó la promesa hecha al joven. Esperaría hasta que Ritt lo llamase o éste se viese en evidente peligro.

Sentado en la silla, Osgood se volvió hacia el joven.

—Una trampa muy bien ideada —alabó.

—De todos modos, Helen está aquí, aunque ya no pertenece al mundo de los vivos —contestó Ritt.

—Ella no tenía salvación, se lo aseguro.

—¿Y los otros?

—¿No ha oído bastante?

—Aún quedan algunos puntos oscuros —manifestó el joven—. Todavía no he sabido qué les pasó a sus dos perros.

—Habían muerto y yo los resucité, así como suena. Pero luego mis drogas resultaron ineficaces y murieron definitivamente.

—Trajo otro perro, «Meph». ¿Por qué se les escapó?

—Era joven y nada dócil a los tratamientos. Debió de sentir miedo, el instinto, sin duda, y huyó.

—No cabe la menor duda. «Meph» temía algo y vino al lugar donde su instinto le decía encontraría protección.

—¿Está aquí? —preguntó Osgood vivamente.

—Sí, pero no se preocupe; no le atacará. Doctor, ¿por qué no aclaramos de una vez el enigma de los muertos que no morían?

Osgood parecía muy cansado, apreció Petra, de pie junto al piano. El rostro del sujeto aparecía ceniciento, desprovisto por entero de color.

—Ellos… padecían del corazón, aunque no lo supieran —dijo Osgood pasados unos segundos—. Habrían muerto inevitablemente pasado algún tiempo. Yo les propuse morir y volver a la vida… y lo conseguí.

—Pero murieron por segunda vez. ¿Qué pasó?

—No lo sé con exactitud. Algo falló. Sin embargo, esas resurrecciones probaban mis teorías. Tal vez no supe reforzarles el corazón…

—Lo cual no le impidió, por ejemplo, ordenar a Dick que cometiera un atraco al Banco. Y luego le llevó dos tercios del botín a su casa, ¿no es cierto?

—Si —admitió Osgood—. Traté de cumplir mi palabra; quise prolongar su vida,

pero fracasé.

—Lo mismo que con Hartman, ¿no es cierto?

—Hartman resultó mejor, conseguí mejores efectos. Luego murió…

—Tenía que morir. Usted precipitó su muerte primero y luego la retrasó, pero, al final, se produjo lo inevitable. ¿Puedo preguntarle si sucederá lo mismo con la señora SelKirr?

—Oh, no, en absoluto. Esa mujer tiene una salud de hierro, pero es un poco maniática… Padece un punto de histerismo y es terriblemente aprensiva en todo lo referente a su salud. —Osgood lanzó una amarga carcajada ¡Muchos quisieran estar tan sanos como Fanny!

—Entonces, ¿por qué simuló esa comedia con ella?

—¿No lo comprende? ¡Necesitaba dinero!

Ritt frunció el ceño. La respuesta de Osgood, después de lo que sabía, se le antojaba, por lo menos, incongruente. Dijo:

—Necesitaba dinero… y ya tenía doscientos mil del Banco y otros tantos de los Hartman… sin contar con el que había sacado a su esposa… ¿Piensa que puedo creer semejante fábula?

Osgood se puso en pie repentinamente. A Petra le pareció que sus ojos despedían llamaradas.

—¡Necesito dinero, sí! —gritó el sujeto frenéticamente—. ¿Es que no lo comprende? ¡Un hombre que puede vivir cientos de años, necesita siempre dinero! Necesito ese dinero para terminar mis investigaciones de una vez y tener la seguridad de que aún viviré siglos… Para que lo sepa de una vez, Ritt: ¡Yo morí hace algunos meses, resucité y todavía sigo vivo! ¿Me comprende? ¡Morí y estoy vivo!

Ritt oyó aquellas palabras y creyó que soñaba.

Petra tuvo que apoyarse en el piano, porque creía que, le abandonaban las fuerzas. Lo que había escuchado le parecía fantástico, increíble, pero si la razón la impulsaba a no dar crédito a las palabras de Osgood, el instinto le decía que todo era verídico.

Ritt, por su parte, no se sentía menos estupefacto. Arriba, el jefe Kirr pensó que en todos los días de su vida volvería a presenciar nada semejante ni de lejos.

—Usted murió… y está vivo —dijo el joven, cuando, al fin, hubo recobrado el habla.

—Sucedió hace algunos meses… Me marché fuera; sabía que iba a morir y no quería que mi mujer se enterase. Franz vino conmigo y se encargó de desenterrarme y aplicarme la droga que me permitió volver a la vida. Durante todos estos meses, he investigado a fondo y conseguido resultados que nadie es capaz de imaginar.

—Sin embargo, esas drogas fallaron con Payton y Hartman —objetó Ritt con no poca lógica.

—Sí, pero ¿qué importaba? Así experimentaba con ellos y podía mejorar mis dosis. La droga no actúa igualmente en todas las personas; depende de muchos factores… En mi caso, los resultados son óptimos, puede creerme.

El joven hizo un gesto con la cabeza.

—Pues no lo parece. Su aspecto, doctor, no es precisamente el de un hombre rebosante de salud —dijo.

—Estoy muy cansado… He trabajado mucho… Tengo rachas, ¿comprende?

—Sí, desde luego. ¿Agotó el dinero de su mujer?

Osgood había vuelto a sentarse, desmadejado, y alzó la cabeza vivamente.

—¿Por qué lo dice?

—Usted la engañó, haciéndola creer que tenía leucemia. Luego la «curó», pero lo hacía para que ella le diese dinero. Las píldoras que le administraba no eran sino un placebo. ¿Debo definir lo que es un placebo, doctor?

Osgood sonrió burlonamente.

—Se refiere, sin duda, a un medicamento de agradable sabor, pero totalmente inocuo —dijo.

—Exactamente. Cuando suprimió la droga debilitadora, su esposa empezó a mejorar, pero no a causa de su supuesto descubrimiento para curarle la leucemia. En cambio, usted, sí consiguió vivir después de muerto, perdió algo que enfurecía a su esposa.

—Ya sé a qué se refiere —contestó Osgood—. Lo siento; no reacciono ante los estímulos sexuales. Por lo visto, no se puede tener todo, ¿verdad?

—Doctor, le han escuchado antes, cuando admitió haber dado muerte a Andrew Ashley. ¿Sabe lo que eso significa?

—¿Hay alguien más aquí?

Ritt calló. De pronto Osgood se llevó una mano al pecho.

—No sé.;, qué me sucede… —jadeó—. Lo veo todo turbio… Las voces me llegan desde muy lejos…

—Tal vez le ha fallado su medicamento, doctor —apuntó el joven.

—No, no… Es plenamente efectivo… Se lo aseguro; conmigo no ha fallado jamás…

Súbitamente, Ritt recordó la escena en que había visto cambiar las píldoras de un frasco.

Osgood había proporcionado a su esposa un placebo, pero ella, al fin y al cabo, no estaba enferma, no había muerto antes… Wilma, por el contrario, había sustituido la droga que mantenía vivo a su esposo, por un poco de inofensiva glucosa.

Ritt adelantó un poco el torso. Petra no se atrevía a hablar.

Súbitamente, un extraño olor se expandió por el salón. El rostro de Osgood se transformó de una forma espantosa.

Su piel tomó un horrible tinte verdoso. Las manos parecieron perder fuerza y se convirtieron en una especie de puñados de sarmientos llenos de horribles pliegues.

Los labios se abrieron y la dentadura asomó, blanca, pero sin brillo. Las pupilas se vidriaron.

Ritt comprendió que el hombre se moría y, al mismo tiempo, se descomponía con

una rapidez espantosa. Petra se puso una mano en la boca para no gritar.

Osgood quiso decir algo, pero sólo pudo emitir sonidos que no tenían nada de humanos. El hedor era insoportable.

De repente, Osgood se inclinó a un lado y cayó al suelo.

Las ropas se agitaron fláccidamente sobre su cuerpo y luego se inmovilizaron.

Ritt elevó la vista al techo.

—Puede bajar, jefe —llamó.

Alargó la mano y atrajo a Petra.

—Será mejor que salgas de aquí —indicó—. Ve a ver al doctor Hastings: no le digas nada delante de la señora SelKirr.

—Está bien, Alex.

—Llévatelo aparte y cuéntale lo sucedido. Le interesará examinar el cadáver de Osgood.

Ella asintió y, recogiéndose la falda, corrió escaleras arriba. En el camino se cruzó con el policía.

Kirr entró en el salón y contempló el cuerpo inanimado que yacía a pocos pasos de la puerta. Luego se pasó una mano por la cara.

—Si me lo hubieran contado, no lo habría creído jamás —aseguró—. Es lo más extraordinario que nunca pude imaginarme, Ritt.

—Le comprendo —respondió el joven—. Quería el dinero, para poder vivir casi eternamente.

—Sí, pero ese dinero no le pertenece —alegó Kirr.

—Lo sé. Y todavía hay más: Osgood tenía un cómplice. Aún no sabe nada. Estará en la casa y, me parece, debería ir a detenerle. Su declaración resultaría muy interesante.

—Es cierto. Iré ahora mismo, acompañado de mi ayudante. No quiero correr riesgos innecesarios.

—Jefe, yo también le acompañaré —dijo el joven.

Kirr le miró fijamente un instante. Luego hizo un gesto de aquiescencia.

—No puedo negarle ese derecho —accedió.

Apenas cruzó el umbral, Kirr sacó su revólver y movió la mano izquierda.

—Matt, examina las habitaciones del lado izquierdo —indicó a su ayudante.

—Sí, jefe —contestó Rogers.

—Usted permanezca aquí, Ritt.

El joven asintió. La iniciativa correspondía ahora al policía. A los pocos momentos, comprobaron que la planta baja estaba vacía.

—Habrán alzado el vuelo —apuntó Rogers.

Ritt frunció el ceño.

Tal vez Wilma y Fran…

Osgood había sabido conocer bien a su mujer, era hermosa, pero con pocos escrúpulos, a pesar de su relativa ingenuidad.

Repentinamente, se oyó un horrible sonido.

Era un hondo lamento, una larga queja, que parecía brotar de las entrañas de la tierra. Rogers se quitó el sombrero y se persignó rápidamente.

—Jesús, ¡un fantasma!

—No hay fantasmas —masculló.

El lamento se repitió. Bruscamente, Ritt creyó adivinar su procedencia.

—¡Se les olvidó mirar en la cocina! —gritó.

Los dos policías le siguieron en el acto. Lo primero que vio Ritt fue una bolsa encima de una mesa.

Descorrió la cremallera.

—Jefe, mire.

Kirr respingó.

—Demonios, está llena de billetes…

El grito de queja volvió a oírse. Ritt giró la cabeza y vio una puerta abierta al fondo. Lentamente, avanzó unos pasos. De pronto, se detuvo al ver el agujero de bordes irregulares que había a un metro del umbral.

—El grito procede de este lugar —dijo—. Traigan una linterna.

Rogers se la entregó. Ritt enfocó hacia abajo el haz de rayos luminosos. Lo que vio le hizo sentir un escalofrío.

—Hay tres personas, una de ellas, al menos, viva todavía —exclamó—. Jefe, hay que sacarlas cuanto antes…

Kirr se mordió los labios. Rogers parecía sentirse muy aprensivo.

—Está bien, yo bajaré —añadió el joven vivamente—. Pero busquen la cuerda, rápido; habrá en algún cobertizo… ¡Y que sea larga; al menos hay veinte metros de profundidad!

—Mientras Rogers busca la cuerda, llamaré una ambulancia —dijo el jefe.

—Haga venir también al doctor Hastings —indicó Ritt.

Un cuarto de hora más tarde, subieron el primer cuerpo.

Kirr movió la cabeza.

—Ya no se puede hacer nada por ella —dijo.

Franz alentaba todavía. Tenía varias fracturas y su rostro ofrecía un aspecto muy poco agradable. Gemía sordamente y parecía gravemente herido, pero Kirr, con experiencia, calculó que podría recobrarse.

De pronto, se oyó la voz del joven, que sonaba en el fondo del pozo.

—¡Señor Kirr, ahora lo que necesito es un saco! ¡Si es de plástico mucho mejor todavía!

El policía se inclinó en el borde del pozo. Abajo veía unas formas confusas.

—¡Alex! ¿Qué es lo que ha encontrado?

La respuesta del joven le hizo sentir un terrible escalofrío:

—El cadáver de Dick Payton.

El horror no había llegado todavía a su fin.

Los restos de Dick Payton volvieron a su tumba, que fue hallada vacía. Cuando abrieron la de Helen, encontraron el cadáver de Joseph Moreen.

Las piezas encajaban, dijo Ritt aquella tarde, mientras servía una taza de café a su invitada.

—¿Si, Alex?

—Moreen fue enterrado primeramente en la tumba de Hartman. Seguramente, les vio abrir la sepultura de Helen y fue sorprendido. Franz achaca la culpa al doctor, pero éste ha muerto y nunca sabremos cuál de los dos mató a Moreen.

—Y el sepulturero fue a parar luego a la tumba de Helen y en ese traslado fue cuando perdió la moneda de dos caras.

—Exactamente, así tuvo que suceder.

Callaron un momento. Luego, Petra hizo una pregunta:

—¿Llegaste a enamorarte de Helen?

Ritt meditó unos instantes. A la muchacha no le podía contar lo que había pasado durante una maravillosa noche de amor. Petra era una mujer comprensiva, pero quizá… andando con el tiempo…

—Era una mujer muy hermosa, muy buena. —Contestó—. Puedo decirte que me causó una profunda impresión y que la recordaré siempre. Pero no llegué a enamorarme de ella.

—Tal vez haya sido mejor para ti —sonrió Petra.

Ritt la miró y en su rostro se dibujó la sombra de una sonrisa.

—Te diré una cosa. Cuando tocabas el piano, vista desde la puerta del salón, parecías Helen. La semejanza era absoluta.

—Pero tú lo sabías y Osgood no.

—Sin embargo, logramos engañarle. ¿Tuviste miedo?

—Un poco. Pero ya pasó todo, Alex.

Ella pasó la vista por el interior de la estancia.

—Ahora tienes una bonita casa y una saneada cuenta corriente en el Banco. ¿Cuáles son tus proyectos para el futuro?

—Parte de ese dinero lo emplearé en una tumba mejor para Helen —contestó él —. El resto… No lo sé, aún he de tomar una decisión sobre mi futuro.

—Comprendo.

Petra se levantó y fue hacia la ventana.

—¿Te has fijado, Alex? Parece que Bushwell sea otra ciudad. El ambiente es mucho más animado; veo a la gente con aire optimista… Es como si la sombra de un muerto que no moría hubiese dejado de oprimir a la ciudad.

—Sí, es posible —convino él—. Pero, querida, cuando pienses en todo lo que nos ha sucedido, ten presente una cosa.

—Dime, Alex.

—Los muertos que no morían… han muerto.

—Deseémosles la paz, a todos, justos y pecadores —dijo ella con grave acento.

—Petra, me has preguntado antes por mis proyectos. ¿Cuáles son los tuyos? —dijo él.

—Debo estar aquí todavía un año. Luego…

—Sientes deseos de progresar.

—¿Te quedarás tú en Bushwell?

—Si encuentro un trabajo que me guste, sí. Es una población muy bonita, pequeña, sin aglomeraciones… Empiezo a detestar las grandes ciudades. Pero, claro, a veces, uno solo no debe tomar las decisiones.

—¿De veras, Alex?

—Me gustaría tu consejo al respecto, Petra.

Ella sonrió.

—Creo que el futuro, aquí o allá, no debería preocuparnos mucho —contestó.

Ritt avanzó unos pasos y tomó sus manos.

—En todo caso, debería preocupamos vivir ese futuro juntos —dijo.

«Meph» ladró, Petra se echó a reír.

—¿Sabes lo que dice, Alex?

—¿Conoces el lenguaje canino? —preguntó él de buen humor.

—A «Meph» se le entiende lo que trata de decirnos. También quiere formar parte de nuestro futuro repuso la muchacha.

FIN